



C. S. Forester

**LA REINA
DE AFRICA**

Lectulandia

Al estallar la Primera Guerra Mundial, Charlie Allnut, un tosco y beodo capitán de barco fluvial, empleado de una compañía minera africana, se une a Rose Sayer, una estirada y puritana misionera británica, para huir de las tropas alemanas a bordo de su ruinoso embarcación, *La Reina de África*, con la que deberán remontar un peligroso río para poder salvarse.

Son a primera vista dos seres antagónicos e incompatibles; pero la convivencia, y sobre todo las penalidades que tendrán que afrontar juntos para sobrevivir, harán cambiar radicalmente su relación.

Lectulandia

C. S. Forester

La Reina de África

ePub r1.0

Bacha15 01.09.14

Título original: *The African Queen*

C. S. Forester, 1935

Editor digital: Bacha15

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO PRIMERO

Aunque tan enferma como para guardar cama de haber poseído una voluntad más débil, Rose Sayer estaba levantada, pues advertía que el estado de salud de su hermano, el reverendo Samuel Sayer, era infinitamente peor que el suyo. La debilidad del religioso era alarmante. Al hincarse de rodillas para rezar la oración de la tarde se dejó caer como en un repentino colapso, y sus manos, que ahora alzaba al cielo, temblaban agitadamente. Rose, en el instante en que entornaba devotamente los ojos, reparó en cuán delgadas y transparentes eran aquellas manos, y en cómo los huesos de las muñecas mostraban su contorno esquelético.

El calor húmedo de la selva africana parecía intensificarse al llegar la noche y envolver a los dos hermanos, absortos en sus plegarias. Las manos suplicantes de Rose estaban empapadas de sudor, y sentía que al arrodillarse le corrían regueros por debajo de sus ropas hasta formar pequeños charcos detrás de sus rodillas dobladas. Fue esta sensación la que, al acercarse a la madurez, la ayudó a reconciliar su conciencia con la falta de corsé, una prenda sin la cual, así se lo habían enseñado, ninguna mujer debía aparecer en público después de los catorce años. Mas el corsé era toda una imposibilidad en África Central, si bien Rose había hecho a un lado resueltamente, teniéndolos por insinuaciones demoníacas, los pensamientos de deshacerse de toda prenda debajo de su vestidito de dril blanco, que de tarde en tarde asaltaban su mente.

Bajo el bochornoso calor húmedo que bañaba su cuerpo, volvía a asaltarle esa tentación incluso en el solemne momento de la plegaria; mas Rose la desechó, y dirigió su pensamiento una vez más, con angustiosa intensidad, a la oración que Samuel ofrecía al Señor con voz débil y dicción vacilante. Invocaba la ayuda divina para el ordenamiento de sus vidas y el perdón de sus pecados. Luego, al comenzar la acostumbrada impetración de gracia para la misión, su voz fluctuaba aún más. La misión, a la cual ambos habían ofrendado sus vidas, apenas si existía ya, ahora que Von Hanneken y sus tropas hablan caído sobre la aldea y «arreado» a todos sus habitantes, conversos e infieles por igual, llevándoselos como soldados o peones para el, actualmente en formación, ejército alemán del África Oriental. Ganado y aves de corral, ollas, sartenes y víveres, todo había sido saqueado; hasta la propia capilla portátil, dejando la cabaña de la misión desolada junto al linde del ahora desierto claro de la selva. La tenue entonación en la voz de Samuel fue vigorizándose a medida que pedía que la horrenda calamidad de la guerra que había descendido sobre el mundo pasara pronto, que cesaran las matanzas y la destrucción, y que los hombres, repuestos de su locura, volvieran a sus hogares para gozar de una paz

universal. Y al pronunciar la última rogativa, al impetrar al Todopoderoso que bendijera las armas de Inglaterra, amparándolas en ese trance supremo y coronara sus esfuerzos con el triunfo sobre los militaristas sin temor de Dios que habían provocado tan gran desastre, la voz de Samuel se elevó aún más potente; estaba animada de un hálito belicoso y había un acento de Viejo Testamento en la expresión, que recordaba a aquel otro Samuel, el bíblico, rezando por el triunfo de Israel sobre el pueblo de Amalec.

—¡Amén! ¡Amén! ¡Amén! —respondió Rose en un sollozo, con la cabeza doblada sobre sus manos juntas.

Tras permanecer arrodillados unos segundos después de la oración, ambos se pusieron de pie. El día alumbraba aún lo suficiente como para que Rose alcanzara a distinguir la vacilante figura blanca de Samuel a pocos pasos de ella; no pensaba encender la lámpara, ya que ahora que el África Oriental alemana estaba en armas contra Inglaterra, nadie podía predecir cuándo sería posible conseguir más queroseno y fósforos. Estaban aislados del mundo, encerrados en territorio enemigo.

—Hermana —dijo Samuel con voz débil—, voy a acostarme ya. Rose no lo ayudó a desvestirse —eran hermanos carnales, educados en una familia de austeras costumbres cristianas, y ello le hubiera sido imposible, a menos que el hermano se viese absolutamente imposibilitado de hacerlo sin ayuda—, mas luego, después que él se hubo costado, se deslizó hasta su cuarto, en la oscuridad, para asegurarse de que el mosquitero lo resguardaba por todos lados.

—Buenas noches, hermana —dijo Samuel. Aun en el calor abrasador reinante, sus dientes castañeteaban.

Ella volvió a su cuarto para echarse en su cama de cordeles tejidos, atormentada por el calor y cubierta sólo con una liviana camisa de dormir. Llegaban hasta allí los ruidos de la noche africana: chillar de monos, rugir de bestias carniceras, berrear de cocodrilos allá abajo, en el río, y, a modo de acompañamiento del conjunto, el incesante y agudo zumbido de la nube de mosquitos en torno de las colgaduras de gasa que la protegían, tan familiar que escapaba a su percepción.

Sería casi la medianoche cuando cayó dormida, siempre revolviéndose en un baño de transpiración, pero, así y todo, clareaba cuando despertó. Debía de ser Samuel que la llamaba. Descalza, salió de su cuarto y atravesó aprisa la salita de estar, para llegar hasta su hermano. Pero si Samuel había tenido lucidez mental para llamarla, ya la había perdido. Las palabras que ahora salían de sus labios eran ininteligibles. Por un instante, tuvo Rose la sensación de que su hermano explicaba el fracaso de su vida ante el tribunal frente al cual debería aparecer muy pronto.

—La pobre misión —decía—. Y han sido los alemanes, los alemanes.

Falleció poco después; Rose lloró junto a su lecho. Cuando el primer acceso violento de dolor fue mitigándose, Rose se incorporó lentamente; el sol iba

levantándose sobre la selva e iluminaba la aldea desierta. ¡Y estaba sola!

No duró mucho el miedo que siguió a su aflicción. No en vano Rose Sayer había vivido treinta y tres años, diez de ellos en la selva centroafricana; tenía adquirida esa confianza en sí misma, a la que se sumaba la fe de su religión. No transcurrió mucho rato antes de que, en la soledad de la cabaña desierta, con la sola compañía del hermano muerto, su pecho se inflamase de un fiero resentimiento hacia Alemania y los alemanes en general. Se decía a sí misma que Samuel estaría aún con vida si la catástrofe traída por la requisición de Von Hanneken no le hubiera destrozado el corazón. Eso había dado cuenta de Samuel: el espectáculo de diez años de fatigas y privaciones barridos en una hora de crueldad.

Acrescentaba en Rose la aversión hacia los alemanes la certidumbre de que la muerte de Samuel había de ser poca cosa frente a los demás horrores que debían pesar sobre sus conciencias. Habían destrozado una obra de Dios; Rose no se hacía ilusiones acerca de lo que restaría de su cristiana obra para los conversos al cabo de una campaña en la selva en las filas del ejército indígena, en el cual noventa y nueve hombres de cada cien debían de ser salvajes primitivos.

Rose conocía la selva. En modo harto vago se imaginaba los efectos de una guerra sobre una extensión de territorio superior a las cien mil millas cuadradas. De sobrevivir algunos de los convertidos por la misión, jamás regresarían a su ámbito... y si lo hicieran, ya no estaría allí Samuel.

Rose intentó persuadirse a sí misma de que el daño hecho a la causa divina era pecado infinitamente más grave que la muerte de Samuel, mas no logró una justificación completa. Desde niña la habían enseñado a querer y admirar a su hermano. Era apenas una muchacha cuando él logró la sublime y casi mística distinción del ordenamiento, y tenía aún vívido ante sus ojos el cuadro solemne del rito de la consagración. Sus padres, austeros y devotos cristianos, que no habían ahorrado mano dura en la educación de los hijos, cedieron ante la autoridad del sacerdote, y oyeron desde entonces su palabra con respeto. Sólo gracias a él, al hermano Samuel, había podido ella elevarse en la escala social salvando el abismo que separaba su condición de hija de un pequeño comerciante y la de hermana de un ministro de la religión. Había sido su ama de llaves y la más devota de sus admiradoras, su discípula más fiel y su más leal colaboradora durante doce años. No había, pues, nada chocante en su impío rencor contra el país que había causado la muerte de su hermano dilecto.

Por cierto que Rose no reparaba en el reverso de la medalla. Von Hanneken, con apenas quinientos hombres blancos en una colonia poblada por un millón de negros, entre los cuales pocos miles conocían su condición de súbditos alemanes, tenía ante sí la ardua tarea de defender el África Oriental alemana contra los ataques de las fuerzas abrumadoramente superiores que iban alistándose para caerle encima. Era su deber

luchar hasta el fin, tener ocupado el mayor contingente de enemigos durante el mayor tiempo posible, y morir, de ser necesario, en la última trinchera, en tanto la gran decisión se debatía en los campos de batalla de Francia. A causa del dominio británico de los mares, Von Hanneken no podía esperar ayuda alguna de fuera; debía, pues, depender exclusivamente de sus propios recursos, mientras que, por otra parte, los refuerzos que el enemigo estaba en condiciones de recibir eran ilimitados. Así pues, era, después de todo, natural que el jefe alemán, con la acabada lógica militar de su raza, alistara a todo hombre, mujer y niño a su alcance como porteador o soldado, y requisara hasta el último bocado comestible y el último átomo de material al que pudiera echar mano.

Mas Rose no quería oír excusas en descargo del jefe enemigo. Recordaba cómo, al llegar a la colonia en compañía de su hermano, ambos habían sido abrumados con preguntas y restricciones, y tratados con el desdén y la suspicacia que los funcionarios alemanes no podían por menos que sentir ante la intrusión de un misionero británico en una colonia germana. Sentía que aborrecía su trato, su moral, sus leyes y sus ideales; en suma, Rose se había dejado llevar por la ola de odio internacional que recorría el mundo en agosto de 1914.

¿Acaso su inmolado hermano no había rogado por el triunfo de las armas británicas y la derrota de los alemanes? Contemplando el cuerpo yacente del misionero, acudieron a su mente un torrente de fragmentarios versículos del Viejo Testamento, que él seguramente hubiera empleado en un trance análogo. Hubiera deseado vivamente que la mano de Dios se alzara amparando a su patria y castigara a amalequitas y filisteos. Empero, en medio del fervor patriótico que encendía su imaginación, de pronto tuvo conciencia de su desvarío y se llamó a la realidad. Estaba sola en medio de la selva del África Central, sola al lado del cadáver de un hombre. No cabía hacer nada, ni pretender nada.

Fue en ese preciso instante que Rose, al mirar desde la veranda de la cabaña, vio que la Oportunidad la observaba cautelosamente desde el linde de la espesura. Mas no tuvo en ese momento la intuición de que el hombre que acababa de presentarse a su mirada fuera a ser el instrumento que emplearía para ofrendar un tributo de amor a su patria. Sólo vio en él, en ese instante, a Allnutt, el mecánico *cockney*^[1] empleado por los belgas en sus minas de oro unas doscientas millas río arriba; un hombre a quien su hermano siempre había mirado adustamente, como ejemplo de impiedad y blasfemia.

Con todo, era un rostro inglés y amigo, y su aparición le hizo apreciar con más rigor los horrores de la soledad en la selva africana. Salió anhelante de la veranda y agitó el brazo, dando la bienvenida a Allnutt.

CAPÍTULO II

Allnutt no abandonaba su aprensión, y miraba en torno recelosamente al avanzar por entre las huertas de la aldea indígena.

—¿Dónde están todos los demás, señorita? —preguntó al acercársele.

—Se los han llevado —respondió Rose.

—¿Dónde está el Reverendo, su hermano?

—Ahí dentro... Ha muerto.

Los labios de la mujer comenzaron a temblar levemente al encontrarse con Allnutt a la luz del sol, mas no mostró señal de debilidad. Cerró la boca como una trampa, dando a la comisura de los labios su acostumbrada línea firme e inexorable.

—¿Muerto, él? Lo siento, señorita —dijo Allnutt; pero era fácil advertir que, de momento, su condolencia era puramente formal. La aprensión de Allnutt era tal, que no le permitía pensar en más de un asunto a la vez. Tenía que hacer preguntas importantes.

—¿Han estado los alemanes por aquí, señorita?

—Sí, mire.

Rose describió con el brazo un semicírculo para señalar el centro de la aldea desierta. De no haber sido por la aparición de Von Hanneken, el lugar, a esas horas, estaría ocupado por el mercado indígena, entre un bullicio de voces, de negros sonrientes pregonando pollos y huevos y cien otras cosas para trocar; habría chicos desnudos, panzuditos, corriendo en todas direcciones, mujeres trabajando en las huertas y, acaso, un grupo de hombres volviendo del río, cargados de pescado. Reinaba, en cambio, el silencio más lóbrego; la tierra estaba reseca y desnuda en el círculo de chozas desiertas, y la selva silente atenazaba el claro.

—Esto parece el infierno, ¿no, señorita? —dijo Allnutt—. Allá, en la mina, me encontré con el mismo cuadro, al volver de Limbasi. Han limpiado todo. ¿Qué habrán hecho de los belgas? Dios sabe. ¡Y que Él los ayude! Maldita la gracia que me haría caer prisionero de ese gigante con el ojo de vidrio... Hanneken se llama, ¿verdad, señorita? No se movía allí un alma, hasta que apareció un nativo que había logrado escaparse. Mis negros huyeron al bosque apenas se enteraron. No sé si por miedo a mí o a los alemanes. Me dejaron durante la noche solo con mi lancha.

—¿La lancha? —preguntó Rose, vivamente.

—Sí, señorita, *La Reina de África*. Yo me había ausentado aguas arriba, hasta Limbasi, para traer provisiones. Allá se habían enterado de la guerra, pero no pensaban que el Hanneken este pelearía. Así que me entregaron las provisiones y me dejaron partir de nuevo. Sospechaba que no saldría tan fácilmente como ellos

pensaban, pero ahora lo deben de sentir. Apostaría que Hanneken ha hecho allí lo mismo que en la mina. Pero se ha quedado sin lancha y sin lo que hay en ella. Que le gustaría tenerlo. ¡Claro que le gustaría!

—¿Y qué hay en ella? —preguntó Rose.

—Dinamita para las voladuras de la mina, señorita. Ocho cajas. Y alimentos en conserva. Y cilindros de oxígeno e hidrógeno que traía para soldar la trituradora. Montones de cosas. El viejo Hanneken se daría maña para usar tantas cosas; para eso le tengo fe.

Habían pasado al interior de la cabaña, y Allnutt acababa de quitarse el estropeado casco tropical al advertir que estaba en presencia de la Muerte. Incluyó la cabeza y profirió unas frases ininteligibles. Gárrulo como el que más cuando hablaba de guerra, o en el relato de sus propias experiencias, hacía magro papel al expresarse en el lenguaje de las condolencias. Mas una pregunta se le hacía obvia:

—Perdone, señorita, pero... ¿cuándo murió?

—Esta madrugada —respondió Rose, y acudió de pronto a su mente el mismo pensamiento que provocara la pregunta de Allnutt. En las regiones tropicales hay que dar sepultura a los cadáveres dentro de las seis horas del deceso, y Allnutt sentía, además, el deseo obsesivo de huir de aquel lugar cuanto antes, para retirarse a su santuario en un brazo del río, alejado de la mirada de los alemanes.

—Yo lo enterraré, señorita —dijo Allnutt—. No se preocupe. Sé hacerlo, y conozco también parte de los responsos. ¡Tantas veces los he oído!

Rose se recobró de pronto.

—Tengo aquí el devocionario. Leeré yo los responsos —dijo ella, esforzándose por ocultar el temblor de su voz.

Allnutt volvió a salir a la veranda. Su mirada inquisitiva escrutaba hondo en el linde la espesura, en busca de alemanes, antes de dirigirla al sitio donde pudiera cavar la fosa.

—Allí me parece el mejor lugar —dijo—. El suelo ha de ser liviano, y creo que a él le gustaría estar en la sombra, digo. ¿Dónde puedo encontrar una pala, señorita?

La importancia de los hechos ajenos al lugar eran para él de tal magnitud que, en medio de su piadosa tarea, no dejaba de decir:

—Será mejor que no nos detengamos, señorita, no sea que a los alemanes les dé por volver.

Cuando la fosa hubo recibido en custodia el cuerpo del religioso, y mientras Rose rezaba junto a la rústica cruz, Allnutt no dejaba de pasearse, agitado, hasta que, no pudiendo contener su ansiedad, dijo:

—Vayamos hacia el río, señorita; alejémonos de aquí.

El sendero que atravesando la espesura conducía al río era escabroso y empinado; al desembocar en la llanura pantanosa, degeneraba en algo que ya ni merecía el

nombre de sendero. A veces debían meterse en el barro hasta las rodillas. Resbalaban y perdían la estabilidad, transpirando bajo el peso de la carga de las escasas pertenencias de Rose; algún raigón les ofrecía precario sostén. A cada paso llegaba hasta ellos más agudo el olor a caléndula. Emergieron, al fin, de la vegetación enmarañada a la solana cegadora. La lancha se mecía sobre el ancla, junto a la orilla, la proa contra la corriente. La correntada parda producía un cabrilleo cantarino en torno de la cadena del ancla y la proa de la embarcación.

—Cuidado ahora, señorita —dijo Allnutt—. Haga pie en ese raigón. Así.

Rose se instaló en la lancha que habría de tornarse tan importante para ella en el futuro, aunque apenas la considerara merecedora del grandilocuente nombre de *La Reina de África*. Era chata y de fondo plano; medía nueve metros de largo. Iba descascarillándose de pintura, y por todos lados mostraba señales de deterioro. Una toldilla en jirones cubría un par de metros cuadrados en la popa; en medio de la embarcación estaban montados el motor y la caldera, con el muñón de una chimenea sobresaliendo apenas fuera del tambucho. Rose sentía que la abrasaba el calor del asiento, molestia que venía a añadirse a la del sol.

—Perdóneme, señorita —dijo Allnutt.

Estaba arrodillado en el fondo de la embarcación, ocupado en atender el funcionamiento de la máquina. Sacó del hogar una paletada de carbones que, al ser arrojados por la borda, produjeron un agudo siseo, prontamente ahogado por el agua. Volvió a llenar la hornalla con trozos de leña de una pila situada a su lado, y no tardó en salir humo por la chimenea; Rose alcanzaba a oír el ruido del tiro. La máquina comenzó a jadear. Rose aprendería a conocer el orden de sucesión de aquellos sonidos. Al poco comenzaron a salir finos chorros de vapor. En efecto, la señal más visible de la presencia de la máquina eran esas pérdidas de vapor por aquí, por allí y por todos lados. Allnutt observó los indicadores de control, echó unos leños en el hogar y se puso a caminar luego en torno a la máquina. Entre gruñidos y tirones al pequeño cabrestante, fue subiendo el ancla, la transpiración manándole por todos los poros. Cuando apareció el ancla a flor de agua, y la corriente rauda comenzó a empujar la embarcación contra la orilla, Allnutt volvió a su máquina. Hubo un ruido estridente al comenzar la hélice a vibrar por debajo de Rose. Para desatracar, Allnutt presionó con fuerza contra la margen fangosa con un largo palo; luego, depositó el palo en el fondo de la embarcación y se dirigió, ligero, a popa, para manejar el timón.

—Perdone, señorita —repitió Allnutt. La hizo a un lado bruscamente para abalanzarse sobre el timón y maniobrarlo para evitar que la corriente hiciera chocar la embarcación contra la orilla. Pronto se hallaron, con estrépito de caldera y hierros, en medio de la recia corriente.

—Pensaba, señorita —dijo Allnutt—, meterme en algún remanso, detrás de algún islote, donde no nos vieran. Allí podríamos planear nuestros pasos futuros.

—Sería lo mejor que podríamos hacer —repuso Rose.

El río Ulanga sigue, a esa altura de su curso, una línea poco definida. Se retuerce y zigzaguea, y sus márgenes son fangosas y tachonadas de islotes; tan frecuentes son las islas, que en algunos puntos semeja una maraña de riachos y canalones empuñados en abrirse camino tortuosamente entre la jungla. *La Reina de África* avanzaba laboriosamente contra la corriente, cuarteando por el ancho brazo de río que Allnutt había elegido para navegar. Media milla más arriba, en la orilla opuesta, se ofrecían a su elección una media docena de canales, y Allnutt enfiló la proa hacia el que prometía ser el más importante.

—¿Le importaría sostener el timón, señorita? —preguntó Allnutt—. Así, sin moverlo, tal y como está ahora.

Rose, sin proferir una sílaba, tomó el hierro, tan caliente que creyó que iba a quemarle la mano. Lo empuñaba resuelta y firme, sintiendo un leve estremecimiento al notar cómo *La Reina de África* vibraba obediente bajo su pulso con sólo mover ella apenas el timón. Allnutt volvió a su faena, casi frenética. Abierto el hogar y lanzados adentro unos tarugos más, se encaramó por entre la carga hasta la proa, y allí, haciendo equilibrios, se quedó observando atentamente la ruta, al acecho de troncos sumergidos y bajíos.

—Un tantito a babor, señorita —gritó—. Vire un poquito hacia este lado, quiero decir. ¡Así! ¡Firme ahora!

La embarcación fue remontado la corriente por debajo de una especie de túnel formado por la unión del ramaje sobre sus cabezas. Allnutt volvió de un tranco desde la pila de provisiones para parar la máquina y, por consiguiente, la hélice. En dos saltos estuvo nuevamente a proa, y cuando los árboles, a los costados de Rose, comenzaban a huir hacia adelante, al adelantarse la correntada al paso del bote, Allnutt echó el ancla con un estrépito de cadenas. Con apenas una sacudida, *La Reina de África* fondeó en el canal iluminado de verde. Apagado el chirrido de la cadena del ancla, sintieron ambos cerrarse sobre ellos un silencio profundo, silencio de un río del trópico a mediodía. Sólo se oían el paso impetuoso de la corriente y el gorgoteo del agua junto al jadeo de la máquina. El verde frescor que allí se gozaba podía ser el del mismo paraíso. Pero, desde la maraña de la isla, no tardaron en llegarles nubes de insectos que picaban sin compasión.

Allnutt regresó a la toldilla de popa. Le colgaba un cigarrillo de su labio superior; Rose no le había visto encenderlo, pero ese apéndice era el toque final del retrato del pequeño mecánico *cockney*. Sin él, se le antojaba incompleto. Jamás hubiera podido figurárselo Rose sin un cigarrillo —que, por lo general, se apagaba a medio fumar— pegado al labio superior, entre la mitad de la boca y el ángulo izquierdo. Una barbita rala, a lo sumo un centenar de pelos negros, asomaba en las mejillas enjutas. Daba la impresión de estar inquieto y con los nervios agitados mientras luchaba con las

moscas; pero sintiéndose alejado de la tierra firme, llena de acechanzas, dominaba mejor su espíritu sobresaltado, o al menos intentaba ocultarlo bajo un aparente humor jocoso.

—Aquí estamos, señorita —dijo—. Sanos y salvos, podríamos decir. La cuestión es, ¿qué hacemos ahora?

Rose era lenta en tomar sus decisiones, y las expresaba asimismo con lentitud. Se mantuvo en silencio en tanto la nerviosidad de Allnutt se explayaba en otras salidas, que pretendían ser humorísticas.

—Tenemos comida a montones aquí, señorita, así que no nos irá mal mientras que dure. Dos mil cigarrillos. Dos cajones de ginebra. Podríamos quedarnos aquí meses, si quisiéramos. La cuestión es querer. ¿Cuánto cree usted que durará esta guerra, señorita?

Rose sólo atinaba a observarlo en silencio. La conclusión era obvia: le estaba sugiriendo la permanencia en ese fangoso canal hasta la terminación de la guerra, para no volver sino entonces a la civilización. Y era igualmente claro que, para él, aquello era lo mejor que cabía hacer, siempre que no llegaran a faltar las provisiones. Ni se le ocurría a Allnutt hacer algo por su patria necesitada. El asombro que embargaba a Rose en ese instante le impedía responder; lo dejaba dar rienda suelta a su garrulería.

—Lo malo es —prosiguió Allnutt— que no sabemos por qué lado nos llegarán los socorros. Supongo que no se quedarán sin luchar. El viejo Von Hanneken no parece vacilar en cuanto a esto, ¿no le parece? Se me ocurre que, si los nuestros vienen del mar, se abrirán camino a lo largo de la línea ferroviaria que va a Limbasi. Pero si así fuera, podríamos quedarnos aquí y, llegado el momento, remontar hasta Limbasi. Y no sé si no sería eso lo mejor, después de todo. Claro que también podrían venir del África Oriental británica. Sería más fácil atrapar a Von Hanneken por ese lado, aunque no sería juego de niños darle caza en la selva. De hacerlo, lo tendríamos siempre entre ellos y nosotros. Lo mismo que si partieran del África Oriental portuguesa. Estamos aviados, por cualquier lado que miremos el asunto, señorita.

La jerga nativa de Allnutt, junto con el conocimiento que poseía del terreno, le permitían explayarse con fluidez acerca de la situación estratégica. En esos precisos instantes había generales que se devanaban los sesos en apreciaciones análogas, aunque expresadas en palabras menos legas, sobre planos preparados por sus Estados Mayores. Una invasión del África Oriental alemana frente a un enemigo bien dirigido no era operación que pudiera contemplarse a la ligera.

—Una cosa es segura, señorita. No vendrán por el lado del Congo. Ni aunque los belgas lo quisieran. Hay un solo camino por ese lado... cruzando el lago. Y nadie se atrevería a seguirlo mientras Luisa esté allí.

—Muy cierto —convino Rose.

La *Königin Luise*, cuyo nombre Allnutt traducía campechanamente por «Luisa», era la cañonera a vapor que el gobierno alemán tenía en el lago para cumplir servicios de policía. Rose recordaba los días en que el buque había sido traído de la costa, por tierra, ocho años antes. En la comarca se había hecho entonces una leva forzosa para obtener peones y obreros, similar a la última; y había habido que abrirse paso a golpes de hacha a través de la espesura, acarreando pesos enormes. Sólo la caldera de la *Königin Luise* había sido transportada en una sola pieza, y en cada etapa había dejado la vida un hombre en la selva. Luego de montada y botada al agua, empero, no había tardado en limpiar el lago de los piratas que, en sus ligeras canoas, lo infestaban desde antiguo. Con su velocidad de diez nudos, daba alcance a cualquier flotilla de canoas, y su cañón, de seis libras, sabía someter a la obediencia a toda aldea de piratas; el comercio había empezado a florecer entonces junto al lago, y la agricultura a producir a lo largo de las márgenes no pantanosas; la *Königin Luise*, convirtiendo momentáneamente su espada en reja de arado, había prestado un servicio de correo y pasajeros tan eficiente entre las márgenes del lago, que la mayor parte del África Oriental alemana se había vuelto más accesible desde la costa atlántica, cruzando entero el Congo Belga, que partiendo del Océano Indico.

No obstante, era una lección muy significativa de poderío marítimo el que la mera mención de la *Königin Luise* fuera suficiente para convencer a dos personas con vasta experiencia de la comarca, como lo eran Rose y Allnutt, acerca de la inexpugnabilidad del África Oriental alemana por el lado del Congo Belga. No cabía pensar en ninguna invasión capaz de forzar las aguas del lago frente a un barco de cien toneladas, armado con un cañón de seis libras. Alemania dominaba las aguas del lago tan incontestablemente como Inglaterra el Estrecho de Dover, y la ventaja que los germanos podían sacar de este poderío local sobre las aguas se perfilaba patente ante los ojos de las dos personas que permanecían a bordo de la lancha.

—De no ser por la Luisa —proseguía Allnutt—, no habría de qué preocuparse. El viejo Von Hanneken no duraría un mes si pudieran coparlo a través del lago. Pero, así...

El gesto que hizo Allnutt indicaba a un Von Hanneken protegido por los tres costados de la selva y en condiciones de prolongar su resistencia indefinidamente. Allnutt sacudió con un dedo la ceniza de su cigarrillo, que cayó sobre su sucia camisa blanca; con ello se ahorra despegarlo del labio.

—Pero con esto no damos ningún paso hacia nuestra tierra, ¿verdad, señorita? Pero que me maldigan si sé yo lo que hemos de hacer.

—Debemos hacer algo por nuestra patria —exclamó Rose.

Hubiera podido decir: «Debemos hacer nuestra parte», de haber conocido el lema que por entonces comenzaba a circular en Inglaterra. Mas en el fondo venía a ser lo mismo sin sonar tan melodramáticamente en medio de la selva africana.

—¡Qué fresquito se está aquí! —dijo Allnutt.

Su preocupación había sido poner la mayor distancia posible entre él y la lucha; se había formado la opinión de que esa guerra, al igual que todas las guerras, debía ser hecha por gente pagada y adiestrada para la tarea. Fuera del alcance del fervor patriótico suscitado por la prensa, nada estaba tan lejos de su mente como intervenir en ella. Ni siquiera sus viajes, necesariamente extensos, habían tenido la virtud de acrecentar su patriotismo más allá del suscitado por la ostentación de una escarapela el Día del Imperio mientras asistió a la escuela; quizás habían tenido la virtud de disminuirlo... Hubiera sido una falta de tacto preguntar por qué camino un inglés había llegado a trabajar como mecánico en la concesión belga de una colonia alemana. Era la pregunta que nadie se hubiera atrevido a formular, fuera misionero o hermana de misionero.

—¡Fresquito! —repitió Allnutt.

Había algo de contagioso, algo de inspirador, en la idea de «hacer algo por la patria». Mas, luego del primer instante, Allnutt hizo a un lado la visión que la alusión suscitara en su mente. Era hombre de máquinas, de hechos prácticos, no de fantasías. Acaso un jovenzuelo se hubiera aferrado a una idea tal; al fin y al cabo nada había de positivo en ella. No obstante, por respeto a la luz que brillaba en los ojos de Rose, tal vez fuera mejor contemporizar.

—Sí, señorita —dijo al fin—; si hubiera algo que hacer, sería yo el primero en poner manos a la obra. ¿Qué ideas tiene usted, por ejemplo?

Formuló la pregunta sin darle importancia alguna; firme en la certidumbre de que nada había que ella pudiese sugerir, nada, al menos, capaz de resistir el menor examen. Y por un momento le pareció que la razón estaba de su lado. Rose apoyaba su pronunciada barbilla en el cuenco de la mano y tiraba impaciente de ella. Dos líneas verticales fueron formándose entre sus pobladas cejas, mientras ahondaba en su porfiado intento de pensar. Consideraba absurdo que nada pudieran hacer dos personas a un enemigo que los rodeaba; pero no veía luz en el asunto. Rose hurgaba en su mente, pasando revista a lo poco que sabía de la guerra.

De la guerra ruso-nipona recordaba que los japoneses eran hombres muy valientes y que tenían la costumbre de gritar: «¡Banzai!». La guerra con los bóers había tenido otras facetas. Tenía veinte años por entonces, justo cuando Samuel tomó las órdenes, y recordaba también que el color caqui estaba de moda, que la gente llevaba en sus ropas botones con retratos de generales, y que la Reina enviaba paquetes de chocolate a los soldados que combatían en el frente. Leía Rose algunos diarios en aquellos tiempos..., indiscreción permitida a una joven de veinte años al tratarse de una crisis nacional. Luego, después de la Semana Negra, y de que Roberts, una vez obtenidos los inevitables triunfos, hubiera entrado en Pretoria, la lucha habían continuado durante años. Alguien, llamado De Wet, había resultado «escurridizo»; nadie lo

mencionaba entonces sin aplicarle el epíteto. Su operación preferida era atacar las líneas ferroviarias y volarlas.

Rose se puso en pie, como impulsada por la inspiración que acababa de iluminarla. Mas su esperanza se desvaneció al instante. Había un ferrocarril, era verdad, pero corría desde la costa, dominada por los ingleses, hasta la cabecera navegable del Río Ulanga, en Limbasi. De poco servía ya a los alemanes, y el alcanzar cualquiera de sus puentes a lo largo de su recorrido habría significado para ella y Allnutt remontar el curso de las aguas hasta Limbasi, que podría estar aún en manos de los alemanes; y la alternativa de cruzar por tierra llevando consigo los explosivos, los habría puesto en trance de ser capturados en cualquier momento. Rose había recorrido la selva en demasiadas direcciones como para no darse cuenta de la imposibilidad de tal tarea, y su sentido de la economía se rebelaba ante la idea de correr un riesgo demasiado grande para la consecución de una ventaja sumamente problemática. Allnutt advirtió la lucha interior en que se debatía su compañera de aventuras por las líneas de su rostro.

—¿No deja de ser una broma, verdad, señorita? —dijo, a manera de comentario.

En ese preciso instante se hizo plena luz en el futuro que Rose trataba de explorar.

—Allnutt —prorrumpió—, el río, el Ulanga, desemboca en el lago, ¿no es así?

La pregunta era inquietante.

—Pues... sí, señorita. Pero si se le ha ocurrido entrar en el lago con esta lancha... Vaya, no siga preocupándose. No podríamos, no hay más que mirarla.

—¿Por qué no?

—Los rápidos, señorita. Escollos de piedra, cascadas y gargantas. Usted no ha estado por allí; yo sí he pasado. Hay como cien millas de rápidos, corrientes impetuosas, que lo arrastran a uno. ¡Ca!, el río cambia de nombre donde desemboca en el lago. Allá abajo se llama Bora. Puede hacerse usted una idea. Nadie sabía que era el mismo río hasta que aquel tipo Spengler...

—Bajó por él, lo recuerdo bien.

—Sí, señorita. En una piragua. Tenía consigo una media docena de remeros swahilis. Estaba levantando los mapas de la región. Hay sitios donde el lecho se reduce a unos quince metros y el agua pasa por allí como por una espita. Las piraguas puede que salgan derechas de allí, pero no se le ocurra meter esta lancha en ese infierno.

—Entonces, ¿cómo ha hecho la lancha para llegar hasta aquí?, vamos a ver.

—Por ferrocarril, señorita, supongo yo, como todas las cosas pesadas. La habrán enviado hasta Limbasi, desde la costa, en secciones, y la habrán armado en la ribera. Si han traído la Luisa hasta el lago a lomos de negro, señorita...

—Sí, recuerdo.

Samuel casi había sido expulsado de la colonia a causa de las vehementes

protestas que formuló en favor de los aborígenes. Mas su hermano ya no estaba en este mundo, ¡y había sido el mejor hombre de la tierra!

Rose estuvo acostumbrada toda su vida a seguir los consejos de un tercero: padre, madre o hermano. Firme en la defensa de la causa de su hermano durante las interminables disputas con las autoridades alemanas, lo había escuchado apreciativamente, aunque sin comprenderlo mucho, cuando él había creído oportuno discutir con ella asuntos doctrinales. Por complacerlo, había estudiado con tesón — aunque con escaso éxito— el swahili, el alemán y otros idiomas, sufriendo por ello su parte del castigo que la humanidad debía soportar —así se lo aseguraba Samuel—, por el pecado cometido en Babel. Se habría sentido horrorizada si alguien le hubiese dicho que, de convertirse su hermano al catolicismo o abandonar toda fe en Dios, ella lo habría seguido; pero era la pura verdad. Rose provenía de una capa social e histórica donde la mujer navegaba en la estela trazada por el varón. Sólo en ese instante, por primera vez en su vida, comenzaba a pensar por sí misma fuera de los problemas domésticos.

No le resultaba fácil formular juicios propios, sobre todo cuando ello suponía evaluar el carácter y la veracidad de un hombre. Fijó la mirada en el rostro de Allnutt a través de la nube de moscas que lo rodeaba, y éste, consciente del examen a que era sometido, se movió con nerviosismo. En el corazón de Rose se iba fraguando una firme resolución.

Había llegado a la costa diez años atrás, en compañía de su hermano, en un buque de carga italiano, con pasajes pagados por la Argyll Society. El primer oficial del buque era un italiano simpático y galante, a quien no había bastado para mantenerlo a raya ni la frígida soltería de la joven. La figura de Rose a los veintitrés años prometía lo que ahora, a los treinta y tres, veíase cumplido. El primer oficial se había sentido incapaz de apartar los ojos de sus sólidas curvas; mas siendo ella la única mujer a bordo —y por jornadas enteras la única en cien millas a la redonda—, pedirle que dejara de galantearla era como pedirle que dejara de respirar. En verdad, era el tipo de hombre capaz de cortejar a un ídolo de bronce, a falta de algo mejor.

Era un galanteo singular, que, por otra parte, no llegó ni siquiera al clásico tomarse de las manos... Ni Rose advirtió nunca la intención del oficial. Una de las maniobras preferidas del marino, para congraciarse con la joven, era realmente ingeniosa. En Gibraltar, en Malta, en Alejandría y en Port Said, le habló, con toda la fascinante elocuencia que le permitía su fragmentario inglés, de la inmensidad del Imperio Británico; le señalaba los grandes barcos, ceñudamente hermosos, el pabellón blanco fluctuando a popa, y le decía que sobre esa bandera nunca se ponía el sol. No puede negarse que la lisonja, como línea de ataque, era sutilísima y merecedora de mayor éxito que el finalmente alcanzado por el poco afortunado peninsular.

Mas la imaginación de Rose no había logrado sustraerse al estímulo de todo aquello; la vista de la rígida línea de la escuadra del Mediterráneo entrando en el puerto de La Valetta, desafiando al mar de fondo movido por el viento de Levante, y la cruz roja que ostentaba el pabellón de la nave almirante, volvían el pensamiento al ilimitado imperio confiado a su custodia y al brillo y la aventura del dominio imperial.

Durante diez años aquellos pensamientos habían permanecido ocultos y reprimidos por respeto a su hermano, hombre de paz, quien no veía belleza alguna en el Imperio, ni objeto en derrochar riquezas en buques de guerra, mientras hubiera hambrientos que alimentar e infieles que convertir. Ahora, muerto él, las ideas revivían y tomaban forma. La guerra que, según su vaticinio, no habría de llegar jamás, estaba ahí con toda su crudeza, y había tronchado su vida como primera ofrenda. El Imperio peligraba. Sentada bajo la toldilla de *La Reina de África*, Rose sentíase sacudida por una ola de ardiente patriotismo. Con las manos juntas, trababa y destrababa los dedos; un sonrojo asomaba a través de la palidez atezada de sus mejillas.

Inquieta, se puso de pie y dio unos pasos hacia la proa, pasando por el costado de la máquina, hacia donde había provisiones apiladas hasta el filo de la borda: toda la variedad que podía comprender la provisión quincenal normal para media docena de blancos en la mina de oro belga. Detuvo la mirada allí más tiempo de lo ordinario, en busca de inspiración, como tantas veces lo había hecho frente a la despensa, al tener que resolver un problema de economía doméstica. Allnutt se le acercó y se detuvo a su lado.

—¿Qué son esas cajas con franjas rojas? —preguntó ella.

—Eso es la dinamita de que le hablé, señorita.

¿No es peligrosa?

—¡Oh, bendita sea usted! No —Allnutt se sentía feliz por la oportunidad que se le ofrecía de demostrar su indiferencia frente a esa mujer, que tornábase por momentos dominadora y desdeñosa—. Es un producto seguro. Se siente muy cómoda en sus cajas. Se humedece y no le pasa nada. Si se le prende fuego, arde, nada más. Pueden golpearla con un martillo y no estalla... al menos, no creo que lo haga. Lo que no se puede es ponerla en contacto con detonadores. Pero nosotros no haremos eso, señorita. La llevaré a tierra si usted se siente molesta, ¿quiere?

—¡No! —contestó Rose con vehemencia—. Tal vez la necesitemos.

Aun cuando no había a la vista puentes que volar, debía de haber alguna cosa donde poder emplear, en tiempo de guerra, unos cien kilos de explosivos; y, a pesar de la firme manifestación de Allnutt de que era temerario descender el curso del río, en la mente de Rose se columbraba el vago esbozo de un plan.

En el fondo del bote, a medio cubrir por los cajones, descansaban dos caños de

hierro, redondeados por un extremo, mientras el otro extremo, cónico, tenía montado un artefacto de bronce: válvula y manómetro.

—¿Qué son esos objetos de allí? —preguntó Rose.

—Son los cilindros de oxígeno —repuso Allnutt—. No sabríamos cómo usarlos. En cuanto cambie de sitio la carga, los tiro al río.

—No, yo no haría eso si fuera usted —dijo Rose. En su memoria pululaban toda suerte de vagas reminiscencias. Volvió a mirar a los largos cilindros negros—. Parecen, parecen torpedos —prorrumpió al fin, meditabunda, y el plan comenzó a tomar cuerpo, estimulado por las palabras. Volvióse hacia el mecánico—. Allnutt —preguntó—, ¿sería capaz usted de hacer un torpedo?

Allnutt sonrió piadosamente.

—¿Si sabría hacer un torpedo? —repitió—. ¿Yo? ¿Hacerlo?... Pídame mejor que le haga un buque de guerra. Usted no tiene idea, realmente, de lo que está diciendo, señorita. El aparato es así, señorita. Un torpedo...

La explicación que Allnutt dio de la naturaleza de los torpedos no se alejaba mucho de la realidad, y la apreciación que dio acerca de su incapacidad para construir uno era absolutamente correcta. Los torpedos representan los últimos refinamientos del ingenio humano. Cuestan miles de libras; la inventiva de equipos de hombres escogidos mediante un riguroso sistema de selección ha estado dedicada durante treinta años a la búsqueda de la perfección de esta arma, destinada a destruir lo construido por miles de otros ingenios.

—Para hacer un torpedo capaz de mantener la dirección en línea recta y a profundidad uniforme —decía Allnutt—, necesitaría un ejército de mecánicos de alta precisión, trabajando con las herramientas más exactas y bajo la dirección de ingenieros especializados.

Nadie podía, pues, pretender que Allnutt, aislado en el corazón de la selva, sólo con la caja de herramientas de *La Reina de África* a su disposición, pudiera lograr siquiera un intento de chapucería. Allnutt siguió explayándose sobre los temas conexos de giróscopos y cámaras de aire comprimido y hélices verticales y hélices horizontales y pesos compensatorios. Escupía, literalmente, términos técnicos. Ni siquiera el espíritu de empresa innato en todo *cockney*, su voluntad de probarlo todo una vez u otra, viviente aún en algún repliegue de su interior, lo hubiera inducido a realizar el menor esfuerzo por construir un torpedo semoviente.

La mayor parte de sus explicaciones técnicas cayeron en oídos profanos. Rose oía sin escuchar. La inspiración dominaba su espíritu.

—Pero todas estas cosas —dijo, al fin, luego de que Allnutt hubo concluido su disertación sobre los torpedos en general—, todos estos giróscopos y cosas por el estilo, son para que el proyectil ande solo, ¿no es así?

—Pues claro.

—Entonces —dijo Rose, ya en la cima de su fiebre inventiva—, tenemos *La Reina de África*. Si ponemos esto, esta dinamita delante de la embarcación, con un, ¿cómo dijo usted?, un detonador, eso ya sería un torpedo, ¿no es así? Esos cilindros llenos de pólvora podrían proyectarse por la proa, y los detonadores en las puntas, allí donde están las válvulas... Y si lanzamos *La Reina de África* contra el costado de un buque, estallarían al igual que un torpedo...

En la mirada de Allnutt había una expresión de seudoadmiraación mezclada con piedad tolerante. Respetaba Allnutt las ideas originales, y su memoria le decía que la de Rose era una idea original. Mas no sabía que el torpedo había partido de la base ahora esbozada por Rose, si bien ya en los primeros experimentos se tuvo la precaución de asegurar el explosivo a un palo izado frente a la embarcación, reduciendo así el peligro de que la tripulación volara con el petardo. Allnutt, en verdad, adelantó esta última objeción, en tanto rumiaba otras en oposición a la idea.

—Sí —dijo—, y suponiendo que lo hiciéramos; suponiendo que halláramos algo para torpedear y que lo torpedeáramos (y no sé qué podría ser, porque ésta es la única embarcación en todo el río), ¿qué sería de nosotros? Volaría la lancha y nosotros con ella hasta el reino del más allá. Piénselo bien, señorita.

Rose pensaba ahora con rapidez y lucidez desusadas. Medía y analizaba el estado de ánimo y la actitud mental de Allnutt hasta el menor detalle. Bien sabía ella qué cosa quería torpedear. En cuanto al más allá que Allnutt mencionara con un toque profano, no le preocupaba en absoluto. Rose creía con sinceridad que tenía el cielo asegurado y que pasaría a la eternidad, coronada por una diadema de oro, para cantar perpetuos hosannas al son de mil arpas, aunque esto último le resultaba un tanto extraño. Y cuando se planteaba la cuestión relacionada con las circunstancias de su vida, se decía a sí misma que, por el cariz de las cosas, era más fácil que tuviera reservado el cielo que cualquier otro sitio. Había seguido devotamente las enseñanzas de su hermano; había tratado de llevar una vida cristiana, y, por encima de todo, si esa vida había de rematarse con un esfuerzo por ayudar al Imperio, la diadema y el arpa serían, sin duda, sus eternos acompañantes.

Tenía la firme certidumbre, por otra parte, de que la diadema y el arpa no habrían de inducir a Allnutt a arriesgar su vida, aun existiendo la remotísima posibilidad de que con un buen fin pagara sus pecados. Para lograr la cooperación necesaria, Rose tendría, pues, que recurrir a la astucia, y se propuso emplearla como si no hubiese hecho otra cosa en toda su vida.

—No he querido decir —dijo ella— que tuviéramos que permanecer a bordo de la lancha. ¿No podríamos tenerlo todo listo? Tener —¿cómo se llama?— la «caldera» a todo vapor, y luego lanzar la embarcación contra el barco enemigo? ¿Qué le parece?

Allnutt trataba de disimular la gracia que todo aquello le causaba. Sentía cuán inútil sería señalarle a esta mujer todos los fallos del proyecto, el hecho de que habían

pasado los días en que la caldera de *La Reina de África* podía aguantar un «todo vapor», y que la hélice, al igual que toda hélice única, tendía a impeler el barco en sentido rotativo, haciéndole describir una curva, de manera que aquello de apuntar a un objetivo era cuestión de mucha suerte; y, por último, que los seis nudos de *La Reina de África* serían ridículamente insuficientes para sorprender a un barco enemigo. Además, ¿dónde estaba el objetivo a torpedear? Pero como las maquinaciones de la cabeza de chorlito de la mujer eran inocuas, pensó que tanto daba seguirle la corriente.

—Podría salir bien —dijo, serio.

—¿Y estos cilindros servirían para hacer torpedos?

—Yo diría que sí, señorita. Tienen las paredes tan gruesas como para soportar una fuerte presión. Dejaría salir el gas y los llenaría de dinamita. En cuanto al detonador, no habría motivo para no poderlo montar. Sirve un cartucho de revólver —Allnutt fue animándose, su imaginación adquiría vuelo a medida que se explayaba en los detalles—. Podríamos abrir un par de boquetes en la proa de la lancha y pasar la punta de los tubos por ellos, para que la explosión se produjera lo más a flor de agua posible. Los afirmaríamos bien con listones de madera. ¿Quién le dice que no nos saldríamos con la nuestra, eh?

—Perfecto —dijo Rose—. Entonces, bajemos al lago a torpedear a la Luisa.

—No diga tonterías, señorita. Esas cosas no son para nosotros. De veras que no. Ya se lo he dicho antes: es imposible bajar con la corriente.

—Spengler pudo.

—En una piragua, con...

—Eso nos dice que también podremos nosotros.

Allnutt exhaló un suspiro de impaciencia. Tenía la plena certeza de la imposibilidad de bajar con *La Reina de África* por los rápidos del Ulanga. Advertía, de un modo que escapaba a las luces de Rose, la diferencia entre una piragua manejada por una media docena de avezados remeros y una embarcación torpe y destartada como la suya. El sabía, aunque Rose lo ignorase, el poder aterrador de las corrientes lanzadas a velocidad impetuosa.

Pero, por otra parte, Rose representaba la opinión pública. Allnutt estaba acaso dispuesto a admitir para su coleteo ser un cobarde, incapaz de alzar un dedo en ayuda de su patria, mas no estaba tan dispuesto a manifestarlo en público. Además, aunque Allnutt hubiera luchado solo en la vida en más de una ocasión, el papel no le agradaba. Prefería obedecer órdenes; ser mandado, antes que pensar y trabajar por cuenta propia. La responsabilidad no lo hacía feliz ni lo satisfacía. Veía siempre con agrado la presencia de personas deseosas de asumir los papeles de responsabilidad, aunque fuera la antipática hermana de un desdeñado misionero ya difunto. Para decirlo de una vez: Allnutt había llegado a África Central como consecuencia de su

costumbre de dejarse ir a la deriva. Ése era anverso de la medalla.

En cuanto al reverso, el proyecto de Rose le parecía el sueño de un lunático. No abrigaba la menor fe en la posibilidad de descender por el Ulanga, y mucho menos en la de torpedear a la *Königin Luise*. La única parte del proyecto que le parecía realizable era la relativa a la fabricación de torpedos. Sentíase capaz de preparar fulminantes y sabía que un par de cilindros de gas llenos de fuertes explosivos causaría destrozos incalculables; pero como no tenía ni la más remota esperanza de llevar nada a la práctica, no se detuvo mucho en fantasear sobre el asunto.

Esperaba, sí, que tras atravesar un par de rápidos de menor importancia, la visión de uno más impetuoso devolviera a la mujer su juicio y que se aviniera entonces a establecerse tranquilamente en algún remanso y a esperar —como él lo deseaba vivamente— a que el destino decidiese. La mejor solución, que Allnutt no descartaba, hubiera sido un naufragio, ni espectacular ni peligroso, que resolviese el problema en el mismo sentido. O que la maquinaria de *La Reina de África*, ya en las últimas, se negase de una vez por todas a seguir trabajando, sin posibilidad de reparación. O bien —idea feliz— ayudarla a dar ese paso definitivo y salvador. De todos modos, doscientas millas de aguas tranquilas los separaban de los rápidos, y en el temperamento de Allnutt no cabía preocupación por un acontecimiento futuro, aunque fuera sólo una semana antes.

—Hágase su voluntad, señorita —dijo, al fin, resignado—. Sólo que luego no me eche a mí la culpa. Eso es todo.

Tiró por la borda el cigarrillo apagado, que arrastró la veloz corriente parda del río, y extrajo otro del bolsillo de su camisa blancogrisácea. Sentado para descansar al costado de la máquina, puso los pies sobre una pila de leña y encendió el nuevo cigarrillo. Aspiró una profunda bocanada de humo, que expulsó poco a poco con aire satisfecho. Luego dejó que el fuego se apagase lentamente, hasta que el cigarrillo se despegó, al fin, del labio y cayó al suelo. Sus párpados bajaron a su vez, como acompañando al caído en su suerte. La mirada inquieta de Allnutt se detuvo en los pies de Rose, y subió de allí hasta el ruedo de su vestido de dril blanco. Advirtió entonces que Rose se mantenía de pie frente a él, como si aguardara una decisión. Sobrecogido, alzó los ojos hasta su rostro.

—Vamos, pues —dijo Rose—. ¿Es que no zarpamos?

—¿Qué? ¿Ahora?...

—Sí, ahora. ¡Andando!

Allnutt volvía a enfrentarse con la cruda realidad. Era ya mucho, en su opinión, haber cedido ante la dama, dándole la razón, como cuadra a un caballero. En el ánimo de Allnutt, la partida podía demorarse hasta la siguiente madrugada si los dioses no le fueran propicios, y hasta la próxima semana si lo fueran. Partir así, con media hora de preaviso, para echar a pique nada menos que la escuadra alemana, le parecía

inverosímil o, cuando menos, antinatural.

—Nos quedan dos horas de sol, señorita —dijo, mirando la luz reflejada en la superficie del agua.

—Podríamos andar un buen trecho en dos horas —repuso Rose, cerrando luego la boca con firmeza. Su madre solía expresar de modo muy parecido aquello de «no dejes para mañana...», en los días en que atendía su tienducha de artículos de todo tipo en una pequeña localidad industrial del Norte de Inglaterra.

—Tendré que hacer hervir la «olla» de nuevo —dijo Allnutt.

Bajó, pues, de su plácido lugar de descanso y se dispuso a cumplir el habitual rito del fuego frente a la caldera.

Ardían aún algunas brasas en el hogar. A los pocos minutos de llenarlo con trozos de leña y de cerrar su puerta con mal disimulada violencia, comenzó un alegre chisporroteo; a poco, la máquina comenzó a jadear y a expulsar vapor. Allnutt se dispuso a realizar los menesteres que habían quedado a su cargo por la deserción de sus dos ayudantes de color: izar el ancla, desatracar y arrancar la hélice, con toda la simultaneidad que cabía y de que era capaz. En la atmósfera reinante, donde el menor esfuerzo hacía transpirar, estas actividades forzadas le hacían chorrear sudor; entre los omoplatos, la camisa no tardó en empaparse. Y, ya navegando, la atención constante al hogar y a la máquina, le impidió tomar resuello y refrescarse un poco.

Rose observaba sus movimientos. Estaba ansiosa por aprenderlo todo acerca de la embarcación. En el timón, se dispuso a dominar todos los secretos de su gobierno. Ya a los pocos minutos de la dura lección de náutica, había aprendido que eso de tener que moverlo a la derecha para dirigir la lancha a la izquierda debía de ser una treta típica del hombre, pero cambió de parecer muy pronto. En efecto, aleccionada por Allnutt, incluso ella no tardó mucho en descubrir cierto sentido en las frases convencionales que hablaban de «a babor» y «a estribor». Hasta entonces, Rose había abrigado la sospecha de que esos términos radicaban en el peregrino placer del hombre por lo ceremonioso y místico.

El viaje comenzó con una navegación a la vez emotiva e interesante, abriéndose paso a través de la maraña de islas de los riachos laterales. Florecía allí una vegetación flotante semisumergida, muy capaz de enredarse en la hélice, además de los bajíos y bancos de tierra que debían eludirse. Habían pasado apenas unos minutos y recorrido un par de millas cuando un trecho de aguas mansas dio a Rose ocasión de pensar; acudió de pronto a su mente que había dejado atrás la misión, donde había luchado durante diez años, la tumba de su hermano, su hogar y todo cuanto constituía su mundo, sin un sentimiento de nostalgia siquiera.

Se sintió barrida por una ola de emoción, se le humedecieron los ojos e hizo pucheros. Se reprochó a sí misma, entre tanto, su falta de sentimientos tiernos. Mas, de pronto, una nueva emoción ahogó su anterior momento de debilidad. Cruzó por su

mente la silueta de la *Königin Luise* haciendo flamear su pabellón alemán por el lago donde jamás podría llegarle el desafío del de su patria, que tenía menester de su ayuda, y vino a su memoria la muerte de su hermano, que clamaba venganza. Mujer, recordó las rudezas y los insultos que Samuel había sufrido con paciencia de los funcionarios de la colonia; sí, también debían responder por ello. Y —aunque ella no lo sospechase— anidaba en el ánimo de Rose una sed de aventuras, reprimida pacientemente en vida de su hermano durante los monótonos años de la misión. Rose no advertía que el alivio que sentía se lo había traído la libertad ganada a costa de la muerte de su tan querido hermano. De columbrarlo, se habría entristecido seguramente; pero no leyó en ese pliegue de su subconsciente.

Pasado el momento sentimental, concentró su atención en el timón y en la superficie azogada del río. Allnutt no se daba un segundo de descanso en torno de su máquina. Todos los escapes, cada cual formando una suerte de lápiz de vapor, eran ruidosas señales de la edad proveya de la máquina y de la falta de cuidado con que había sido tratada. Año tras año, y viaje tras viaje, el agua cenagosa del río había sido bombeada directamente a la caldera, sin un filtraje previo, con el resultado de que sus tubos estaban, no ya cargados de herrumbre, sino decididamente obturados por incrustaciones.

La bomba que alimentaba de agua la caldera solía obstruirse justamente en los momentos críticos, exigiendo una atención inmediata si quería evitarse la destrucción definitiva de la caldera; Allnutt tenía, pues, que trabajar frenéticamente, introduciendo las manos en los resquicios más peligrosos, y cabía afirmar que, o bien él o bien sus ayudantes negros, habían tenido descuidado ese aspecto de la atención de la embarcación, haciendo caso omiso de las dudosas indicaciones del nivel de agua, con el resultado de que no quedaba ya tubo de la caldera con una junta sin pérdida. Casi todos tenían soldaduras o parches, aplicados del modo chapucero e ineficaz con que el clima africano induce al hombre a conformarse con cualquier remedio del momento; algunos estaban soldados con bronce, pero los más ostentaban parches hechos de chapa de hierro, minio y alambre.

Como consecuencia de tanta precariedad, era preciso no apartar nunca los ojos del manómetro. En un pasado ya increíblemente lejano, siendo la máquina aún nueva, podía mantenerse una presión de ochenta libras por pulgada cuadrada, capaz de imprimir a la lancha una velocidad de doce nudos. Pero en el estado al que se encontraba reducida, en cuanto la presión superaba las quince libras, la máquina amenazaba con desintegrarse por momentos, alcanzando a duras penas los cuatro nudos. La principal tarea de Allnutt consistía, pues, en mantener la presión en ese punto, ni más ni menos, alimentando el hogar con una dieta de hambre; por otro lado, era necesaria cierta familiaridad con los altibajos del manómetro, cuya lectura sólo se lograba mediante una observación perseverante. Tan escrutadora atención de la

caldera era agravada por la tendencia de la leña a estrangular el tiro con las cenizas. La verdad es que Allnutt debía planear la alimentación de la caldera como el jugador de ajedrez el movimiento de sus piezas en el tablero, anticipándose a los efectos de seis movimientos cuando menos: tener en cuenta el tiro de la chimenea al limpiar el cenicero, la relativa inflamabilidad de cualquiera de la media docena de trozos de leña de diferente densidad, la visible influencia del rayo directo del sol sobre la caldera, la posibilidad de que se atrancase la válvula de seguridad —alguien le había dejado caer encima un objeto pesado, y no había habido manera de ponerla en condiciones dignas de la más absoluta confianza desde entonces— amén de los riesgos en el caso de que se distrajese momentáneamente en el cuidado de alguna de las tantas otras crisis posibles.

Desde luego que la lubricación, otrora automática, había dejado de serlo; el aceite había que empujarlo por los engrasadores montados sobre los cilindros, y siempre había más de un cojinete demandando urgente lubricación e impostergable enfriamiento. Así, pues, con *La Reina de África* en marcha, Allnutt estaba tan activo como una ardilla en su jaula. Cabía admirarlo por haber sabido traer la lancha, sin ayuda, desde la mina hasta la misión, después de la deserción de la escasa tripulación, ya que aparte de atender a la máquina había tenido que gobernar el timón y observar la corriente para eludir escollos y bajíos.

—Nos estamos quedando sin leña —exclamó Allnutt, levantando la cabeza, con su cara tiznada, pringosa y surcada de sudor—. Pronto tendremos que amarrar.

Rose dirigió la mirada hacia donde el sol acababa de hundirse tras los árboles de la orilla opuesta.

—De acuerdo —repuso con mal disimulada contrariedad—. Buscaremos algún sitio donde acampar.

Continuaron avanzando, entre el lúgubre estrépito de la máquina, hasta donde el río volvía a diluirse entre una nueva serie de cursos angostos. Allnutt echó una última mirada perezosa a la máquina y se dirigió de prisa a proa.

—Doble por aquí, señorita —ordenó, acompañándose de un movimiento del brazo.

Rose empujó el timón y pronto tomaron la embocadura de un curso lateral.

—Vire de nuevo —dijo Allnutt—. ¡Firme! Hay un canal; métala allí. ¡Firme! ¡Así, derecho!

Iban a contracorriente ahora, en un pasaje angosto cubierto por las copas de los árboles de ambas orillas, cuyos raigones, lavados por la recia corriente plomiza, y enredados entre sí cual obra de cestería, formaban las márgenes. *La Reina de África* avanzó cortando el recial. Allnutt soltó el ancla y, corriendo de nuevo hasta la máquina, cortó el vapor. La lancha se acostó sobre el fondeadero con una sacudida apenas. Por primera vez, Rose había estado atenta a las maniobras y, creyendo

haberlas entendido, sentíase orgullosa y satisfecha. Por lo general, no se molestaba por esas cosas; viajando en tren jamás ponía atención en las señales, y ni siquiera el oficial italiano había logrado interesarla en el gobierno de una embarcación. Mas ese día acababa de comprender el significado de todo aquello, la necesidad de atracar con la proa contra la corriente en ese cauce torrentoso, porque el ancla estaba a proa. Rose no lograba representarse el cuadro de la embarcación embestida de costado por una corriente rápida en un cauce angosto, aunque lo veía poco apetecible. Allnutt permaneció unos instantes acechando hasta asegurarse de que el ancla no garreaba; luego, sentado bajo la toldilla, exhaló un suspiro de alivio.

—¡Ja! —exclamó—. Da calor esto, ¿eh, señorita? No vendría mal un trago.

De un armario sacó Allnutt un sucio jarrito enlozado, y luego otro.

—¿Le sirvo, señorita?

—No —contestó Rose secamente.

Por instinto, sabía que pronto tendría que enfrentarse a lo que Samuel llamaba ron. Mientras tanto, observaba a Allnutt como fascinada. De un cajón debajo del banco, extrajo Allnutt una botella llena de un líquido incoloro, con el que llenó un jarrito.

—¿Qué es eso? —preguntó Rose.

—Ginebra, señorita —repuso Allnutt—. Y no hay más agua que la del río para mezclarlo.

La noción que Rose poseía de las bebidas alcohólicas de alta graduación era harto confusa. La primera vez que se había sentado a una mesa donde se servían, había sido en el barco italiano; recordaba la amable zumba con que la oficialidad de a bordo festejaba su negativa y la de su hermano de probar siquiera el vino tinto, que no faltaba allí en ninguna comida. Durante el ministerio de su hermano, en Inglaterra, había oído discutir acerca de las bebidas alcohólicas y sus perniciosos efectos; tampoco había faltado algún tipo de mala traza adicto al alcohol con quien ella intentara alguna vez razonar. En la misión, Samuel se había empeñado en vano para que su grey de color abandonara el uso de la cerveza, que allí se preparaba desde tiempo inmemorial; y bien sabía Rose cuán ineficaces habían resultado sus razonamientos. En las festividades todos bebían licores aún más fuertes, embriagándose como cerdos y armando bataholas horrisonas; al día siguiente andaban con la cabeza a punto de estallarles, pero ni siquiera ese castigo hacía que Samuel perdonara los deslices de la noche anterior.

Y los pocos blancos de la colonia bebían también... aunque Rose, influida hasta ese momento por la descripción metafórica, había vivido bajo la impresión de que Allnutt tomaba el temible ron, y no esa ginebra de inocuo aspecto. El ron, la unión pecaminosa con mujeres africanas y la brutal conscripción de mano de obra nativa, había sido el enemigo de tres cabezas contra el cual Samuel jamás había cesado de

combatir. Ahora Rose se veía frente a frente con uno de estos pecados. El alcohol enloquece al hombre; el alcohol descompone las carnes y corrompe las almas; el alcohol trae ruina y miseria en este mundo y la condena eterna en el otro.

Allnutt acababa de llenar el otro jarro con agua del río y trasegaba ahora su contenido en el gin, tratando meticulosamente, aunque con escaso éxito, de impedir que pasara demasiada materia de aluvión a su bebida. Rose lo observaba con creciente interés, como seducida por la operación. Hubiera querido protestar, incluso arrebatarse aquel terrible instrumento del mal de las manos de su compañero; permanecía inerte, sin embargo, como transfigurada. Era tal vez su crecida dosis de sentido común la que la mantenía a la expectativa. Allnutt bebió el detestable brebaje y luego hizo chasquear los labios, saboreando el regusto.

—Estoy mejor —dijo.

Depositó el jarrito sobre el banco; no comenzó a hacer movimientos maniáticos, ni a entonar cantos de borracho, ni a tambalearse y girar sobre sí mismo en la lancha. En cambio, con los labios aún bañados de pecado, abrió de par en par los portales del cielo para Rose.

—Ahora, a pensar en la cena —dijo—. ¿Qué le parecería una taza de té, señorita?

¡Té! El calor, la sed, la fatiga y la agitación del viaje habían dado cuenta de las fuerzas de Rose. Sentíase agotada y sin aliento, la garganta le abrasaba. La perspectiva inminente de una taza de té suscitó en ella una excitación que la puso temblorosa. Doce tazas de té habían tomado diariamente ella y su hermano durante años. Ese día no se había mojado los labios ni había probado bocado, pero comer era lo de menos. ¡Té! ¡Una taza de té! ¡Dos tazas, media docena de tazas de té, fuerte, exquisito, vivificante! La imaginación se le bañaba en la atmósfera rosada de las tardes de té, verdaderas orgías. Las fiestas primaverales de la siembra en la aldea de la misión eran un pálido reflejo, comparadas con ellas.

—Me encantaría de veras —respondió.

—El agua está aún hirviendo en la caldera —dijo Allnutt, poniéndose en pie—. Lo haré en un minuto.

La cena de alimentos envasados que comieron estaba reducida, a causa del calor, a una masa pringosa semilíquida. El pan casero, de hechura nativa, era negro y sin sabor. Mas el té les supo delicioso. Rose se vio obligada a mezclarlo con leche condensada, que aborrecía —en la misión habían tenido vacas lecheras hasta la requisición de Von Hanneken—, pero ni esto le hizo menos grato el sabor de la infusión. Lo tomó cargado, taza tras taza, como se lo había propuesto, sin pensar siquiera en el efecto que tendría en la mucosa del estómago; tal vez lo reduciría a algo semejante a lo que mostraba aquella diapositiva que vio en la Liga de la Templanza y que proyectaba en la pantalla un hígado de alcohólico. Durante unos minutos creyó tener fiebre, tanto le subió la temperatura del cuerpo, pero al poco

comenzó a brotarle una placentera transpiración, no ya el sudor pegajoso acompañado de picazón que la había martirizado durante todo el día, sino un fluido refrescante, portador de una sensación de alivio y bienestar.

—A aquellos belgas allá arriba en la mina no había quien les hiciera tomar té —dijo Allnutt, al inclinar la lata de leche condensada sobre su tazón de negra infusión—. No conocen lo bueno.

—Sí —convino Rose. Sentía ya que la amistad hacia Allnutt surgía en ella sin freno. Ni los mosquitos la fastidiaban como antes; los ahuyentaba sin irritarse.

Una vez lavada y guardada la escasa vajilla, Allnutt se levantó y miró en torno; la luz del día iba menguando.

—No ha visto ningún cocodrilo paseándose por la orilla, ¿verdad, señorita? —preguntó.

—No —contestó Rose.

—No hay bajíos aquí para ellos —comentó Allnutt—, y la corriente es demasiado fuerte —carraspeó como para indicar que tenía conciencia de cuanto iba a decir, y prosiguió—: Quiero bañarme antes de ir a la cama.

—En eso mismo pensaba yo.

—Yo me largaré por la proa y me bañaré agarrado a la cadena del ancla —dijo Allnutt—. Usted quédese por aquí y haga lo que mejor le parezca. Que si no nos miramos, no ha de pasar nada.

Rose se encontró desnudándose por completo en la popa de la lancha, a cielo abierto, con un hombre que estaba haciendo lo propio unos tres metros más arriba, separados por una chimenea de unos veinte centímetros de diámetro. Era verdad; no pasó nada. Rose vio con el rabillo del ojo el contorno gris blanquecino de una figura que bajaba al agua saltando por la borda, y luego sintió el chapoteo estrepitoso con que Allnutt gozaba del contacto con el agua. Se había sentado, desnuda, sobre la regala baja de la popa e iba sumergiendo lentamente los pies en el agua, la corriente rápida burbujeando en torno suyo, deliciosamente fresca, tirándole de los tobillos, invitándola insidiosamente a seguirla. Se deslizó por completo fuera de la embarcación, aunque sin soltarse, dejándose flotar en la superficie remolineante. Era un placer de diosa muchísimo más agradable que su baño vespertino en la misión, en aquella batea de lata, siempre obsesionada por el miedo de que la inextinguible curiosidad de los nativos hiciera que ojos indiscretos la estuviesen mirando a través de las rendijas y resquicios de las paredes de madera.

Al rato comenzó a forcejear para salir de la corriente. No era fácil, pero lo había esperado; el agua tironeaba y la borda quedaba muy alta, pero con un esfuerzo bien calculado, sus brazos musculosos la hicieron ganar el filo de la borda. Sólo entonces tuvo plena conciencia de que había estado a punto de llamar en su ayuda al hombre que se bañaba en el extremo de la embarcación; pensó que hubiera debido

avergonzarse, pero no estaba ya para remilgos. Extrajo una toalla del recipiente de lata donde guardaba sus ropas, se enjugó y vistió. Caía la noche, las luciérnagas lanzaban algún pálido destello y los ruidos de la selva se habían apagado hasta el punto de que el murmullo de la corriente contra las márgenes subía de tono por momentos.

—¿Está lista, señorita? —preguntó Allnutt, al encaminarse hacia ella.

—Sí.

—Será mejor que duerma usted aquí, a popa —dijo Allnutt—. Por si llega a llover. Hay un par de alfombras aquí. Le aseguro que no tienen pulgas.

—¿Dónde duerme usted, entonces?

—Delante, señorita. Me prepararé algo para echarme, con aquellas cajas.

—¡Cómo! ¿Con la dinamita?

—Sí, señorita. No le voy a hacer daño.

No era ése el motivo de la pregunta. Rose hallaba rara la idea de dormir sobre unos cien kilos de explosivos, bastantes para dejar en ruinas una ciudad... o volar un barco. Mas pronto se liberó de la aprensión; eran tantas las cosas extrañas que le acontecían...

—Ha de estar bien —dijo, secamente.

—Cúbrase bien —le aconsejó Allnutt—. En el río refresca mucho de madrugada. Mire la neblina que se levanta ya.

Una bruma blancuzca comenzaba a reptar sobre las aguas del río.

—Muy bien —dijo Rose.

Allnutt volvió a proa, y Rose comenzó a preparar su yacija para esa noche. No se dejó llevar de la imaginación acerca de las pieles —negras o blancas, limpias o sucias— que podían haber estado en contacto con aquellas alfombras. Se acostó sobre las duras tablas del piso, envuelta en las alfombras y con la cabeza apoyada en una almohada hecha con algunas prendas de vestir. Su mente era un torbellino en el que los pensamientos se perseguían en tropel. Su hermano había fallecido la madrugada de ese mismo día, y ya parecía que había transcurrido un mes por lo menos. El recuerdo del rostro de cera del hermano fallecido era vago, aunque persistente. Cerrando los ojos, sus retinas reflejaban imágenes de las impresiones del día: agua impetuosa, que coronaba de blanca espuma los raigones, agua cabrilleante en los bajíos y brillante como azogue donde el sol y el viento jugaban con ella. Rose pensó en la *Königin Luise* reinando soberana en el lago; pensó en Allnutt, acostado a un par de metros de su lecho de virgen, y se le presentó su cuerpo desnudo saltando por la borda de la embarcación. Y volvió a pensar en su hermano muerto. La resolución de vengar su muerte la sorprendió en el instante en que iba a rendirse al sueño. Se volvió a un costado, incómoda. Los mosquitos picaban como vampiros. Pensó en el cigarrillo colgando de los labios de Allnutt, y cómo lo había persuadido a

acompañarla. Volvió a su retina el juego de luces y sombras sobre el agua de la primera vez que habían fondeado, horas antes. Y con ese cuadro inquieto en el ojo de la mente se durmió, agotada por la fatiga y las emociones.

CAPÍTULO III

Rose durmió la mayor parte de la noche. La lluvia, infierno de agua, relámpagos y truenos, la despertó con un sobresalto. Tardó un rato en darse cuenta de su situación, acostada como estaba en la oscuridad, sobre las tablas duras del piso. Todo a su alrededor era un infierno de ruidos. La lluvia caía como sólo puede hacerlo en África Central. Tamborileaba en la toldilla y formaba miniaturas de cataratas de los árboles al río.

Los relámpagos, con reflejos eléctricos, iluminaban hasta el agua pardusca del riacho, y el trueno rugía casi sin solución de continuidad. Un viento cálido llevaba la embarcación corriente arriba, y, en los momentos en que amainaba un poco, ésta volvía a su fondeadero con una brusca sacudida. Rose sintió como un latigazo en el rostro la primera ráfaga de lluvia tibia, empujada por el viento debajo de la toldilla; a poco comenzó a hacer agua la propia lona, descargando pequeñas cascadas de agua en torno suyo.

Parecía como si todo sucediese a la vez: de dormida y olvidada de la situación en que se hallaba, despertó azotada por el agua, con la lancha tironeando de la cadena del ancla. Algo se movía por el combés de la embarcación, y un relámpago dibujó la silueta de Allnutt dirigiéndose hacia ella, empapado y afligido, arrastrando sus ropas tras de sí. Fue a echarse cerca de Rose, gimiendo cual falderillo apaleado. La toldilla le soltó, por uno de sus jirones, un chorro de agua sobre la nuca.

—¡Vaya! —dijo, y cambió de sitio.

Dio la casualidad de que Rose se hallaba en un punto donde no corría peligro de sufrir la caída directa de tales torrentes; sólo la fastidiaba la lluvia que le traía el viento y las salpicaduras que la alcanzaban desde el piso. Era ése el único sitio realmente resguardado. Allnutt pasó largo rato cambiando bruscamente de lugar, siempre perseguido por los inexorables chorros que caían de arriba. A Rose le castañeteaban los dientes, y hubo un instante en que estuvo a punto de sacar el brazo para atraerlo hacia sí, como a un niño; se sonrojó secretamente al descubrir su amago de intento, pensando que Allnutt era tan niño como ella. En cambio se incorporó y le preguntó:

—¿Qué podemos hacer?

—Nada, señorita —contestó él sin valor ni voluntad.

—¿No puede guarecerse en ningún sitio?

—No, señorita. Pero esto no va a durar mucho.

Allnutt hablaba con la desganada paciencia adquirida en una vida desdichada. Huía de un chorro de agua para caer bajo otro. Samuel, en trance semejante, habría

desahogado su mal humor; Rose medía a todo el mundo en relación con su hermano, porque no conocía a hombre alguno tan bien como a él.

—¡Pobre hombre!

Hubiera debido decir «pobre chico» o algo cariñoso que sonase mejor a los oídos de un camarada, mas Rose jamás se había dirigido a un hombre llamándolo «chico».

—¡Qué pena! —dijo Rose, pero Allnutt no atendía sino a esquivar la pesada ducha.

La tormenta cesó con la misma rapidez con que había comenzado. En una región donde llueve a razón de tres centímetros por hora, una precipitación anual de trescientos centímetros equivale a doscientas horas de lluvia. Durante un rato las copas de los árboles continuaron mugiendo, barridas por el viento, pero luego, al cesar éste, apareció un reflejo blancuzco en la superficie del agua; con la quietud del alba, el sonido del río serpenteando en torno de los raigones descubiertos ahogó todo otro ruido. El día llegó de improviso, y esta vez el sol y el calor fueron bienvenidos portadores de alivio y no crueles tiranos. Rose y Allnutt se levantaron del fondo de la embarcación. De la superficie del río, todo alrededor de ellos, manaba vapor como de un lavadero.

—¿Qué hemos de hacer antes de seguir adelante? —preguntó Rose.

No se le ocurría ningún quehacer previo a levar el ancla. Allnutt se rascó su crecida barba.

No tenemos leña —observó—. Tenemos que proveernos de ella; hay bastantes ramas secas por aquí. Y hay que achicar; el bote ya hacía agua, y con toda esta lluvia...

—Enséñeme a achicar.

Rose trabó así conocimiento con la bomba de mano, tan vieja e ineficiente como todo lo que había a bordo. En teoría, bastaba con introducir el pie de la bomba entre el forro de la borda y las tablas del piso, y luego bajar y subir una palanca, para que el agua de debajo de las tablas fuera absorbida y volcada al río por una espita; ladeando la embarcación un tanto hacia el lado de la bomba, era posible extraer toda el agua. Mas el aparato se negaba a andar; chillaba y se ahogaba y trababa y pellizcaba las manos que lo mandaban, con una malignidad rayana en lo diabólico. Rose llegó a odiar aquel mecanismo con tanta intensidad como no había aborrecido algo antes. Allnutt le indicó cómo dar comienzo al trabajo.

—Usted vaya por leña —le dijo Rose, mientras colocaba la bomba en posición y se preparaba para accionar la palanca—. Esto de aquí, corre de mi cuenta.

Allnutt sacó un hacha, tan herrumbrosa y gastada como el resto de las cosas de la lancha, enganchó el bichero en la orilla y saltó a tierra con la amarra de popa en mano. Desapareció entre la maleza, mirando adelante y en torno a cada paso, por miedo a las serpientes; en tanto, Rose se afanaba con su bomba. Nada podía haber en

el mundo más diabólicamente a propósito para borrar de un ánimo bien dispuesto todo optimismo mañanero. Rose, con el rostro encendido y las gotas de sudor brotándole de todo el cuerpo, luchaba con el desvencijado arnés. De rato en rato aparecía Allnutt de entre la espesura con una nueva carga de ramas secas que sumaba a la pila que iba creciendo en la orilla, junto al fondeadero, y finalmente, tirando de la amarra, dio comienzo a la incierta tarea de llevar la leña a bordo.

Rose interrumpió su trabajo para ayudarle —iba quedando apenas un charco de agua barrosa debajo de las tablas del piso—, y una vez que toda la leña estuvo a bordo, con el combés cargado hasta el filo de la borda, ambos se detuvieron para tomar un respiro, mirándose el uno al otro.

—Convendría salir ya —dijo Rose.

—El desayuno —dijo Allnutt, y, luego, jugando su mejor carta—. ¿Y el té?

—Eso se arregla andando —rebatió Rose—. Salgamos.

Tal vez Rose hubiera sido durante toda su vida una decidida mujer de acción, pero había pasado sus años de adulta bajo la influencia de su hermano. Samuel, además de hombre, había sido en vida ministro del Señor, y, por lo tanto, poseedor de un doble —acaso cuádruple— derecho de ordenar los actos de las mujeres de su grey. Rose se había conformado con seguir su consejo y acatar su juicio.

Ahora que estaba sola, la reacción llegaba, violenta. Se encontraba llevando a cabo un plan propio y no se sentía con ánimo de permitir que nadie la detuviera ni la demorara. La fiebre de acción la consumía. Esto sin desmedro del fervor patriótico que la animaba. Tomada la firme determinación de hacer algo por su patria, tan tenaz e incommovible era la voluntad que la impulsaba, que ni siquiera debía detenerse a pensar, como no se piensa en el acto de la respiración y en el latido del pulso. Sentía de cerca el impulso vengador de la muerte de su hermano; pero más fuerte y más presente que todos los motivos actuales era tal vez el deseo de borrar los diez años de insultos infligidos por los funcionarios coloniales alemanes, que el manso Samuel había soportado tan resignadamente. Era el recuerdo de aquellos desaires lo que llevaba oleadas de sangre a sus mejillas y la hacía apretar el puño, impulsándola a la acción.

Allnutt se encogió filosóficamente de hombros como solía hacer con sus patronos belgas allá arriba en la mina. La mujer estaba un tanto chiflada, pero se hubiera gastado más saliva contradiciéndola que obedeciéndola; por el momento al menos. Allnutt era incapaz de autoanalizarse hasta el punto de apreciar que la mayor parte de los trances duros de su vida eran obra de sus intentos por soslayarlos. Se dirigió, pues, con su acostumbrada postura de penitente, a la tarea de encender la caldera, y en tanto ésta levantaba el vapor, se dedicó a la interminable labor de lubricar las partes móviles. Tan pronto la caldera comenzó a parlotear y hacer gorgoritos, Allnutt miró inquisitivamente a Rose, quien le hizo una seña afirmativa con la cabeza. Rose

sentía curiosidad por averiguar cómo Allnutt pensaba sacar la lancha del angosto canal en que la tenía fondeada.

Y es verdad que Allnutt hubo de prodigarse para salir del lugar. Tiró primero del ancla con el cabrestante, pero sin resultado, porque la corriente era recia y no le permitía subirla hasta la lancha. Así que hizo girar la hélice hasta conseguir que *La Reina de África* tuviera la proa avanzando contra la corriente, para, lanzándose adelante, izar el ancla en seguida, y cobrar y adujar el cable. Pero no continuó remontando el brazo del río, ya que no había manera de saber si la ruta estaba despejada hasta el curso principal; algunos de esos canales solían tener una longitud de hasta diez kilómetros. Optó por reducir la aceleración hasta dejar que la corriente casi arrastrase la embarcación, bien que llevándole leve ventaja.

Esto le proporcionaba una marcha contraria, singular, en la cual había que pensar en términos de popa en lugar de proa. Allnutt dejó sola la máquina y corrió hacia el timón; no podía confiarlo a Rose en la maniobra que se proponía. Dejó que *La Reina de África* se deslizase suavemente a favor de la corriente hasta alcanzar la confluencia con el ancho curso del brazo principal. Allí soltó el timón y fue a dar contramarcha, para llevar la popa contra la corriente, corriendo de vuelta al timón, vigilando entretanto a proa a fin de que un bandazo no llevase la embarcación a estrellarse contra la orilla; luego, estando la proa ya libre mientras la popa amenazaba una catástrofe, corrió de nuevo adelante, puso la hélice en sentido contrario y saltó una vez más hasta el timón, teniendo la lancha firme mientras se abría camino, corriente abajo. Fue una maniobra arriesgada, ejecutada con pericia de práctico; Rose, aun con su escasa experiencia, supo apreciarla en casi todo su valor. Se le escaparon algunos detalles; como por ejemplo el acertado equilibrio en medio de la contracorriente, en la curva, y el ingenioso empleo de la hélice para reforzar el viraje. Sonrió meneando la cabeza en señal de aprobación, mas Allnutt no buscaba el aplauso; la máquina lanzaba en ese instante señales de peligro, y tuvo que entregar la caña del timón a Rose y acudir a su tarea.

La Reina de África reanudó su solemne carrera navegando al amparo de la corriente, bajo la dirección de una Rose confiada y sonriente; recorría el canal principal un curso de agua de unos cien metros de ancho, así que no le tocaba resolver arduos problemas de navegación. Había aprendido a desconfiar de los remolinos en forma de v en la superficie, porque eran señales seguras de que había troncos o raigones casi a flor de agua; comprendía ahora la útil característica del fondo plano y el poco calado de *La Reina de África*, que la hacía pasar, sin peligro para su quilla, sobre cualquier obstáculo no señalado por algún detalle del curso. Las mayores fuentes de peligro eran los vientos; una brisa fuerte que peinase la superficie del río, rizándola, borraba las señales de alerta.

Ese día no soplaban los vientos. Todo parecía marchar a pedir de boca. En el riacho,

serpeando entre islotes cenagosos y deshabitados, no se corría el peligro de ser vistos desde las márgenes; la derrota era fácil y la máquina de *La Reina de África* se hallaba en uno de sus mejores días, dicharachera pero obediente. Allnutt pudo hasta robarle unos escasos diez minutos para preparar el desayuno. Llevó a Rose su porción, y ella la tomó sin advertir siquiera las manos pringosas que se la alcanzaban. Comió y bebió sin soltar el gobernalle; se sentía casi feliz.

Con una corriente propicia de cuatro nudos, la lancha se deslizaba entre las cercanas márgenes a paso alegre, y giraba en las curvas con subyugante agilidad. Casi sin darse cuenta, Rose estaba haciéndose una experta en materia de corrientes, contracorrientes y remolinos, aprendizaje que habría de poner a prueba muy pronto.

El calor iba en aumento. Conforme el sol se elevaba más en el horizonte, Rose se vio imposibilitada de mantener la lancha a la sombra de las copas de los añosos árboles que flanqueaban el canal. Los rayos directos los herían a ambos como estoques en los trechos sin sombra, y aun debajo de la toldilla sentía Rose el calor abrasador del hogar y la caldera.

Lo lamentaba sobre todo por Allnutt, y por ello encontraba justificada su antihigiénica costumbre de beber el agua sucia del río. En la misión, ni ella ni Samuel habían bebido jamás una gota de agua sin que estuviera filtrada previamente, por miedo a la lombriz intestinal, al tifus y a las muchas plagas de que el agua puede ser portadora. Ahora ya aquello parecía no tener importancia; bajo la toldilla, disfrutaba al menos de un poco de sombra, mientras Allnutt se derretía bajo los rayos del sol.

El, por su parte, era uno de esos hombres hechos a trabajar bajo temperaturas imposibles. Había estado de engrasador en las salas de máquinas, con temperaturas superiores a los sesenta grados centígrados, de los barcos mercantes de las líneas del Mar Rojo; para él, el aire abierto del río Ulanga era menos bochornoso y sofocante, incluso bajo el sol directo, que la atmósfera en que trabajó antaño. Ni se le ocurría lamentarse de este capítulo de su vida; le causaba cierto placer estético inducir a la desvencijada máquina a seguir andando.

El brazo llegaba a su término para confluir con el curso principal. Así como antes se habían cerrado sobre la embarcación, las márgenes se alejaron al salir al majestuoso curso, ya de casi un kilómetro de ancho, con un reflejo azulino lejano bajo el cielo despejado. Allnutt no simpatizaba con las extensiones anchurosas. Von Hanneken, con su ejército, debía de estar acampado en algún punto de la ribera; acaso tuviera centinelas apostados en los puntos estratégicos. Únicamente escurriéndose por entre los islotes y riachos podría pasar desapercibida *La Reina de África*. De pie junto a la borda, Alnutt escrutaba ansiosamente, tratando de penetrar las márgenes en busca de indicios.

Rose, aun advirtiendo la preocupación que lo embargaba, no la compartía. Hallábase poseída por la temeridad más absoluta. Hubiera descartado toda idea de

fracaso en la misión emprendida. En cuanto a caer prisionera de Von Hanneken, no creía en tal posibilidad... y desde luego que no sospechaba ninguno de los recelos y temores que torturaban a Allnutt acerca de lo que haría Von Hanneken si fueran sorprendidos planeando alguna acción de guerra con *La Reina de África*. Con todo, para darle gusto a Allnutt, maniobró la embarcación dirigiéndola al extremo opuesto del recodo, donde, al pie de unos riscos cubiertos de vegetación, se perfilaba el extremo de una isla larga y angosta. Rose se había vuelto lo suficientemente experta como para adivinar que las aguas detrás de la isla formaban la boca de acceso a una nueva cadena de cursos que se retorcían en un rosario de islas entrelazadas, y que acaso durante unas diez millas no volverían a navegar por el curso principal del Ulanga.

La Reina de África navegaba, soberana, a través de la corriente. El eje de la hélice estaba un tanto descentrado, y los numerosos choques con escollos de la más variada naturaleza habían torcido también sus palas, lo cual tornaba su labor ruidosa, reflejándose su falta de precisión en las vibraciones que impartía a la embarcación al compás de su empuje; mas Rose ya se había acostumbrado al ruido y a las sacudidas. Entraron en el canal sin ser vistos. Rose se levantó y escrutó con mirada penetrante al acercarse la embarcación a la boca del río. No tenía idea de lo dramático de su figura: el rostro curtido por el sol, las quijadas firmes, los párpados entornados para afinar la mirada y las manos empuñando el gobernalle de la destartada lancha bajo el sol abrasador del trópico. Su mayor trabajo consistía en explorar atentamente el derrotero para no dar con escollos y obstrucciones.

Salieron del sol y pasaron a la fresca umbrosa del angosto brazo. La estela de la lancha comenzó a romper en olas parduscas contra las márgenes cercanas; las plantas acuáticas de los costados comenzaron a inclinarse en solemne sucesión al aproximarse la embarcación, levantando sus cabezas nuevamente al pasar, para luego sumergirse en la barrosa espuma del oleaje. El canal que recorrían se abrió en tres direcciones, y Rose debió tomar una decisión rápida para apuntar hacia la que le pareció más navegable. Luego pasaron momentos de ansiedad al angostarse el lecho y apurar su paso el curso; tuvieron que volver sobre sus pasos por falta de navegabilidad. La ansiedad llegó a su fin sólo al aparecer un nuevo cauce cuya anchura y placidez prometía liberarlos de la angustia de la falta de espacio.

Estas islas de los brazos del río eran remansos de paz. Hasta los pájaros y los insectos parecían haberse llamado a silencio en el calor húmedo de esa media mañana. No había a los lados sino altos árboles, vegetación enmarañada de arbustos, trepadoras invasoras y raigones desnudos brotando de las barrancas. Parecía como si *La Reina de África*, en su ruidosa marcha, fuera el primer sonido que hiriese aquella soledad, y, apagado ese solo sonido, al fondear para recoger más combustible, Rose se halló a sí misma hablando en voz baja, en un intento para sacudirse de encima el

embujo de aquella soledad.

Aquel primer día fue típico de los que le siguieron en el descenso del río antes de alcanzar los rápidos. Menudearon los incidentes. Hubo veces en que los cursos laterales les cerraron el paso con troncos cruzados, y los obligaron a retroceder cautelosamente hasta dar con la boca de otro más promisorio. En una ocasión, el curso se abrió de pronto en un ancho lago, más estanque que lago, rodeado de islas cenagosas y lleno de nenúfares y gramíneas que se enredaron en la hélice hasta detener la embarcación; tanto que Allnutt debió meterse medio desnudo en el agua para liberar la hélice con un cuchillo y luego sacar la lancha de allí impeliéndola con una pértiga. Cada golpe contra el fondo fangoso traía a la superficie miríadas de burbujas producidas por la vegetación putrefacta, que infestaban el ambiente de miasmas.

Acaso fue ese contratiempo el que causó el desperfecto en el cojinete de empuje de la hélice, que inmovilizó la embarcación durante medio día hasta que Allnutt concluyó la reparación necesaria.

Había momentos durante el día en que el cielo se abría volcando cataratas de agua; una lluvia tan pesada que hundía las tablas del piso casi a flor de agua y obligaba a Rose a trabajar larga y penosamente con aquel maligno aparato de sus odios: la bomba manual de achique. No podían faltar las lluvias, tratándose de la estación otoñal. Por otra parte, Rose daba gracias a Dios de que no fuese primavera, porque las precipitaciones de esa estación son mucho más copiosas y prolongadas. Esas pequeñas tormentas diarias eran inofensivos chubascos comparadas con aquéllas.

Rose gozaba realmente de la vida por primera vez en su existencia. No lo experimentaba conscientemente, pero se lo decía el cuerpo cuando se detenía a escuchar. Diez años había pasado en África Central sin vivirlos. Aquella misión era un sitio lúgubre; Rose no había leído jamás un libro de aventuras que le abriera el panorama de la verdadera África Tropical. Samuel no era amante de aventuras, ni siquiera se había interesado, como misionero, en problemas de botánica, filología o entomología. Habíase empeñado, triste y tozudamente, en convertir a los infieles, sin quedarle tiempo en los diez años para sostener siquiera alguna conversación de sobremesa. Ése había sido el único interés de su vida —no había pues que extrañar que la leva arrasadora de Von Hanneken le destrozara el corazón—, y también el de Rose, interés angustiosamente pequeño para ella.

La administración de un hogar en una aldea centroafricana era tarea harto más aburrida que en un centro industrial de provincia, y el África Central alemana era la colonia más solitaria del continente negro. Había allí un escaso contingente de hombres blancos, y los mandatos imperiales del Káiser valían únicamente en los alrededores: en ciertos sectores de la costa, en las orillas del gran lago, en la cabecera

del Ulanga donde operaba la mina y a lo largo del ferrocarril que discurría desde la costa swahili. Fuera de unos pocos oficiales, que se conducían con los misioneros como militares coloniales que eran, y más tratándose de misioneros extranjeros, Rose no había visto a más blanco que Allnutt —en virtud de un convenio especial con la compañía belga, él traía a la misión las provisiones mensuales y el correo desde Limbasi—, cuyas visitas estaban siempre condicionadas por el estado de navegabilidad de *La Reina de África* y la cantidad de trabajo en la maquinaria de la mina que requiriese su atención inmediata.

Samuel no había permitido que Rose se interesara en exceso en las visitas de su compatriota. Las cartas que allí llegaban venían dirigidas siempre a Samuel, y Allnutt era un cristiano que vivía en unión pecaminosa con una negra, allá en la mina. Tenían que darle alojamiento y comida cuando venía, y su proximidad ocasionaba su mención en las plegarias para la redención del pecador; no pasaban de allí las relaciones. Aquellos dos lustros habían sido de una abrumadora monotonía.

El porvenir se le presentaba ahora menos sombrío. La animaba el ambicioso proyecto de llegar al lago y liberarlo del dominio germano; únicamente con ello ya había bastante para hacer feliz a cualquier patriota. Y en cuanto a llenar las horas del día, allí estaba el río, inmenso y cambiante. No podía caber un minuto de monotonía en un río así, con sus troncos semisumergidos y sus bancos de tierra, sus curvas y canales, sus contracorrientes y sus remolinos. Tal vez aquellos pocos días de dicha traída por tanta actividad fueran suficiente compensación por los treinta y tres años de pasiva miseria moral.

CAPÍTULO IV

Al anochecer, Allnutt se mostró taciturno y malhumorado, como si estuviese rumiando alguna secreta queja. No pasó ello inadvertido a los ojos de Rose, quien lo miró fijamente un par de veces. El clima de camaradería estuvo ausente esa tarde a la hora del té. Una vez concluido el refrigerio, Allnutt extrajo de su cajón la botella de ginebra y se sirvió en abundancia, por segunda vez ese día; y bebió y volvió a llenar el tazón, siempre taciturno y melancólico. Siguió bebiendo; el alcohol parecía aumentar su malhumor. Rose sentía instintivamente que debía hacer algo para mantener alta la moral de la tripulación. El viento traía cargas de electricidad que el mudo y murrio beber no hacía sino aumentar de intensidad.

—¿Qué le pasa, Allnutt? —preguntó ella suavemente. Estaba sinceramente apenada por la desdicha moral del pequeño *cockney*, siempre que nada tuviese que ver con el éxito de la empresa.

Allnutt, por toda respuesta, bebió otro trago y quedóse mirando enfurruñado las zapatillas deshilachadas que calzaba. Rose fue a sentarse a su lado.

—Dígame —repitió gentilmente.

Esta vez Allnutt contestó.

—No vamos a seguir río abajo —repuso él—. Ya hemos ido bastante lejos. Toda esta locura de llegar al lago...

Allnutt no empleó precisamente la palabra «locura», pero aun cuando el vocablo pronunciado le fuera extraño, Rose conjeturó que debía significar algo parecido; se asombró, no por el término, sino por el sentimiento con que Allnutt se había expresado. Se hallaba preparada para oír algún exabrupto, pero no había sospechado que pudiese caber en su pensamiento nada de esa naturaleza.

—¿Que no vamos a proseguir? —preguntó ella—. ¡Pero, Allnutt!... ¡Por descontado que debemos hacerlo!

—Nada de «por descontado» en este maldito asunto —profirió él.

—No veo lo que puede haberle ocurrido —insistió Rose, perpleja.

—Es el río, ¡eso! Y Shona.

—¡Shona! —repitió Rose. Al fin vislumbraba la causa de la preocupación de Allnutt.

—Si seguimos mañana —dijo Allnutt—, estaremos en los rápidos por la noche. Y antes de llegar a ellos tendremos que pasar por Shona. Había olvidado a Shona. Me acordé anoche.

—Pero nada puede pasarnos en Shona.

—¿Ah, no? ¿Ah, no?... ¿Cómo lo sabe usted? Si hay algún lugar de este río

donde los alemanes están en guardia es Shona, Es allí donde el sendero que viene del sur cruza el río. Había un ferry de los nativos antes de que llegaran los alemanes; tendrán un destacamento al acecho. Tan cierto como que estoy vivo. Y no hay manera de escurrirse por Shona. He andado por allí a bordo de esta Reina. Conozco el río en ese punto; es un recodo inmenso, sin brazos laterales, nada para escabullirse. Se domina todo el ancho, de una orilla a otra, y Shona está en un ribazo sobre la margen.

—Pero no nos van a poder detener...

—¡Que no nos van a detener!... No diga tonterías, señorita. Tienen fusiles, y tal vez ametralladoras y cañones, ¿quién le dice que no? El río tiene allí poco más de un kilómetro de ancho.

—Hagámoslo de noche, entonces.

—Eso tampoco es posible. Los rápidos comienzan justo después de Shona. Esa barranca donde está Shona es la primera de una doble cadena por entre la cual se precipita el río. Si pasamos Shona en la oscuridad, también tendremos que pasar los rápidos de noche. Y yo no me voy a meter allí sin luz. Ni me voy a meter en los malditos rápidos en modo alguno nunca, nunca. No debíamos haber avanzado hasta aquí. Es una idea estúpida, sin pies ni cabeza. Nos podrían encontrar aquí con que salieran en canoa desde Shona. Mañana me voy de vuelta a aquel riacho donde fondeamos ayer. Ése es el mejor lugar.

Allnutt acababa de despojarse de su débil barniz de recato y falsa modestia. Prefirió aparecer como cobarde a los ojos de Rose antes que arriesgarse a pasar bajo el fuego graneado del puesto de Shona, o intentar el imposible descenso por las gargantas del Ulanga. Ya no se andaba con medias tintas en la expresión de sus sentimientos el amigo Allnutt. Al finalizar, como para sellar su firme resolución, bebió ginebra pura. Rose estaba pálida de ira por el desencanto. Trató de mantenerse calmada, ensayando el ruego y la lisonja para hacerle cambiar de idea, pero Allnutt no estaba para carantoñas. Estuvo callado un breve rato, sin intentar siquiera responder a los argumentos que Rose iba aportando; su mejor oposición era una estólida inercia. Sólo ya caída la tarde, cuando Rose lo llamó mentiroso y cobarde — y Rose nunca en su tranquila sociedad había empleado con nadie tales epítetos—, se decidió a rebatirla.

—La cobarde es usted —repuso—. Usted no es mujer. No, señorita. Eso es lo que mi pobre madre hubiera dicho de usted. Si mi madre la hubiera oído...

Cuando un hombre con unas copas de ginebra de más comienza a hablar de su madre, ya no hay manera de discutir con él, como Rose no tardó en advertir. Se recogió tiesa bajo la toldilla, en tanto que Allnutt proseguía su pequeña orgía. Estaba sola en una embarcación con un hombre ebrio; no podía haber situación más comprometida. Se mantuvo sentada junto a la borda, con los nervios tensos, pronta a luchar en defensa de su vida y su pudor, y muy segura estaba de que algo de ello

intentaría el hombre antes de que amaneciera. Cada uno de los torpes movimientos de Allnutt en la oscuridad la ponía alerta. Cuando Allnutt volcaba el tazón o se escanciaba otro trago, ella se incorporaba con los puños cerrados, convencida de que el ataque no tardaría un minuto más. Hubo un angustioso momento de espera al acuclillarse Allnutt grotescamente para retirar el cajón de ginebra y sacar otra botella; ella pensó que estaba avanzando agazapado hacia la toldilla.

Mas ebrio, Allnutt no era ni libidinoso ni violento. Al mencionar a su madre, habían brotado lágrimas de sus ojos. Lloró por la suerte de Carrie, la robusta negra con quien vivía entonces, y que estaría Dios sabe en qué tarea en el ejército de Von Hanneken. Luego rompió en lamentaciones sobre su expatriación y sollozó entre hipo, pensando en los amigos de su adolescencia en Londres. Echó a cantar, con discordancia increíble en un ser humano, mas la tonada estaba de acuerdo con su estado:

Lleva mis recuerdos a Leicester Square,
A la dulce Piccadilly y Mayfair,
Saluda a mis amigos de ayer,
Ellos sabrán comprender.

Prolongó tanto la última nota que olvidó el resto de la canción, y, tras dos o tres vanos intentos por aferrar de nuevo el primer transporte poético, renunció al canto. Luego, entre dientes, se dio a discutir de sueño y vigilia, hasta que Rose, al oír sus sonoros ronquidos, tuvo la certeza de que había pasado el peligro. Sus nervios estaban cediendo a un placentero alivio cuando un ruido sordo y el estrépito de cacharos procedentes de donde descansaba Allnutt volvió a ponerla tensa. Una malhumorada exclamación le advirtió que el ebrio acababa de caer desde su asiento a las tablas desnudas del piso, con jarros, botella y todo. Mas a los dos minutos volvía a roncar plácidamente, en tanto Rose permanecía sentada, con el busto erguido, tensa e inmóvil, resentida con el camarada. El olor picante de la ginebra derramada impregnaba el ambiente.

La desesperación y el odio impedían a Rose conciliar el sueño. No le quedaba ya esperanza alguna de realizar su propósito. Su conocimiento de los hombres —que se circunscribía a su hermano Samuel y a su padre— le decía que cuando un hombre afirma una cosa es que se la ha propuesto, y ya no hay poder en la tierra capaz de inducirlo a cambiar de decisión. Se resistía a creer que Allnutt pudiera jamás ser inducido, persuadido o intimidado para intentar el paso de Shona. Era la primera vez en su vida que se había hecho el propósito firme de realizar algo, y allí estaba Allnutt, inflexible, en medio del camino, impidiéndoselo. Rose no perdía el tiempo con sueños quijotescos, como, por ejemplo, el de librarse de Allnutt y pilotar *La Reina se*

África ella sola; le sobraba sensatez para tener conciencia de sus escasas aptitudes, y no pensó en ello siquiera un segundo.

Pero, al mismo tiempo, le bullía dentro un sentimiento de rebelión contra el hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios. Aunque durante treinta años había acatado con femenina naturalidad las decisiones del sexo superior, por arbitrarias que éstas fuesen, este caso era diferente. Estaba apasionadamente decidida a llevar a término la aventura; sabía que debía hacerlo; su conciencia y la proyección de su ánimo se combinaban para hacerle sentir amargamente el cambio de opinión de Allnutt. Nada le quedaría por hacer en la vida si no le fuera posible llevar *La Reina se África* hasta el lago, para ofrendar su tributo de valor y abnegación a su patria; y veía tal santidad en su misión, que sentía como si el alma se le manchase de pecado mortal ante la amenaza de fracaso. Su encono hacia Allnutt aumentaba por momentos.

A lo largo de la noche resolvió que Allnutt debía pagar cara su arbitrariedad. Apretaba los dientes, se mordía las uñas —la pantufla de su madre la había curado una vez de esta costumbre, a la edad de doce años— y juraba que amargaría la vida del mecánico. Era la primera vez que Rose iba a intentar amargar la vida a alguien, mas en su paroxismo de resentimiento sentíase inspirada para hacerlo. Quienquiera que la hubiese observado en la oscuridad la habría visto con el mentón proyectado hacia adelante y los labios firmes, dando forma de delgada línea recta a la comisura, y con dos profundos paréntesis desde los lados de la nariz hasta los ángulos de la boca. La hubiera tomado por una arpía, una mujer de temperamento violento y ánimo perverso. Ahora que ya no estaba Samuel, Rose no sabía qué hacer con la paciencia, la resignación, la caridad, la clemencia o cualquiera de las pasivas virtudes cristianas.

Tampoco la entera noche de penurias mejoró su humor. Calambres y dolores la hacían cambiar de posición a cada instante; pero, aun queriéndolo, no podía acostarse bajo la toldilla donde Allnutt estaba despatarrado, todo a lo largo, en el fondo de la embarcación, y no quería ocupar el sitio del otro entre las cajas de explosivos.

Quedóse, pues, sentada y dolorida, en el rústico banco de la regala donde había pasado la mayor parte del día, a pesar de la protesta de sus bien formadas posaderas. Logró conciliar el sueño al acercarse el alba, a ratos, pero no era sueño para calmar su fría ira.

La claridad del día le presentó el espectáculo de Allnutt echado como un ser inanimado sobre las tablas del piso. El rostro, apenas cubierto por una rala barba, era de un gris sucio; por su boca abierta salían, apagados, desagradables sonidos. No era ningún placer para el sentido de decencia de una dama observar aquel espectáculo. Rose se levantó de su asiento y le pasó por encima; le hubiera dado de puntapiés para despertarlo, de no haber preferido mantenerlo inerte mientras realizaba lo que acababa de ocurrírsele. Tiró del cajón de botellas de gin, sacó una botella y le rasgó la cápsula de lámina de plomo. El tapón era de los de con cabeza, que no necesitan

sacacorchos. Vertió el contenido por la borda, echó la botella vacía tras él y repitió la misma operación con otra botella.

Cuando el gorgoteo del precioso líquido hirió por tercera vez sus oídos embotados, Allnutt gruñó unas palabras, abrió los ojos y dio unos respingos para incorporarse.

—¡Jesús! —dijo.

No fue la vista de la tarea en que estaba empeñada Rose la que provocó su exclamación, pues no había descubierto la procedencia del ruido que acababa de despertarlo. La cabeza de Allnutt semejaba una masa de dolor al rojo. Y sentía, además, como si la cabeza estuviese clavada en las tablas del piso, causándole dolores inauditos todo intento de despegarla de allí. Los ojos no toleraban la luz; con sólo entreabrir los párpados se intensificaba su dolor. Gemía con los ojos cerrados; la boca y la garganta le abrasaban.

Allnutt no era un bebedor habitual, ni era natural en él ese género de orgías; su físico no toleraba el alcohol. Tal vez residiera allí, en su escasa resistencia al alcohol, la explicación de su misteriosa presencia en el África Central alemana. Una sola noche de embriaguez solía reducirlo a un estado lastimoso, enfermo, pálido, tembloroso, y pronto a jurar que jamás bebería otro trago... La verdad, era capaz de pasarse otro mes antes de repetir la fiesta.

Rose no hizo caso de sus gimoteos ni de sus entrecortadas frases de lamentación. Lanzándole una mirada de desprecio, se apresuró a echar al agua la última botella del cajón. Dio unos pasos hacia la proa y extrajo el segundo cajón de gin de entre las demás cajas de provisiones. Tomó el destornillador favorito de Allnutt y comenzó a forcejear con sus robustas muñecas para levantar la tapa. Al ceder los clavos y levantarse la tapa con estrépito de madera reducida a astillas, Allnutt se volvió para mirar de nuevo a la mujer. Apelando a todas sus fuerzas, y desentumeciendo sus miembros doloridos, logró sentarse en el piso, apretándose las sienes, que golpeaban como pilones candentes. Se quedó mirándola con ojos incrédulos.

—¡Jesús! —exclamó al fin, con tono lastimero.

Rose no perdió tiempo ni gastó simpatía con él; con calma, continuó vaciando botellas en el río. Allnutt alcanzó a incorporarse sobre las rodillas, con los codos apoyados en el banco. Al segundo intento llevó las rodillas a la altura del banco y dobló el cuerpo sobre la borda. Rose creyó por un instante verlo caer al agua, mas no se preocupó por ello. Vio luego que estiraba el cuerpo hasta llevar los labios a tomar contacto con el agua, y que sorbía con avidez. Satisfecho, Allnutt volvió a dejarse caer en el banco, y al instante vomitó toda el agua que acababa de engullir; pero ya se sintió mejor. Al menos, la luz había dejado de irritarle las pupilas.

Rose arrojó la última botella al río y se cercioró de que no había otras en el cajón. Volvió a ir hacia la toldilla de popa, rozando a Allnutt al pasar junto a él, mas no dio

muestra de haberlo advertido. Extrajo unos objetos del tocador de una cajita, levantó una alfombra del suelo y se volvió a proa.

Cuando Allnutt dirigió la mirada en esa dirección la alfombra estaba tendida sobre la chimenea, en los estais de ésta, a manera de biombo. Al concluir su arreglo, Rose quitó el obstáculo, enrolló la alfombra, siempre sin hacer caso de la presencia del hombre, y comenzó a prepararse con toda calma el desayuno. Después recogió la «mesa» y volvió a popa, pero siempre sin dirigir la mirada ni la palabra a su camarada. Con aire de absoluta abstracción, tomó sus prendas sucias de la caja donde las guardaba y comenzó a lavarlas sobre la borda, poniéndolas luego a secar, prenda por prenda, en la toldilla. Y cuando también terminó el lavado, se sentó a descansar; ni una mirada en dirección a Allnutt. Era, en verdad, el comienzo del gran silencio.

Rose no habría podido escoger medio mejor para quebrantar la moral de Allnutt; sin advertirlo, había dado con un recurso realmente efectivo, recordando que cuando Samuel había creído necesario mostrarse enfadado con ella le había retirado el encanto de su conversación, a veces hasta por espacio de veinticuatro horas. Había recordado en qué lóbrego lugar se convertía entonces la cabaña, y cómo el silencio de Samuel minaba la calma de sus nervios hasta el bendito momento del perdón. No pretendía Rose igualar la gélida impersonalidad de su hermano, pero se sabía capaz de imitarlo, sobre todo porque no podía, de ningún modo, vencer la repugnancia de dirigir la palabra al odioso hombre con quien compartía la pequeña embarcación. Rose tenía escasa fe en su habilidad para regañar, y regañar habría sido la otra línea de ataque capaz de amargar los días de Allnutt.

Durante la mañana, Allnutt no sintió casi el efecto de su aislamiento; su mente y su cuerpo estaban ocupados en vencer los efectos de una botella y media de bebida de alta graduación alcohólica en un clima tropical. Mas a medida que pasaban las horas, y los tragos de agua del río le devolvían al ritmo de su proceso fisiológico normal, comenzó a mostrar señales de inquietud. Creía haber expiado sus pecados y ganado el perdón; y le fastidiaba insoportablemente no poder charlar, según su costumbre. Pensaba que Rose estaba enfadada por la borrachera; en su estado atribuía escasa importancia a su renuncia a pasar Shona y las gargantas.

—¡Diablos! ¿No hace calor? —dijo.

Rose fingió no haberlo oído.

—No vendría mal otra tormenta —prosiguió Allnutt—. Para refrescarse uno un poco. Aunque después estos malditos pican más despiadados que nunca.

Rose se acordó de que tenía que coser un par de botones. Buscó la prenda y el canasto de la costura y púsose tranquilamente manos a la obra. Al verla en actividad, Allnutt creyó que, al fin, iba a ser notada su presencia, y se sintió decepcionado al ver que era otro el propósito de Rose.

—¿Está poniendo sus cosas en orden, señorita?

Cuando cose, una mujer cuenta con un arma poderosa para esta clase de duelos con un hombre. La cabeza baja, oculta las expresiones del rostro sin delatar su intención: le resulta la cosa más fácil del mundo simular completa abstracción, cuando, en realidad, observa y escucha atentamente, y si aun así se hallara desconcertada o necesitara un instante para pensar, siempre le quedaría con qué hacer tiempo buscando las tijeras. Y algunos hombres —Allnutt era un ejemplo— se irritan y enfurecen al ver que la mujer pone más atención en la insignificante tarea de coser que en escuchar su cautivadora conversación.

A Allnutt le llevó pocos minutos darse cuenta de que había perdido la primera vuelta de la contienda.

—¿Es que no me quiere contestar, señorita? —dijo al fin, y luego, al no recibir respuesta, prosiguió—: Siento mucho lo de anoche. Ahí tiene, no me avergüenza decirlo, señorita. ¿Qué podía hacer, con la bebida a mano, y el calor, y no sé qué más? No pude dejar de tomar un trago más de lo que debía. Ya se las ha cobrado usted, tirando todo lo que quedaba, ¿no le parece? Estamos a mano, creo.

Rose hizo oídos sordos, aunque un psicólogo más avisado hubiera hecho sus deducciones, por el modo como envolvía el hilo en la cola del botón y la demora deliberada en echar puntadas inútiles. Allnutt perdió la paciencia.

—Sálgase con la suya, pues, ¡vieja perra, mascapadrenuestros, cantasalmos! —dijo. Tiró la colilla del cigarrillo por la borda con gesto de desdén, y fue balanceándose a proa. El corazón de Rose dio un salto al verle hacer el primer movimiento, creyendo que esta vez recurriría a la violencia física. Mas por suerte, delató su verdadero propósito antes de que ella tuviese tiempo de obedecer a su primer impulso de dejar la costura y defenderse. Transformó, pues, su leve sobresalto en probar a pasar el botón por el ojal.

Desde sus años de la infancia, y por haberlo aprendido de sus padres en la sórdida casa de vecindad en que había crecido, Allnutt había oído decir, creyéndolo, que la vida ideal era la del ocio absoluto, acompañado de la abundancia de comer y beber. Combinación ideal, por otra parte, que, hasta ese día, se le había mostrado esquiva. Jamás se habla visto en la necesidad de distraerse solo; siempre había tenido compañeros para sus ratos de ocio. La soledad lo enfermaba tanto como la responsabilidad, lo cual nos explica por qué, cuando su tripulación negra había desertado allá en la mina, había realizado el para él poco apetecible esfuerzo de bajar a la misión en busca de Samuel y Rose. Y eso de hallarse enjaulado en una embarcación de diez metros le destrozaba los nervios, y más tratándose de nervios ya estragados, como los suyos. Hizo cuantos ruidos y movimientos raros pudo a fin de agotar la paciencia de Rose; pero ésta sabía controlarse.

No tardó, cansado de moverse sin ton ni son por la embarcación, en disponerse a revisar la máquina. Hacía mucho tiempo que la pobre no recibía la atención que el

mecánico le prodigó ese día. Se vio limpia, engrasada y acariciada, y un par de juntas mal reparadas se vieron remendadas un tanto más efectivamente. Luego, Allnutt, notándose sucio y pringoso, se lavó con esmero y, atendiendo a esta parte de su aseo personal, se acordó de algo más; fue a su armario, sacó la navaja, limpió la grasa con que solía tener cubierta la hoja para protegerla del óxido, y se afeitó. Por mera pereza había dejado de afeitarse, al estallar la guerra, lo que explicaba su barba de histrión. Rasurar una barba de varios días es operación dolorosa, pero Allnutt no hizo caso; continuó hasta el fin, y cuando se vio la cara limpia, se acarició con satisfacción sus mejillas de muchacho. Puso unas gotas de aceite en su cabello desgreñado y lo alisó hasta obtener el peinado apetecido, con un artístico mechón marcando una onda sobre la frente. Volvió a poner los bártulos en el armario con inusitado esmero, para sentarse a descansar luego. Cinco minutos después estaba de nuevo en pie, moviéndose en todas direcciones en el tiránico espacio de la lancha, en busca de algún quehacer. En torno gravitaba el silencio del río, que por sí solo sobraba para irritarle los nervios.

CAPÍTULO V

Un hombre más inteligente o de voluntad más varonil que Allnutt hubiera sabido doblegar a Rose en ese trance y en otros. Pero Allnutt estaba en seria desventaja. No era capaz de resolver mentalmente problemas de ajedrez, ni dirigir el pensamiento a la situación militar europea, ni debatir consigo mismo los pros y los contras de la «Preferencia Imperial», ni encadenar fragmentos de Shakespeare si los hubiera recordado. No sabía siquiera un verso de Shakespeare, y su mente no estaba acostumbrada a pensar con continuidad, de modo que en una situación donde pensar lo era todo, estaba perdido. Al cabo, el ruido del río, en su eterno cantar en torno de las raíces descubiertas de la orilla, derribó su último baluarte de obstinación.

Allnutt había malogrado varios intentos de tornar a Rose conversadora, induciéndola una vez a decir algo.

—Lo odio —había sido su airada exclamación—. Es usted un cobarde y dice mentiras, y ya no pienso dirigirle la palabra, jamás.

Y Rose había sacudido los hombros, como librándose de una enfadosa carga. En verdad, el primer intento de Allnutt de hacer las paces la había sorprendido. Ella buscaba vengarse, hacer expiar a Allnutt, en el sufrimiento del desprecio, el fracaso de su plan diabólico. No había creído en la posibilidad de reducirlo a la obediencia por el medio escogido; no tenía conciencia del poder a su disposición, ya que nunca antes había tenido que vérselas con un hombre sin voluntad. Su hermano y su padre eran hombres cuyos exteriores cubrían una obstinación granítica. Sólo cuando Allnutt comenzó a pedir clemencia y comprensión se le ocurrió que acaso estaba llegando el momento de dominarlo. Por entonces, además, habíase formado una idea más cabal de la monotonía del río y de sus posibles efectos en el espíritu pusilánime de Allnutt.

Su único temor era que él apelase a la violencia. Encerrada en un caparazón de acero, desde donde escuchaba, impasible, cualquier palabra que saliese de labios de su compañero, así fuera el más obscuro de los insultos, la idea del ataque físico la volvía aprensiva. Era, con todo, una mujer robusta y capaz de defenderse; para mayor seguridad, había deslizado el estilete de la costura bajo del cinturón. Si él intentaba violarla —Rose no empleaba este vocablo, sino que pensaba que él intentara «hacerle eso»—, le clavaría el punzón en el pecho.

Pero no debiera haberse preocupado. Lejos estaba Allnutt de pensar en la violencia física, aun tratándose de una mujer. Hubiera sido tal vez distinto de quedar aún ginebra en la despensa para estimular sus instintos sexuales; providencialmente, la ginebra bajaba por el río.

Así como Rose había subestimado sus fuerzas, Allnutt había subestimado la

ofensa de que la había hecho objeto. Al comienzo había creído que Rose estaba enfadada sólo por la borrachera. Su proyecto de bajar el río, era tan ridículo, tan descabellado, que ni pensó en él al iniciarse el período de silencio; poco a poco, sin embargo, fue dándose cuenta del verdadero motivo del enojo de Rose y de que no le dirigiría la palabra hasta que no se aviniera a su capricho. Fue entonces, al advertir sus verdaderas intenciones, que Allnutt, tras los preliminares de su penitencia, se encerró de nuevo en una férrea obstinación, fortaleciéndose para aguantar otras veinticuatro horas de tortura.

Vaya si era torturante su situación. Y de un refinamiento tal sólo posible de imaginar por personas del temperamento de Allnutt que hubieran pasado por experiencias similares. Nada había en qué emplear el tiempo en aquel sitio, fuera de escuchar la cháchara de la corriente con los raigones de la orilla y soportar los ataques de los insectos en medio del calor sofocante. Ni siquiera le quedaba el recurso de pasearse por la abarrotada lancha. El silencio era una de las cosas que Allnutt era incapaz de soportar; su niñez por las bullangueras calles de Londres y su vida posterior en talleres mecanizados y estrepitosas salas de máquinas no lo tenían inmunizado contra el mal. No obstante el silencio era quizá una parte ínfima de su tortura; lo que más le hería era la presencia de Rose allí y cómo ella lo daba por ausente. Sentía el vejamen que quería infligírsele; quizá hubiera soportado mejor el silencio del río de no haber existido la molesta presencia de Rose. A su modo, sentíase herido en su vanidad, o en su sentido del propio valer.

Hasta llegó a serle imposible conciliar el sueño, signo ya inconfundible de la efectividad de la táctica. El insomnio era un fenómeno nuevo y molesto en Allnutt. Días enteros sin ningún ejercicio corporal o mental, una digestión un tanto desordenada y los nervios naturalmente irritables, se combinaron para privarle del sueño una noche entera. Cambió de sitio, se retorció y se tumbó alternativamente sobre los costados en su incómoda yacija encima de las cajas de explosivos; se incorporó al fin, comenzó a fumar cigarrillo tras cigarrillo; se agitó y volvió a probar, pero en vano. Llegó a pensar que cuanto le sucedía era incomprensible y de suma gravedad. Luego, a la madrugada siguiente, enfrentado con otro día pavorosamente inactivo, cedió.

—Veamos lo que quiere hacer, señorita —dijo—. ¡Ea, dígalo de una vez!

—Quiero seguir bajando el río —contestó Rose.

Una vez más cruzaron por la imaginación de Allnutt aterradoras visiones de ametralladoras y rocas y remolinos de muerte; de sí mismo arrastrado por las olas, perseguido y capturado por los alemanes; y de su fin en la selva, por enfermedad e inanición. Aunque estaba realmente asustado, sentía, sin embargo, que le era imposible quedarse un minuto más en ese remanso del gran río. El terror pánico llenaba esa soledad y le invitaba a huir, para lanzarse en el vórtice de otro pánico.

—Muy bien, señorita. Sigamos.

Un rato más tarde, *La Reina de África* salía a todo vapor del brazo de río y desembocaba en el curso principal. El Ulanga formaba en ese punto un inmenso espejo de agua. El viento soplaba con más violencia que los días pasados, y a todo su largo visible, el río se encrespaba en olas de más de medio metro de altura, que *La Reina de África* salvaba con gracia, sufriendo alguna que otra rociada por la proa, que llegaba a alcanzar la caldera.

Rose estaba sentada frente al timón, rebosante de alegría. Se encontraban, una vez más, camino de hacer algo por la patria común. Había concluido la monotonía de la inactividad; el viento y las olas condescendían con su humor del momento. Hasta era posible que el pensamiento de que iban camino del peligro añadiera un punto a su euforia.

—Ahí está el cerro de Shona — gritó Allnutt gesticulando. Rose se limitó a asentir con la cabeza, y Allnutt se inclinó de nuevo sobre el hogar de la caldera, mientras maldecía entre dientes. Hasta el momento de salir había abrigado una firme esperanza: no estaba muy seguro de la distancia que los separaba de Shona, contaba con algún percance inesperado que demorase indefinidamente la llegada al peligroso punto. En verdad, se había hecho el propósito de quemar un tubo de la caldera en el momento oportuno, para así detenerse un tiempo en la reparación del desperfecto. Mas ahora inesperadamente estaban a la vista de Shona; aunque la máquina dejase de funcionar, la corriente se encargaría de llevar la embarcación bajo sus barrancas, y no había lugar de abrigo en las márgenes. Hubieran caído prisioneros y, por sorprendente que pareciera la elección, Allnutt prefería la libertad a la vida. Se dio a trabajar con ahínco en la máquina para hacerla rendir el máximo.

El combés de la lancha estaba ocupado por la pila de madera recogida esa mañana; Allnutt, agazapado detrás de ella, quiso cerciorarse de si allí estaría a salvo de las balas. Puso al alcance de sus manos unos trozos de leña seca y carcomida, capaz de arder como estopa y levantar rápidamente unas libras de presión, llegado el momento de necesitarlas. Inspeccionó manómetros y engrasadores. *La Reina de África* avanzó matraqueando majestuosamente, penacho de humo por la chimenea, dos alas de agua a los costados y blanca estela a la zaga. Al verla, los áscaris apostados en el cerro corrieron en busca del comandante blanco. Este acudió afanoso al muro de adobe —Shona es una aldea cercada de muros— y subió al parapeto para observar con sus prismáticos la aproximación de la lancha. Los apartó de los ojos con un gruñido de satisfacción; acababa de reconocer a *La Reina de África*, la única lancha en todo el Ulanga, acerca de la cual había recibido órdenes estrictas de Von Hanneken. Habiendo desaparecido durante un tiempo y quizá oculta en los riachos, aquél deseaba vivamente su captura. El alemán, un capitán de la reserva, se alegró al verla llegar así. Tal vez los misioneros ingleses y el propio mecánico, cansados de

ocultarse, o habiendo agotado las provisiones, vinieran a entregarse a la guarnición alemana.

No cabía otra interpretación de la actitud de los ocupantes de la embarcación, ya que apenas un par de kilómetros más abajo, justo pasando el recodo, cesaba el curso navegable al volcarse el río en estrechas gargantas. *La Reina de Árica* sería un valioso botín para la colonia; él, el capitán, podría desplazarse a bordo de ella mucho más cómodamente que por los senderos de la selva. Y si los ingleses, en algún momento intentaban avanzar por la vieja ruta de las caravanas, alcanzando de ese modo la orilla opuesta del río, la lancha le sería de gran utilidad en la defensa del cruce del río por sus fuerzas. La sola mención de su captura constituiría un grato cambio en los monótonos partes que enviaba periódicamente por estafeta a Von Hanneken.

Se sentía, pues, alborozado al verla llegar. Permaneció observándola, mota blanca en el anchuroso río. Era evidente que la gente que iba a bordo ignoraba cuál era el mejor sitio para desembarcar; se mantenían en la parte exterior de la curva, justo donde la corriente era más rápida, cerca de la margen opuesta a la aldea. Tal vez fuera intención de los ingleses acercarse por el lado inferior, donde, empero, se encontrarían con un terreno anegado y cubierto de maleza. ¡Qué tontos! Aguardaría su llegada a la orilla para enviarles un mensaje diciéndoles que remontasen el río hasta el muelle de las canoas, donde podría inspeccionarlos sin tener que meter los pies en el lodo ni subir la alta barranca.

Se trasladó al sector adyacente del muro para seguir su maniobra en la curva del río. «Esos tontos se mantienen en la periferia de la curva» —se dijo el militar—. No mostraban, en efecto, intención de acercarse; llevó ambas manos a la visera, ya que en ese momento navegaban entre él y el sol, y el reflejo deslumbraba. «¡De manera que no vienen con idea de rendirse!». Dios sabía sus intenciones, pero, fuera como fuere, había que detenerlos. Profirió un grito que más se pareció a rugido de fiera, y su docena de áscaris acudieron al trote a su lado, con la cartuchera en bandolera sobre el pecho desnudo y sus fusiles Martini en la mano. Al recibir la orden de hacer fuego sonrieron con satisfacción, ya que la estricta disciplina militar teutona les negaba el placer de gastar cartuchos. Algunos echaron cuerpo a tierra para tomar mejor puntería, otros apuntaron de pie, según el propio instinto les sugería. El sargento de áscaris cantó las palabras místicas, cuyo significado ni siquiera entendían, mandando a sus soldados apuntar antes de hacer fuego. La ráfaga fue desigual. El capitán de la reserva observaba con sus prismáticos; la lancha, sin dar señales de desviarse de su ruta, continuaba avanzando firmemente, aunque sus temerarios tripulantes debían de haber oído la descarga, y al menos algunos de los proyectiles haberlos rozado.

—Otra vez —gruñó, y sonó una segunda descarga, con igual efecto que la primera. El asunto se ponía serio; traspuesta la aldea, la lancha se acercaba a la parte

exterior del recodo. Arrebató un fusil de manos de uno de los áscaris y él mismo, cuerpo a tierra sobre el terraplén, tomando un puñado de cartuchos que le alcanzó un soldado, cargó y tomó firme puntería. La lancha se hallaba en ese instante justo en el ojo del sol, y el reflejo del agua le borraba la mirilla, resultándole difícil ubicar la toldilla blanca de la embarcación.

Mil metros era mucho alcance para un viejo Martini con las estrías gastadas. Disparó, cargó, disparó otra vez y otra y otra. La lancha seguía su curso. Al apuntar una vez más, algo se interpuso entre él y la lancha; eran los árboles de la orilla; los ingleses estaban doblando la curva. Echando una maldición, se puso en pie, fusil en mano, y rompió a correr por los muros con los áscaris como séquito. Transpirando, atravesó de un tirón el claro de la selva donde se levantaba la población, y se encaramó por el empinado sendero, que lo condujo al otro lado. Subiendo hasta temer que le estallara el corazón, se introdujo en la maleza, para encontrarse finalmente en la cima de la barranca, desde donde dominaba el último trecho del río antes de las cataratas. Los ingleses habían alcanzado el extremo opuesto; la lancha iba a virar para tomar la curva. El capitán afianzó la culata del fusil contra el hombro e hizo fuego apresurado dos veces, aunque, jadeante como estaba, sin esperanza alguna de hacer blanco. Luego la lancha desapareció por la garganta y ya nada le quedó por hacer al jefe de la guarnición.

No obstante, durante un largo minuto, permaneció allí, mirando en dirección a las altas barrancas. Von Hanneken se pondría furioso al enterarse de la pérdida de la lancha, pero, ¿qué más se hubiera podido hacer? ¿Quién podría hacerle al capitán el cargo de no haber previsto lo imprevisible? Nadie que poseyera un adarme de sano juicio hubiera pensado nunca en aventurarse con una lancha de vapor en las cataratas; y en el adiestramiento de un oficial de la reserva no entra la consideración de los casos de insania. Los pobres diablos, a esas horas, habrían pagado con sus vidas tamaña locura, arrojados y hechos pedazos contra las rocas; pero la lancha estaba perdida para siempre. Ni siquiera podría organizar una expedición para recuperar los fragmentos, ya que los peñascos, que caían verticalmente sobre el río, eran inescalables; y, a menos de cinco kilómetros de Shona, el terreno se tornaba tan escabroso y la selva tan espesa, que el Ulanga inferior permanecía casi desconocido y punto menos que inexplorada esa parte del África Central alemana. Sólo Spengler — otro chiflado— había pasado por allí.

Aquel capitán de la reserva no iba a intentar nada; tomó esa resolución al abandonar la cima del cerro. Y, caminando de regreso a Shona, empapado de sudor, siguió indeciso acerca de si debería mencionar el episodio a Von Hanneken en el primer parte. Ello le traería dolores de cabeza; Von Hanneken no admitiría disculpas, y Von Hanneken era tiránico. Prefería no mencionar nada: desaparecida la lancha, los pobres diablos que iban a bordo no irían a contarle el cuento. El mundo no lloraría a

aquel gusano de misionero y a la jeta de caballo de su esposa... ¿O sería su hermana? Hermana, claro. Y el mecánico inglés que trabajaba en la mina belga, ese cara de ratón... Con todo, le apenaba un poco pensar en el triste fin que acababan de encontrar.

Al entrar por la puerta de Shona seguía indeciso acerca de si debía o no a Von Hanneken una explicación del caso. Los áscaris no dejarían de hacer correr la noticia, mas pasaría tiempo antes de que llegara a oídos del comandante.

CAPÍTULO VI

Debido a las cataratas, los ríos del África se tornan innavegables en algún punto de su curso. En su carrera hacia el mar, bajan del altiplano central a la llanura de la costa, pero el Ulanga presenta una excepción. Su curso inferior se dirige a los Grandes Lagos, y sus cataratas marcan el límite de la Gran Falla africana. Es sabido que en el centro del continente una inmensa comarca se ha hundido muy por debajo del altiplano, formando una especie de inmensa quebrada; su área total es casi igual a la de toda Europa, constituyendo el lecho de los Grandes Lagos, con su propio sistema hidrográfico, y, finalmente, las fuentes del Nilo.

A lo largo de esta inmensa cuenca las riberas suelen ser escarpadas, pero el Ulanga, como corresponde al noble río que es, se ha desviado de su lecho y retrocedido a lo largo de la depresión, de modo que no hay en todo su curso una sola caída de agua; sus cataratas señalan la presencia de estratos de roca más dura no cortada con la misma eficiencia con que lo han sido los lechos más blandos. El resultado, muy natural por cierto, es que en su curso, desde el altiplano al valle, el Ulanga fluye a menudo por gargantas profundas y oscuras, entre altas barrancas; el terreno circundante es sumamente escarpado y fragoso, no hollado aún por el pie del hombre, no consignado en mapa alguno, y el paso por allí de un curso de agua considérase fenómeno curioso.

En Shona comienza el río su descenso; es éste el último punto donde se lo puede cruzar en balsa o en canoa. La vieja ruta de caravanas de esclavos que orillaba las barrancas, cruzaba el Ulanga por allí, y Shona surgió como mercado en el punto de intersección de las rutas de las caravanas y la fluvial. La elección de la cresta del acantilado para puesto de observación sobre el río, allí donde comienza la estrecha garganta, fue debida precisamente a la necesidad de protegerse de los merodeadores traficantes de esclavos, quienes, dispuestos a vender aun a sus propios padres por algún dinero, vivían acechando la oportunidad de asaltar a comerciantes conocidos demasiado confiados.

Fue hacia el lado exterior de la gran curva del río en que se levanta Shona que Rose dirigió *La Reina de África*. Siguiendo este rumbo, no sólo avanzaban al favor de la corriente más rápida, sino que se mantenían lo más alejados posible de la aldea. Rose paseó la mirada por la barranca a través del gran espejo de agua: a media altura cesaba abruptamente toda vegetación; más arriba se veían altos acantilados de piedra rojiza, y los techos de adobe de las chozas allá en la cresta. Estaba demasiado lejos como para distinguir los detalles; no alcanzaba a ver señales de que hubieran sido avistados, y ningún movimiento se advertía en la orilla. A medida que la embarcación

avanzaba, las márgenes del río fueron haciéndose más escarpadas, roca cobriza orlada, al pie, por una vegetación precaria, hasta alcanzar casi la verticalidad.

Mirando fijamente a las peñas rojas de la cresta del acantilado creyó ver personas en movimiento, pero no se fiaba del testimonio de sus ojos a media milla de distancia. Quizá para dejar un desierto en el posible camino del invasor inglés, Von Hanneken se hubiera llevado a los habitantes del poblado, tal y como había hecho en el resto de la ribera. Ya enfrentaban el caserío, y nada había ocurrido aún. Una fugaz mirada a la orilla dio a Rose idea de la velocidad a que avanzaban; la corriente se movía mucho más reciamente al aproximarse a las cataratas.

De pronto hirió el aire un sonido múltiple, como de abejas en endiablado vuelo, acompañado de un ruido como de papel rasgado. Acababa Rose de notar el paso de los proyectiles, cuando oyó los estampidos de los disparos. El eco de la descarga fue rebotando de despeñadero en despeñadero, bajando de tono al prolongarse las notas.

—¡Nos han visto! —exclamó Allnutt, incorporándose.

Su rostro mostraba el frenesí de la excitación. Mas Rose carecía de tiempo para atender a sus exclamaciones; tenía la mirada fija en los remolinos que la esperaban. Estaba manteniendo *La Reina de África* en el curso más rápido, a lo largo del borde del reflujo, a pocos metros de la orilla.

Oyeron otra descarga cerrada, que también los dejó incólumes. Rose maniobró para llevar la embarcación más al centro de la corriente, a fin de tomar la contracurva que se iba aproximando peligrosamente. Allnutt no se movió del centro de la lancha, olvidado ya del resguardo que le ofrecía la pila de leña. Al girar Rose el timón para tomar el recodo, iba tan absorta en el viraje que no oyó la bala que pasó silbando a su lado. Un momento más tarde la embarcación empezó a hacer un ruido como de arpa, y Allnutt se volvió sobresaltado. El estay de alambre que sostenía la chimenea por el lado de estribor se hallaba cortado a la altura de la borda, y el extremo largo colgaba ahora sobre ella. Mientras Allnutt mantenía fija allí la mirada, se oyeron dos impactos metálicos, y sendas perforaciones aparecieron en lo alto de la chimenea. Rose había movido el gobernalle, enderezando la lancha después de tomar la curva. Shona desaparecía detrás de los árboles, mientras Allnutt gritaba a voz en grito y sacudía los puños hacia el enemigo invisible.

—¡Cuide la máquina! —gritó Rose.

Volaban ahora sobre las aguas, pues el río iba estrechándose y la corriente ganaba ímpetu por momentos. Allí el viento, impedido por las altas barrancas, no alcanzaba a bajar hasta la superficie líquida. Ésta era lisa y suave en su mayor parte, como una plancha de metal engrasado; pero aparecían aquí y allí surcos y remolinos que delataban las siniestras desigualdades del lecho. Rose timoneaba con destreza, tratando de no salirse del agua mansa. Notó que debía tener en cuenta la desviación; tan rápida se había vuelto la corriente, que el bote comenzaba a dar bandazos contra

estos obstáculos, guiñando a izquierda y derecha. He ahí que se le presenta otra curva, muy cerrada por las apariencias. Tira del timón, y, no satisfecha con el campo visual que tiene del curso del río, se sube al banco, manteniendo la barra sujeta con la rodilla izquierda. Alarga la mano derecha y arranca los jirones de lona que cuelgan de los puntales. Ninguno de los dos oye los postreros disparos que les dirige el capitán alemán de la reserva en ese instante. *La Reina de África* salva la curva dando bandazos y cabeceos entre los remolinos que la acechan a cada paso. Mas el empuje firme de la hélice le permite evitarlos uno tras otro; Allnutt atiende por su parte a que la lancha no pierda el control a través de las corrientes encontradas, y permite que Rose maniobre con eficacia.

Aparecen, ahora, escollos rocosos, el agua blanca burbujeando en torno, y Rose los ve venir hacia ella con rapidez aterradora.

Es menester tomar decisiones instantáneas para elegir el mejor rumbo; con todo, Rose no puede dejar de notar, aun en ese momento supremo, que el agua ha perdido su color pardo para presentar un verde botella claro. Empuja el timón al lado opuesto, y las rocas pasan como relámpagos; al ver ahora un pasaje poco mayor que ancho del bote, endereza la proa por él. Extendiéndose ante ella, se muestra una rampa verduzca de impetuosa corriente. Y aun cuando *La Reina de África* levanta la popa para enfiarla, Rose advierte que, al otro extremo del recial, una amenazadora roca negra proyecta su pico agudo a flor de agua; de tocarlo, partirá en dos el fondo de la embarcación. Mantiene el timón firme por una fracción de segundo, hasta ver ensancharse un tanto el pasaje, y luego echa todo el peso de su cuerpo sobre la caña, para virar. Al empujar Rose el timón al centro para enderezarla, la lancha se balancea y culebrea como un ser viviente. Hay un angustioso instante en que parece como si las corrientes fueran a dar cuenta de todos sus esfuerzos, mas la máquina se mantiene firme y los palas de la hélice obligan a la embarcación a horadar las aguas. Pasan rozando la angosta garganta con sólo unos centímetros de luz a ambos costados; la proa avanza guiñando, mientras Rose pone toda su fuerza en el timón y la endereza por los reflujos de la cola del recial. Un momento más, y alcanzan la relativa quietud de un hondo remanso; Rose tiene tiempo entonces para enjugarse la frente con el dorso del antebrazo izquierdo.

El aire está lleno de los rociones y del mugido de las corrientes que corren en impetuosa carrera, estrépito que aumenta gracias a las altas barrancas que bordean el curso. El sonido es aterrador para Allnutt, además de los bandazos y los cabeceos de la embarcación, mas no le sobra tiempo para mirar a su alrededor. Mantener en marcha la máquina es su tarea suprema. Él sabe, aún mejor que Rose, que sus vidas dependen del rendimiento de la hélice. Tiene, pues, que mantener lo más alta posible la presión en la caldera, aunque, desde luego, siempre por debajo del punto crítico; tiene que accionar la bomba de alimentación y mantener la lubricación impecable.

Sabe muy bien que estarían perdidos si, aunque sólo fuera por un segundo, llegara a pararse la máquina. Trabaja, concentrado, en su faena, el ánimo presa del pánico, en tanto el piso de la embarcación bajo sus pies salta y corcovea como un caballo encabritado; mientras tanto, por el rabillo del ojo, pasan las rocas fugazmente, diciéndole cuán grande es la velocidad con que la embarcación va salvando los precipicios.

«Padre Nuestro que estás en los Cielos...» —murmura Allnutt para sí, al cerrar con un golpe la portezuela del hogar.

No había rezado un padrenuestro desde los días del colegio. Pasan unos pocos segundos antes de alcanzar el próximo recial, que, como el anterior, es un trecho de pavorosas rocas, remolinos y caídas de agua, donde el ojo debe estar alerta y el cerebro todavía más; donde la mano debe ser firme, recia, flexible, y la voluntad pronta y segura. A mitad de camino del recial se produce una rara confusión de aguas entrechocantes; la mirada tarda en percibir la presencia de aquellas puntas de roca a flor de agua, cuyo sólo rozamiento significaría el fin. En esa vorágine Rose gobierna la lancha como una valquiria. Experimenta una euforia y una agitación como sólo los mejores sermones de su hermano hubieran sido capaces de despertar. La mente le trabaja como una máquina, con delirante rapidez. Tiene a *La Reina de África* sometida a su voluntad, mientras va hilando una derrota segura a través de una maraña de peligros. El roción forma blancas capas de espuma donde las corrientes se encuentran.

Más abajo, el río se introduce, con rapidez increíble y sin obstáculos, en un lecho angosto, flanqueado por dos pétreas vertientes. Para Rose, en el instante de relativa inacción en que puede pensar, esto es tan arrebatador como viajar en automóvil... sensación que sólo conoce de oídas.

Es breve el tiempo que puede dedicar a esta divagación, pues la estrechura del curso vira a pocos pasos, tan pronunciadamente, que parece como si el recial se fuera a estrellar contra el paredón de piedra de enfrente, y Rose tiene que prepararse para el viraje abrupto y ponerse alerta para cualquier peligro, oculto a la vista todavía, que pueda acechar a la vuelta. Con la mirada fija en la piedra, a flor de agua por el lado interior del recodo, Rose timonea para no estrellarse contra las rocas. *La Reina de África* comienza, pues, a virar antes de alcanzar el recodo; es una maniobra inspirada...

El recial lanza la embarcación sobre la margen opuesta como lo haría con una cáscara de nuez. Rose tira del gobernalle con todas sus fuerzas. La proa obedece y gira a la izquierda, pero la popa da un bandazo como si fuese a estrellarse con las rocas de enfrente. La hélice lucha un instante, porfiada, contra la corriente; la embarcación se mantiene como indecisa, y luego, al ser arrastrada hacia abajo, la atrapa el reflujo y la devuelve al centro del río. Rose debe girar el timón en un abrir y

cerrar de ojos, y aún no acaba de enderezar el rumbo cuando ya debe abrirse paso entre unas afiladas puntas de piedra, coronadas de espuma, que tachonan la superficie.

Instantes más tarde, Rose nota que Allnutt trata de atraer su atención, pero su voz no alcanza a superar el estrépito del recial. Él está de pie, con un ojo ansiosamente atento a los aparatos de control de la máquina; levanta un trozo de leña y lo golpea con los nudillos mientras señala con la otra mano la orilla. Es señal de que van estando escasos de combustible, del cual no podrían prescindir. Ella, sin apartar un momento la atención del lecho del río, menea la cabeza en señal de aprobación, proyectando la mirada cuanto más lejos puede, al acecho de escollos ominosos. Pasan por otra serie de rápidos, y por una nueva garganta donde, a la merced de un caudaloso río de media milla de ancho comprimido en un lecho de cuarenta metros, les parece navegar a la velocidad de un tren expreso. Es vitalmente urgente hallar un punto donde detenerse, que tarda en aparecer en los nueve o diez kilómetros recorridos a paso de relámpago. Allnutt vuelve a pararse blandiendo su trozo de leña; Rose hace un ademán, como apartando a un importuno. Advierte ella la precariedad de la situación tanto como él: sobran los aspavientos. Continúa la desenfrenada carrera: Rose sigue tercamente prendida del gobernalle.

De pronto divisa lo que esperaba. A proa, se cruzan una serie de gruesas piedras, como poniendo barrera al recial, con un paso en el centro, donde el agua, regolfada, se apila para irrumpir impetuosamente a su través, formando una inmensa joroba verde. Más abajo de esa rompiente natural, el agua se ve clara. No hay piedras en la superficie; cada ala de la rompiente es un remolino cubierto de espuma, pero al reparo de la corriente, Rose dirige *La Reina de África* por la abertura. La lancha respinga al enfrentarse con la montaña de agua, baja la proa, levanta la popa y se despeña por la pendiente. Al pie se encuentra con altas olas verdes, firmes todas e impenetrables: la lancha las embiste con estrépito, el agua se levanta burbujeante, y el roción invade la cubierta.

Cualquiera con menos fe que Rose hubiera creído que *La Reina de África* estaría condenada a seguir hundiendo la proa hasta la madre del río, mientras la corriente empujaba la popa alzada. Mas, en el momento culminante, guiñó y se levantó chapaleando como un grueso cerdo al salir de una ciénaga. Al sacudirse de la casi trágica trampa, Rose seguía apoyando todo su peso en el timón, y su mente era una máquina calculadora barajando flujos y reflujos. La lancha tomó rumbo, se mantuvo firme al volver a su sitio el timón, desafiando una corriente arremolinada para tomar otra con inexorable decisión.

—¡Pare! —gritó Rose.

Su voz tajó como un cuchillo afilado el fragor de la cascada, y Allnutt, sorprendido, obedeció al instante. El cálculo había sido preciso. La inercia llevó la

lancha por el filo de la corriente hasta un pequeño remanso de agua blancuzca, bajo un ala de la rompiente. Rose se arrimó a esa caleta con sólo un par de bandazos, y en seguida un Allnutt vibrante de emoción estaba atando amarras a las piedras, media docena de amarras, para ponerse al abrigo de sorpresas, en tanto *La Reina de África* se balanceaba plácidamente.

A un paso de la popa el caudaloso Ulanga bullía entre las rocas; corriente abajo rompía en clamores alrededor de nuevas series de rocas. Más arriba, en el dique, las olas rompían y rugían coronando las piedras que Rose acababa de soslayar. Todo en torno eran ruidos infernales; el aire estaba saturado de agua y espuma, mas ellos tenían el ánimo en paz.

—¡Diablos! —exclamó Allnutt, mirando a su alrededor. Ni su propia voz oía al hablar.

Rose sintió flaquearle las rodillas; sintió asimismo una rara sensación de vacío en el estómago y una necesidad arrolladora de dar suelta al alborozo, no importándole que Allnutt fuese o no de su misma opinión.

Las reacciones del momento se sucedían en las mentes de ambos, mas a despecho del agotamiento físico y del hambre que los acosaban, les brotaban torrentes de alegría. Nadie podría acabar de pasar medio día navegando entre rápidos y rocas sin sentir una sensación de alivio y alborozo. El regusto del triunfo alcanzaba al propio Allnutt. La exaltación le soltó la lengua, y echó a hablar gárrula y volublemente con Rose, aunque ella no oía ni una sílaba de cuanto decía; pero él continuaba rebotante de alegría, sonriendo, cabeceando y gesticulando. La honda garganta era fresca y placentera. En lo alto, las copas de los árboles bordeaban las escarpadas márgenes, y la luz, cual balsámica luz verde, llegaba al pie de las barrancas filtrada por su follaje. En resumen, se hallaban fuera del calor húmedo y bochornoso y de los efectos del reflejo solar del África. No había allí insectos, ni corrían peligro de ser descubiertos por los alemanes.

Allnutt recordó de pronto, no sin asombro, que esa misma mañana había estado bajo el fuego enemigo; le pareció un episodio lejano. Tuvo que mirar el estay colgante de la chimenea, para traer a colación los recuerdos, y se dirigió mecánicamente hacia allí, para empalmar el alambre cortado. Reasumía así la rutinaria reparación de la embarcación. Rose armó la destartada bomba de mano y se dispuso a achicar el agua que había entrado bajo cubierta; al caminar sobre sus tablas, el agua chapoteaba, brotando entre ellas. Mas bombear en ese restaurador remanso no era lo mismo que hacerlo en el calor molesto de río arriba. La propia bomba, que nadie hubiera creído capaz de mejorar, se portaba mejor allí. Allnutt saltó la borda en busca de leña, y al instante quedó despejada toda duda acerca de la imposibilidad de hallarla en de sobra en la garganta. Había abundancia de ramas y troncos en los socavones de las empinadas barrancas; era leña traída por pasadas

crecidas, seca y quebradiza, que le venía de perilla al delicado aparato digestivo de *La Reina de África*. Allnutt bajó algunos trozos de aquellos estantes naturales, y vio que, para completar la provisión, el ala del dique estaba cubierta de ramas traídas por la corriente y atrapadas allí. Allnutt extrajo gran cantidad de esa leña, que puso a orear y secar sobre las piedras; para la mañana siguiente estaría pronta para alimentar, con la ayuda de la más seca, el hogar de la caldera.

Rose se consideraba dichosa de haber hallado *La Reina de África* tan dócil a su mando. La lancha de vapor poseía, con todos sus defectos, una movilidad inherente negada a todo otro medio de transporte. Ninguna partida de acarreadores de la selva hubiera resistido la comparación. Equipada con un motor de combustión interna, no hubiera podido cargar el combustible líquido necesario para más de dos días de navegación. Así como era, surtiéndose de agua del río para la caldera, y segura de poder proveerse de leña en las orillas, estaba libre de las insalvables dificultades con que en esos momentos se enfrentaba el *Emden* en el Océano Indico, y tenían inmóvil e inútil al *Koenigsberg* en el delta de Rufiji. Vista como capitana de un crucero pirata, se hallaba Rose en posición airosa. Vencidas las desavenencias con la tripulación, y teniendo las provisiones de boca casi intactas, podía concentrar su atención en los problemas de la navegación; problemas que le planteaban las rocas y los rápidos del curso inferior del Ulanga.

Por el momento, empero, ni Rose ni Allnutt sentían preocupación por los futuros problemas náuticos. Satisfechos con lo hecho ese día, no se explayaron en rendir elogios a los méritos de *La Reina de África*. El ininterrumpido fragor de las aguas ensordecía, confundiendo las ideas y el pensamiento y tornando irritante e inútil toda conversación. Tan sólo atinaban a sonreír para expresar la satisfacción que experimentaban, a comer vorazmente, y a beber té, con abundante leche condensada y azúcar, en los tazones de loza; Rose estaba hambrienta de azúcar después de la agitada actividad de la mañana, y, hecho significativo en ella, no hacía esfuerzo alguno por dominarse. Olvidaba de momento que hubiera debido sospechar de cualquier deseo carnal y tratarlo como insidia del Mal.

La libertad, la responsabilidad y la vida al aire libre, más el goce anticipado del triunfo, habían hecho milagros en Rose. Había pasado diez años en el continente negro, rodeada por las paredes de la oscura cabaña, con casi nadie con quien poder cambiar una palabra, fuera de Samuel, y ese entero decenio no había contribuido a su desenvolvimiento un ápice más de lo que lo hubieran hecho diez años en un convento. Había vivido toda su vida sujeta a la voluntad ajena, y en la sujeción no hay campo de acción para el desarrollo de la personalidad. Ninguna otra mujer de la educación de Rose hubiera podido vivir diez días con un hombre en una embarcación —aun tratándose de un Allnutt— sin ensanchar su visión de la vida y limar los escabrosos cantos de sus ideas, adquiriendo condiciones más auténticamente

humanas. Esos diez días habían sido un como florecer para Rose.

Sus abundantes senos, que habían comenzado a caer al avanzar su soltería, volvían a levantarse y tomar firmeza, y ella, sin escandalizarse ya, los veía henchirse bajo la pechera de su vestido de dril. Aun en el breve término de diez días, su cuerpo había hecho mucho en el sentido de reponer carnes donde faltaban, y quitarlas de donde sobraban. Su rostro estaba más lleno, y aun cuando debido al sol, quedaban patas de gallo en torno de los ojos, no desentonaban con el saludable curtido de la piel, confiriéndole, en cambio, un rasgo incitante a la granada femineidad del cuerpo. Bebía el té a grandes sorbos, ingiriéndolo a ruidosos tragos, cosa que la hubiera horrorizado un mes antes.

Llenos los estómagos, las emociones y la fatiga de la jornada comenzaron a hacer sentir sus efectos. Los párpados comenzaron a entornarse y las cabezas a caer sobre los pechos, antes aún de quitarse los platos de los regazos. La deliciosa frescura de la garganta contribuyó en parte a ello. Corriente abajo, las escarpadas barrancas iban quedando envueltas, imperceptiblemente, entre dos luces; volvían a hallarse, Rose y Allnutt, en una tierra donde el crepúsculo no era un mito. Rose se durmió mientras Allnutt acababa de limpiar y guardar los platos. El tremendo fragor de las aguas era apenas percibido por sus oídos cansados. Tenía que recuperar tres noches de casi vigilia a causa de sus desavenencias con Allnutt. Sentíase ahora segura, sin preocupaciones; aun cuando ardía en su pecho el fuego de su misión, la embargaba una sensación de alborozo incontenible. Sonrió al acomodarse para dormir, y sonreía al dormir, arrullada por la canción rugiente del Ulanga.

Allnutt fue a ocultarse entre las cajas de explosivos en parecida transfiguración de rosados sueños. La fatiga, la incapacidad natural y el rugir del río le impedían pensar, y la noche anterior no habla cerrado un ojo a causa del trato de que lo había hecho objeto su camarada. Asombrábale el que aquello hubiera acaecido sólo la noche anterior; flotaba en su mente como recuerdo de infancia. Después de reconciliados habían desafiado el paso de Shona. ¡Canastos!, y en las barbas de los propios alemanes. No se les había ocurrido a los pobres diablos disparar hasta que la lancha ya no estaba a tiro. Menudo chasco debían de haberse llevado al ver cómo *La Reina de África* pasaba de largo. Jamás hubieran creído que hubiese locos capaces de desafiar las gargantas del Ulanga. «Bueno, que aprendan», se decía Allnutt, sonriente, al refugiarse en el sueño, arrullado también él por la música del Ulanga.

Hubiera sido un singular problema de psicología determinar por qué Allnutt advertía más patentemente la sensación de hombría —aunque no mucha, apenas un tanto—, en la compañía de Rose, en el Ulanga anchuroso y en sus estrechuras de recias corrientes, o bajo el fuego graneado de los áscaris alemanes, después de habérsela negado a sí mismo en los arrabales donde había pasado su juventud, en las bodegas, en las salas de máquinas y en los burdeles, o entre los blancos de las minas

de oro de las fuentes del Ulanga. Acaso la explicación estuviera en el hecho de que Allnutt, hasta esa altura del viaje, había tenido contacto con el peligro, sólo como para tomarle gusto, de modo que, agradándole, lo odiaba. Ya tendría tiempo de hartarse.

CAPÍTULO VII

Al despertar a la madrugada siguiente, pareció como si ese hartazgo ya le hubiera llegado. Mirar los peligros pasados es tarea muy diferente a la de hacer conjeturas sobre los que nos aguardan a un paso. Observando las aguas turbulentas de la caída, y la catarata rocosa que aún tenían que salvar, Allnutt sintió miedo. Experimentaba una sensación de vacío y de náusea en el estómago y una peregrina picazón como si le clavaran agujas en los muslos y las plantas de los pies. Los próximos cincuenta metros podrían aprisionar y zarandear la embarcación entre las rocas, y él y Rose se verían arrastrados por el recial, golpeados y ahogados. Le entraba el agua por las narices sólo de pensarlo. Desayunó sin apetito.

Le quedaba, sin embargo, un vago consuelo; era la certeza de que nada les restaba fuera de seguir adelante. Detenidos allí sucumbirían por hambre una vez agotadas las provisiones de boca. La única vía de escape abierta era corriente abajo, a través de la garganta. El ensordecedor ruido de las aguas hacía difícil formular juicios despejados. Allnutt levantó vapor en la caldera, cargó leña y soltó las amarras con una sensación de irrealidad, como si todo cuanto estaba haciendo le fuera ajeno.

Rose subió a la regala y se hizo cargo una vez más del timón. Examinó los flujos y reflujos del remanso donde estaban amarrados, alargó el cuello para inspeccionar el salto de agua que los aguardaba un trecho más abajo. Su semblante no delataba temor alguno. Una grata expectación le agitaba el pecho; el solo acto de empuñar la caña del timón hacía que su corazón apresurara sus latidos. Se entendió por señas con Allnutt: un movimiento de la mano hacia un costado y éste despegó cautelosamente la embarcación del amarradero; un ademán como llamándolo, y Allnutt dio marcha atrás con pocas revoluciones, lo suficiente como para liberar la proa. Observando el reflujo, Rose hizo retroceder la lancha lentamente hacia la cascada. Luego, al hacerle señas de seguir adelante, Allnutt puso en marcha la hélice. *La Reina de África* avanzó despacio; el eje de la hélice vibraba debajo. Rose empujó el timón; la lancha viró y, con un bandazo, se halló en medio de la corriente principal, para volar al instante sobre el torrente. Comenzaba otro día de alocada carrera.

La capacidad de pensar con la rapidez del rayo surgió en la mente de Rose al lanzarse a la corriente. Para ella, se había convertido en un juego de niños percibir el agua espumosa arremolinándose en torno a las piedras, calcular la velocidad de la corriente y de la embarcación o iniciar el viraje y esperar el bandazo que traería el reflujo del agua desde la roca que estaba salvando; todo ello mientras planeaba el ataque a la siguiente. La gran ola estacionaria que denunciaba una roca a flor de agua la descubría ella de manera instintiva. Mecánicamente, decidía cuánto podía

aproximarse a ella y cuál sería el efecto de la contracorriente.

Más tarde, una vez concluido el descenso del río, Rose se dio cuenta de que no podía recordar con la claridad del primero los detalles del segundo día de navegación entre los rápidos. Aquellos primeros rápidos se habían grabado en su memoria con fidelidad suma; podía recordar cada recodo, cada piedra, cada remolino; se los representaba con sólo cerrar los ojos. En cambio, las imágenes del segundo día volvían con vaguedad y confusión. Rose recordaba claramente la primera catarata; las siguientes acudían a su memoria bajo la forma de rugientes cintas de agua blanca. Recordaba las salpicaduras que le rociaban continuamente el rostro, y los recodos pavorosos... no recordaba su número. La mente se le había acostumbrado a todo aquel infierno.

No obstante, la emoción no había cedido un instante. La llenaba de alborozo clavar la proa de la embarcación en las olas. Sin sospechar siquiera que la frágil estructura de *La Reina de África* pudiese estar siendo sometida a fatal prueba por tanto golpe, hallaba un placer inmenso en lanzar la lancha contra las duras masas líquidas en movimiento que marcaban la conjunción de dos corrientes; sentirla respingar y guiñar bajos sus pies; ver las dos alas blancas alzarse a ambos costados de la proa. Pero la sensación suprema era la rápida subida de la popa de *La Reina de África* luego de alcanzada la cresta de una de esas largas y empinadas caídas de agua verde, cuando descendía la loma líquida con la muerte en ambas bandas y la destrucción que parecía esperarla al final del salto.

Hacia el atardecer pareció haberse agotado la serie de cataratas. El río ensanchó su lecho un tanto, pero las barrancas, aunque no tan altas, presentaban aún una pavorosa verticalidad. Entre estos paredones, el río se lanzaba con reciedumbre pasmosa, sin obstáculos. Quedaba ahora tiempo para pensar y gozar del espectáculo y la acción, abandonarse al estremecimiento de guiar *La Reina de África* cuando, al resbalar en los recodos, era empujada por las corrientes hasta que la orilla externa se acercaba peligrosamente al codo del piloto. El propio Allnutt, advirtiendo la repentina lisura del paisaje, suspendió su rígida concentración en el funcionamiento de la máquina y levantó la cabeza. Observó pasmado los precipicios que iban quedando atrás por ambos costados, maravillándose de la soltura con que la embarcación salvaba las curvas. Había algo aterradoramente bello en la acción. La sensación de angustia que le constreñía el pecho al observar aquella carrera, le infundía una extraña satisfacción. Estaba henchido del orgullo del éxito.

El espejo de agua mansa que buscaban para fondear se presentó en esta porción del río libre de caídas. Vertía aquí su caudal un tributario del Ulanga; no de la manera corriente, sino en dos saltos de agua, que, a media altura de la barranca, desde unos quince metros, se precipitaban a plomo sobre el curso principal. Rose apenas había tenido tiempo de advertir su presencia, virar en seco para no caer debajo de las

columnas de agua y sufrir tan sólo el efecto del roci6n, cuando vio que un s6bito ensanche del lecho le brindaba un remanso para amarrar s6lo unos metros m6s abajo, all6 donde la corriente hab6a abierto una ensenada en la margen blanda del r6o. Grit6 para atraer la atenci6n de su compa6ero, le hizo se6as para que pusiera la m6quina a media velocidad y diera luego marcha atr6s. El bichero le sirvi6 a Allnutt para maniobrar, y un segundo despu6s *La Reina de 6frica* se mec6a, sosegada, al abrigo de la pared de piedra que formaba una de las m6rgenes del r6o. Mientras Rose inspeccionaba los alrededores, Allnutt amarr6 la embarcaci6n.

—¡Qu6 bonito! —exclam6 Rose sin advertirlo.

No hab6a reparado antes en tanta belleza; lo 6nico que le hab6a preocupado hasta all6 eran los remolinos. Acababan de atar las amarras en lo que deb6a de ser uno de los rincones m6s seductores del 6frica. Las barrancas no eran all6 despe6aderos abruptos; se abr6an en numerosas salientes y entrantes en la roca, y all6 crec6an flores en festones sobre las paredes ba6adas de sol. Desde la cresta hasta el nivel del agua, la piedra se presentaba engalanada con el m6stico azul de las flores. Un poco m6s arriba se ofrec6a el espect6culo del curso tributario, que se despe6aba entre monta6as de espuma. Un haz de rayos de sol africano se introduc6a por el filo de la garganta convirtiendo en arco iris danzante las aguas en suspenso en torno de la cascada. El ruido de la ca6da no era ensordecedor; para 6idos ya hechos al bramido de las cataratas del Ulanga, el cantarino fluir del r6o junto al improvisado puerto seme6aba un placentero acompa6amiento musical. Al abrigo de la p6treo margen se gozaba de una sensaci6n de frescura, con la corriente de aguas verdes desatada en veloz carrera a s6lo unos pasos de la lancha. Las barrancas las formaban rocas rojas, pardas y grises, que tapizaban los claros no cubiertos por las flores, presentando un aspecto de pulida lisura. No hab6a all6 polvo acumulado, ni moscas ni mosquitos. No hac6a all6 m6s calor que en una tarde de verano en Inglaterra.

Hasta entonces, Rose no hab6a hallado placer en la contemplaci6n del paisaje por el paisaje, ni hab6a sorprendido nunca a Samuel haci6ndolo. Si, siendo muchacha, en Inglaterra, hubiese visto una enredadera de campanillas azules —tal vez Rose no tuvo jam6s ocasi6n de extasiarse ante una enredadera de campanillas—, y le hubiese dado un vuelco el coraz6n, habr6a mirado este fen6meno con suspicacia, como un s6ntoma de frivolidad de esp6ritu rayana en la liviandad. Samuel era mezquino y pr6ctico en ciertas cosas.

Mas Rose estaba ya libre de Samuel y de su temperamento gris y bilioso; y era la suya una libertad tanto m6s insidiosa como inconsciente. Sentada en la popa, se sumerg6a en la dulce belleza del entorno, sonriendo al juego de colores del arco iris de la cascada. Su imaginaci6n jugaba con el recuerdo, con el anchuroso y soleado curso del Ulanga superior, con las cascadas y los peligros que hab6an salvado.

Y lo colmaba todo una ulterior sensaci6n de dicha: el estremecimiento del triunfo.

Rose no ignoraba que traer *La Reina de África* a través de los rápidos era una hazaña, algo que en su actual estado emocional ponía por encima de cualquier acierto culinario, y también —es de temerse— de la conquista de un alma impía para la verdadera fe. Por primera vez en su vida sentíase satisfecha de sí misma, sensación que la embriagaba más por lo novedosa. Su cuerpo rebosaba vitalidad.

Allnutt volvió a subir a la lancha desde la orilla. Cojeaba un poco.

—¿Quisiera mirarme este pie, señorita? —dijo—. Se me metió una astillita, y no sé si la he sacado del todo.

—Desde luego.

Se sentó en el filo de la borda, e hizo el movimiento de quitarse sus zapatillas de lona, pero Rose fue más rápida. De rodillas le quitó el calzado y tomó el minúsculo y en cierto grado bien formado pie en sus manos. Encontrado el orificio de entrada, lo presionó con las yemas de los dedos, en tanto Allnutt se retorció por las cosquillas. La sangre salía limpia.

—No, no ha quedado nada dentro —dijo ella, y soltó el pie. Era la primera vez que lo tocaba desde que salieran de la misión.

—Gracias, señorita.

Allnutt paseaba la mirada por las flores colgantes, mientras Rose se demoraba arrodillada a sus pies.

—¡Canastos! ¿No es bonito todo esto? —exclamó Allnutt. Ya su voz no delataba temor alguno y elevaba el tono apenas sobre el ruido de las aguas.

Las largas veinticuatro horas pasadas en el retumbante fragor de las cataratas parecían haber traído confusión a las ideas. Ninguno de los dos pensaba con claridad. Sentíanse ambos extrañamente dichosos y sociables; pero, al mismo tiempo, no se les escapaba que algo que sentían como al alcance de la mano faltaba allí. Rose contemplaba el rostro de Allnutt mientras él miraba la naturaleza. Había algo de tentador, de atrayente, de infantil en la sonrisa aturdida del hombrecillo. Hubiera querido continuar mirándolo, pero luego desechó la idea, puesto que no satisfacía plenamente su estado de ánimo, aunque no sabía explicarse de otro modo lo que le ocurría. Ambos respiraban más hondo que de costumbre, como si estuviesen sometidos a un trabajo invisible.

—Esa caída de allí —dijo Allnutt, titubeante— me recuerda...

No llegó a decir lo que le recordaba la caída. Miró a Rose a su lado, cuyos senos casi lo rozaban. Él, rebotante también de vida e inspirado por la imponente belleza del lugar, sin poder contenerse, no supo lo que hacía al poner suavemente la mano en torno de la garganta atezada y fresca de Rose. Ella le tomó ambas manos, para prolongar el contacto; él se dobló sobre las rodillas y sus cuerpos se hallaron juntos. Rose sentía los besos, y el pulso impetuoso y la cabeza transformada en un torbellino. Sintió tirones en sus ropas, que no hubiera podido impedir aun queriéndolo. Tuvo

conciencia de un agudo dolor que le hizo echar los brazos en torno del delgado torso de Allnutt y apretarlo contra sí, contra sus senos, mientras él hacía su voluntad... y la de ella.

CAPÍTULO VIII

Quizá todo fuera inevitable. Habían sido llevados a esa situación por la conjunción de demasiadas circunstancias... la soledad, la proximidad inevitable, los peligros desafiados y salvados juntos, los cuerpos rebosantes de vida. Los mismos altercados habían contribuido a ello. La inculcada gazmoñería de Rose había quedado extirpada de cuajo durante esos días transcurridos, vividos en estrecho contacto con un hombre, y sólo el afectado resguardo de sus virtudes había interpuesto una barrera entre ambos. No queda sitio para la falsa modestia ni el pudor en una pequeña embarcación. Rose estaba hecha para el amor. Ya en otra ocasión, avergonzada de él, lo había rehuido, horrorizada, apartando sus ojos de la verdad; mas no le había sido posible contener su clamor en la salvaje belleza del Ulanga. Y una vez que hubo comenzado a hacerle concesiones, Allnutt habíase vuelto un chico simpático. Era tan irresponsable de sus debilidades como un niño. A decir verdad, sus flaquezas tenían cierto encanto para Rose. Quizá el oportuno gesto de acudir a ella con la astillita en el pie había derribado la última barrera del recato de ésta. Y ella quería prodigarse, y darse nuevamente. Estaba en su naturaleza.

Ni tan siquiera la diferencia de rango social se interponía entre ellos. A pesar de su condición de hermana de un ministro de la religión, Rose era hija de un pequeño comerciante. El acento *cockney* de Allnutt difería de su gangueo provinciano, pero no la irritaba. Estaba acostumbrada a encontrarse sobre bases de igualdad social con gente de acento similar. Si Rose y Allnutt se hubiesen conocido en Inglaterra y decidido casarse, el círculo en que ella se movía acaso no lo hubiera visto con buenos ojos; pero lo más que la gente hubiera pensado es que ella descendía un peldaño en la escala social.

Más importante que todo ello, quizá, era la influencia de la doctrina de la imperfección del varón, que Rose había asimilado durante su doncellez. Su madre, sus tías, todas las comadres del barrio, nutrían un desdén supremo por los maridos vistos como criaturas domésticas. Eran descuidados, desatentos y desaseados. Incapaces de arreglar un cuarto o cocinar un plato; por no hablar de sus pataletas. Las mujeres tenían que dedicar sus vidas a desbrozarles el camino y a allanarles todas las dificultades de la vida diaria. Pero era al propio tiempo artículo de fe que estas criaturas incomprensibles fueran los señores de la creación, para quienes lo bueno de este mundo era siempre poco. Para ellos debía quedar reservada la mejor porción de la cena; para no interrumpir su siesta, había que caminar por la casa de puntillas las tardes domingueras. Sus triviales malestares exigían prodigarse en cuidados y mimos; había que aguantar con paciencia sus ratos de mal humor y tolerarles enojos e

insultos. En realidad —acaso estuviera ahí la explicación del estado de cosas— los hombres eran, en su inescrutable singularidad y en la innegable deferencia que se les acordaba, miniaturas del Todopoderoso a quien las mujeres adoraban en los templos.

Siendo así, Rose no buscaba la perfección en el hombre amado. Daba por descontado que no lo respetaría; no lo hubiera querido tanto de existir tal condición. Si, según el testimonio de su experiencia, se embriagaba, y no le atraía el peligro, se parecería a la dispéptica malignidad de su padre, o al hábito de malgastar dinero en apuestas de su tío Alberto o a los accesos de frío malhumor de Samuel. No era ya cuestión de saberlo todo y perdonarlo todo, sino de saberlo todo fuera de que ella tenía derecho a perdonar. Y estas flaquezas del compañero ejercían una atracción insidiosa en el aspecto material de su naturaleza; así como la endeblez de su constitución física y la mala suerte que siempre lo había perseguido. Lo deseaba en una manera diferente, que alentaba los clamores de su cuerpo emancipado. Al aplacarse en él la llama de la pasión, acariciando con los labios la garganta alabastrina de ella, murmuró unas palabras de cariño, incomprensibles y soñolientas; Rose, extasiada, comenzó a mecerlo en sus robustos brazos.

Allnutt rebosaba de contento. Hiciera lo que hiciera en el ardor de la pasión, estaba tan necesitado de una madre como de una amante. El mecerse en los brazos de Rose le proporcionaba un alivio que no había experimentado en su vida. Era la certeza de poder confiar en ella como no había confiado en ninguna otra mujer antes. Todas las frustraciones y la tensión de su vida se despejaban al apoyar la sien en el túrgido seno de Rose.

La sensatez no les llegó hasta bien entrada la mañana, y era una sensatez a medias. Hubo un momento, al clarear el día entre las altas barrancas, que Rose se sintió invadida de sonrojo al acudirle a la memoria su ligereza de la noche anterior y llenarle de inquietud su condición de soltera; mas los labios de Allnutt estaban sobre los suyos y los brazos de ella ceñían el cuerpo de efebo de él: bullía la sangre en sus venas y se desvanecieron sus recuerdos e inquietudes al atraer al varón hacia sí. Hubo un instante de ruborosa perplejidad al tener que admitir que no conocía el nombre de su amado, y, cuando lo supo, tímidamente, paladeó las sílabas: «Charlie», dijo, como lo haría una colegiala, y le pareció muy bonito.

Al volverse ya incontrolable el deseo de una taza de té —luego de la noche de amor Rose experimentaba una sed parecida a la que había sentido después de una jornada de navegar entre los rápidos— quiso ser ella la primera en levantarse y preparar el desayuno. Aquella convención del «mejor bocado» ejercía aún poderoso influjo en su mente. No había opuesto el menor reparo en que Allnutt, su ayudante, preparase las comidas, pero le parecía mal que Charlie —a quien para sí misma ya llamaba «marido», no conociendo el calificativo de «amante»— debiera molestarse en atender a quehaceres domésticos. Se sintió halagada cuando él insistió en

ayudarla; el corazón le dio un vuelco de alegría, y no supo contener la carcajada ante un par de chanzas de Allnutt.

De todos modos, y de una manera completamente exenta de experiencia, Rose sabía apreciar la diferencia entre quehacer y placer. Concluido el almuerzo, volvió a hacerse cargo del mando de la expedición sin vacilar un instante. Tenía por descontado que proseguirían la empresa, y que no se detendrían hasta torpedear a la *Königin Luise*. Tampoco se le ocurrió a Allnutt sacar provecho de una situación de privilegio rehusando proseguir. Era hombre hecho para ceder los pantalones a la mujer. Ahí estaba para confirmarlo el éxito obtenido hasta ahora bajo la égida femenina, y, tras lo sucedido la noche anterior, el ascendiente de Rose sobre él era completo. Él, por su parte, sentíase feliz de poder cargar toda la responsabilidad sobre los hombros de ella y aguardar resignadamente lo que el destino dispusiese. Recogió leña y levantó vapor con la indiferencia que engendra la rutina.

En el momento de la partida ninguno de ellos titubeó. Rose lo vio acercarse murmurando con voz quebrada:

—Dame otro beso, muchacha.

Y Rose le echó los brazos al cuello, susurrando:

—Charlie, Charlie querido.

Le dio unas palmaditas en la espalda y miró a su alrededor, a la belleza del paisaje donde acababa de ofrendar su virginidad; sus ojos estaban húmedos. Luego soltaron amarras, Allnutt hizo retroceder la embarcación hasta el curso principal, y unos segundos más tarde estaban a merced del loco entrechocar de las corrientes del Ulanga, culebreando entre precipicios. En un instante de diálogo cuerdo, Allnutt había sugerido, esa mañana, la posibilidad de haber salvado ya la última catarata y de que el río se acercara al llano que daba al lago. Se había equivocado. Después de unos diez minutos de loca carrera sin obstáculos, llegó a los oídos de Rose el fragor ya familiar de una próxima catarata. Era menester aprestar los sentidos y empuñar el timón con firmeza; no perder de vista el curso que había que recorrer; tomar el rumbo marcado por la corriente, el tortuoso y esquivo rumbo de las rocas, sin recodos bruscos, que Rose debió elegir en los fugaces segundos entre la visión de la caída y el instante en que *La Reina de África* comenzó a guiñar entre las primeras olas que se entrechocaban.

De esta manera, ensordecidos y salpicados, bajaron, como cabalgando, las corrientes vertiginosas. Asombrados, eludieron uno tras otro los peligros mortales que los acechaban, aunque fuera demasiado pretender que tan buena suerte durara indefinidamente. De pronto, se hallaron frente a un estrechamiento, donde la corriente no dejaba ni siquiera un palmo por banda para el paso de la embarcación. Rose atinó a enderezar la proa hacia el punto donde la turbulencia de las espumas presentaba un nivel más bajo, y, fijándose en las rocas que sobresalían, pudo ver el

curso del agua, que burbujeaba entre ellas. *La Reina de África* hundió la proa y fue a estrellarse contra un vórtice de corrientes encontradas. Hizo un movimiento de zarandeo; una columna de agua se desprendió de la proa y fue a dar en extremo de la chimenea. Rose conservó la serenidad, y vio que la corriente se ensanchaba unos metros más abajo. Mas de pronto, mientras se debatía en la correntada, la sacudió un fragor bajo sus pies, seguido de una vibración que pareció partir la embarcación en pedazos. Con instinto práctico de mecánico, Allnutt cortó el vapor.

—¡No la pares, Charlie! —gritó Rose.

Allnutt abrió apenas el regulador. Se repitió la vibración desoladora, mas, al parecer, la hélice seguía girando. *La Reina de África* mantenía el rumbo con dificultad, en tanto Allnutt rogaba a Dios que el agua no rasgase el fondo de la embarcación. Rose, volviendo la mirada hacia un costado, advirtió que ahora avanzaban más despacio, mientras las aguas corrían arrebatadoras. No ignoraba que era menester detenerse cuanto antes, pero se enfrenta al eterno problema de encontrar un remanso en el estrecho desfiladero embestido por el torrente. Con todo, había que buscar dónde amarrar antes de la próxima catarata. Con la escasa velocidad que *La Reina de África* llevaba ahora, no le sería posible gobernar su rumbo en otro trance de apremio; además, girando el gobernalle, advirtió que algo serio ocurría en su mecanismo. La hélice tendía a hacer guiñar la embarcación como si fuera un cangrejo, y para contrarrestar ese movimiento hacía falta un timoneo constante. Las barrancas se deslizaban a ambos lados. La martilleante vibración bajo los pies parecía hacerse más intensa por momentos; Rose tenía que luchar para mantener la embarcación en mitad de la corriente. Mucho más adelante, iban surgiendo a flor de agua las acostumbradas rocas oscuras, coronadas de espuma. Tenían que fondear. Allá abajo, a la izquierda, un saliente rocoso de la barranca prometía unos metros de abrigo en el remanso formado a su espalda.

—¡Charlie! —gritó por encima del mugido del río.

Allnutt la oyó y comprendió sus gestos. Había que calcular la operación al segundo. Si viraban demasiado pronto, irían a estrellarse contra la roca; si dudaban un instante, perderían la última oportunidad y serían arrebatados, popa adelante, por la catarata. Rose tenía que calcular también la reducida velocidad de la embarcación, el nuevo efecto de torsión de la hélice y la aceleración de la corriente al aproximarse al precipicio. Apretando los labios, empujó el timón y se quedó transfigurada observando ansiosamente la proa al tomar el recodo.

Hubiera sido demasiado pedir una maniobra plenamente lograda. La proa viró bien detrás de la mole de piedra, pero la vuelta no fue completa. Parte de la popa recibía aún la embestida del recial, en tanto que la punta trataba de entrar en el ángulo. De pronto escoró y comenzó a balancearse peligrosamente. Una masa de agua entró a borbotones por el filo de la borda. Se apagó el fuego de la caldera entre

una cegadora nube de vapor, y un golpe ahogado se hizo oír por encima de la confusión de sonidos reinante.

Allnutt atinó a hacer a tiempo algo que salvó la situación. Tomando el cabo de una amarra, en un abrir y cerrar de ojos, saltó de la lancha como un atleta; hundiéndose hasta la cintura en el furioso remolino, puso el hombro bajo la proa y forcejeó como un Hércules. Zafó la proa y la embarcación se enderezó, tres cuartos de su interior llenos de agua; el tiro de la corriente comenzaba ahora a arrastrarla hacia abajo, hacia el precipicio. Allnutt saltó entonces sobre la roca sin soltar la amarra. Se afianzó en la piedra y sus espaldas crujieron mientras el cabo se estiraba bajo la tensión. Resbaló, pero tuvo tiempo de volver a hacer pie. Con otro esfuerzo hercúleo logró pasar una vuelta de cuerda en torno de una nariz de piedra, y se asió desesperadamente de la misma. Lentamente, la embarcación giró sobre sí misma, arrimándose a la orilla, y el tiro de la amarra se aflojó al equilibrarse el reflujó con la corriente. Cinco segundos después, la lancha estaba a cubierto de contingencias, recogida en el pequeño remanso trasero a la roca, cargada con toda el agua que podía llevar a bordo sin hundirse, en tanto Allnutt ataba amarra tras amarra a las piedras, y Rose, sobre el banco, a popa, chapoteaba en el agua. Dirigió una sonrisa a su compañero; estaba un poco mareada por el peligro corrido. Seguía obsesionada por la imagen y la impresión de aquella ola verde abordando a *La Reina de África*. Allnutt, sentado en una piedra, le devolvió la sonrisa.

—Casi nos la pegan esta vez —dijo; ella no oyó las palabras a causa del ruido del río, pero vio que no estaba asustado.

Allnutt iba tomándole gusto a estos peligros fluviales —el navegar por los rápidos puede llegar a convertirse en hábito tan insidioso como tomar morfina—, aparte de su flamante felicidad en compañía de Rose.

Ella se había sentado en el filo de la borda y tenía los pies a flor de agua. No quería delatar su ligero malestar; habíase hecho la resolución de mantenerse indiferente.

Allnutt subió a bordo de un salto.

—¡Canastos!, ¡qué tremolina! —dijo—. Pienso en lo que habremos perdido...

—Achiquemos el agua y veamos —dijo Rose.

Allnutt se plantó en el combés y trató de pescar el balde. Estaba bajo el banco; entregó el utensilio a Rose, en tanto se disponía a sacar del armario una amplia jofaina para él. Antes de iniciar la faena de achique, Rose se levantó la falda hasta los muslos, como una niña que se dispusiera a jugar en una playa marina; la sensación de intimidad con Charlie, mezcla de picardía y modestia, le resultaba arrebatadoramente placentera.

Con la acción del balde y la palangana no tardó en bajar el nivel del agua en la lancha; luego Rose armó la caprichosa bomba de mano y dio cuenta del agua que

quedaba debajo del piso.

—¡Eh, que eso lo hago yo, Rosie!.

—No, tú te sientas a descansar —repuso ella—. No vayas a pescar un resfriado.

Bombear el agua de la embarcación era la faena más cercana al aseo de un aposento que Rose pudiera hallar en su vida doméstica. Y por cierto que no era quehacer masculino.

—Lo primero que hay que averiguar es —dijo Allnutt, al irse acabando el achique—, cuánta agua entra.

Bombearon alternativamente hasta la última gota. Luego Allnutt levantó un par de tablas de la cubierta. Media hora de espera reveló que la vía de agua era muy pequeña.

—¡Canastos! —dijo Allnutt—. Esto está mejor de lo que esperábamos. Por lo visto no hemos perdido nada, sólo le hemos rascado la panza. Hubiera apostado que tenía un rasgón en algún sitio, después de las que pasamos.

—¿Qué era todo ese matraqueo antes de parar? —preguntó Rose.

—Eso está por verse aún, Rosie —repuso Allnutt.

Había un tono sincero en la voz del mecánico. Se temía lo peor, y no quería causar un triste desencanto en Rose. Había examinado el costado del desfiladero y hallado alivio en el hecho de verlo accesible. Si *La Reina de África* estaba tan molida como él temía, tendrían que trepar por allí y vagar por la selva hasta ser encontrados por los alemanes, o hasta perecer de hambre. Era un galardón para su reencontrado espíritu varonil el no delatar en la voz las dudas que sentía.

—¿Cómo vamos a hacer eso, querido? —preguntó Rose.

Allnutt miró el escarpado despeñadero en el cual estaba amarrada la lancha y el suave remanso a sus pies.

—Tendré que bajar a ver —dijo él—. Creo que no queda más remedio.

El paredón caía a plomo sobre el río. Había poco más de un metro de agua por el lado de la orilla y dos metros por el otro, según comprobó Allnutt con el bichero.

—Allá voy —dijo Allnutt, quitándose camiseta y pantalones. Las prendas estaban ya empapadas, pero es contrario al instinto humano tirarse al agua con la ropa puesta—. Tú mantente alerta con el cabo, por si hubiera alguna corriente traicionera allá abajo.

Rose, asomada anhelante por la borda, vio cómo el cuerpo desnudo de Allnutt desaparecía bajo el casco de la embarcación, con los pies a la vista, pataleando tranquilizadores. Luego aumentó el pataleo al forcejear para salir de allí abajo. Se paró sobre el lecho pedregoso, junto a la lancha, el cabello chorreando agua.

—¿Has visto algo, cariño? —preguntó Rose, inclinándose ansiosa sobre él.

—Sí —repuso. No añadió nada más antes de volver a bordo; necesitaba tiempo para reponerse. Rose, sentada a su lado, aguardaba. Alargó su mano seca para

estrechar la de Allnutt empapada.

—El árbol está torcido como un tirabuzón —dijo Allnutt, triste—. Y se ha roto una pala de la hélice.

Rose quiso calcular la magnitud del desastre por el tono de voz empleado por él, pero lo subestimó.

—Habrà que arreglarlo, entonces —dijo.

—¿Arreglarlo? —exclamó Allnutt, y se echó a reír amargamente. En su imaginación ya estaban ambos vagando por la selva, enfermos y hambrientos. Rose no atinaba a despegar los labios ante el desaliento que delataba el tono de voz de Allnutt—. Debemos haber golpeado la hélice contra una piedra —prosiguió, hablando más para sí que para Rose—. No hay señales en la obra viva. Sabe Dios cómo el árbol ha podido aguantar hasta aquí. Está hecho un maldito caracol.

—No te preocupes, cariño —dijo Rose. El empleo de las palabras «Dios» y «maldito» era tan natural allí, enfrentados como estaban con hechos primitivos, que Rose apenas lo advirtió, como tampoco reparó en la desnudez de Charlie—. Pongámonos algo seco encima, y comamos un bocado, que luego tendremos tiempo de hablar de eso.

Su idea no podía ser más oportuna. Las simples operaciones de tender a secar prendas mojadas y sacar latas pringosas de las cajas de provisiones, aliviaron mucho los irritados nervios de Allnutt. Luego, ingeridos los alimentos, con el té y la carne envasada formando aborrecible mezcla en el estómago, se sintió mejor. Rose volvió a abrir el tema vital.

—¿Qué tendremos que hacer ahora, antes de seguir adelante? —preguntó.

—Te diré lo que hay que hacer —dijo Allnutt—. Si tuviéramos un taller aquí y un varadero, y si pasara por aquí una estafeta postal, podríamos sacar esta vieja tinaja al varadero y desarmar el árbol, que luego podríamos poner en la forja tratando de enderezarlo. No sé si lo conseguiríamos; no soy herrero. Luego, podríamos escribirles a los fabricantes para que nos mandasen una hélice. Como la embarcación ésta no tiene más de veinte años, tal vez tengan una en el depósito. Durante la espera, podríamos limpiar el casco y pintarlo. Entonces estaría todo listo para instalar el nuevo árbol y la nueva hélice, botar la lancha y seguir adelante como si nada hubiera pasado. Pero como no tenemos nada de nada, nada podemos.

Imágenes ominosas de la selva seguían acudiendo en tropel a la mente de Allnutt. La absoluta ignorancia de Rose en materia de mecánica la libraba de caer en la desesperación. A pesar de la depresión de Allnutt, ella tenía una confianza sublime en su capacidad; después de todo, lo había visto salir airoso de todas las pruebas en lo que a su profesión se refería. El problema de poner en funcionamiento una embarcación de vapor averiada equivalía, en su mente, a, digamos, las dificultades que ella hubiese tenido que vencer al verse de pronto llamada a dirigir un hogar

extraño cuyas mujeres estuviesen postradas en cama: descubrir el lugar de cada cosa, tratar con comerciantes extraños y acostumbrarse a las mañas de los hombres de esa casa. Ella hubiera acometido la empresa con absoluta confianza, así como cualquier otro quehacer hogareño. Quizá hubiera tenido que echar mano de sustitutos que aborrecía; lo mismo podría hacer Allnutt. En su estrecho ámbito de acción desconocía la palabra «imposible». Ni concebía que un hombre hallara algún imposible en su propia esfera, siempre que se le acicateara y se le diera buena comida.

—¿No se puede desarmar el árbol sin sacar la lancha a la orilla? —preguntó ella.

—¡Hum! No sé. Podría ser —repuso Allnutt—. Hay que meterse bajo el agua y sacar la hélice. Quizá pudiera...

—Bueno, pues; sacando el árbol a la orilla podrías enderezarlo.

—Qué esperanza —rebatía Allnutt—. No tengo fragua, no tengo bigornia, no tengo carbón, no tengo nada; y no soy herrero, ya te lo he dicho.

Rose estaba hurgando en su memoria en busca de lo que había visto del oficio en África.

—Vi a un obrero masai una vez. Usaba carbón de leña, que mantenía encendido en el cuenco de una gruesa piedra. Un muchacho le aventaba el carbón.

—Sí, también lo he visto yo, pero aquí hay que usar fuelles —repuso Allnutt—. ¿Hacer uno? Es tan fácil.

—Si crees que con eso sería mejor... —observó Rose.

—¿Cómo vamos a hacer carbón? —preguntó Allnutt. No pudo evitar, por mucho que lo detestara, entrar en la discusión, aun pareciéndole todo puramente académico... «Claro como el agua», como él gustaba de calificarlo para su coletito.

—¿Carbón? —repitió Rose distraída—. Se prende fuego a una especie de grandes montones de cosas; leña, desde luego, ¡qué tonta soy!, y después de quemada la pira queda carbón dentro. Lo he visto hacer.

—Podríamos probar —dijo Allnutt—. Hay montones de leña traída por la corriente y diseminada por toda la orilla.

—Pues, entonces... —dijo Rose, sumergiéndose con más fervor en la discusión.

No era tarea fácil convencer a Allnutt. Su experiencia en los talleres le había insuflado un profundo prejuicio contra toda chapucería, así como contra los trabajos hechos sin arte ni pulcritud. Su preparación había sido amparada justamente por herramientas perfectas y accesorios adecuados; en los días de su aprendizaje de taller la ingeniería mecánica había progresado gran trecho desde los tiempos en que Stephenson se consideraba dichoso con tal de que los émbolos de su Rocket ajustaran en los cilindros con una holgura de media pulgada tan sólo.

No obstante, halagado por la sublime confianza de Rose y espoleado por la urgencia de la situación, fue persuadiéndose poco a poco, hasta sentirse casi dispuesto a poner la mano en el árbol de la hélice. Luego desechó de pronto la idea,

por absurda. ¡Qué tonto era! Había olvidada la dificultad que tornaba inútil todo el proyecto.

—No —dijo—. No hay caso, Rosie querida. Me olvidaba de lo principal. La hélice no funcionará con una pala de menos.

—Pudo andar un trecho después de rota —arguyó Rose.

—Sí —debió admitir Allnutt—; pero... —suspiró de impaciencia al tener que hablar de mecánica con una persona que nada entendía—. Hay un esfuerzo de torsión —insistió él—; no está equilibrada...

Cualquier mecánico hubiera comprendido cabalmente lo que Allnutt quería significar. Si una hélice de tres palas pierde una, restan solamente dos adheridas a un tercio de la circunferencia del árbol, y nada en los restantes dos tercios. Toda la resistencia opuesta a su rotación bajo el agua queda, por consiguiente, concentrada en un pequeño sector del árbol, tornando imposible el giro del eje. La máquina hubiera sufrido las consecuencias, y el efecto que tendría en un árbol recién salido de manos de un herrero improvisado es más para ser imaginado que descrito. Si aguantara la rotura, pronto quedaría de nuevo como el tirabuzón de la lancha de Allnutt.

—Entonces, será cosa de hacer otra pala —dijo Rose, al fin—. Hay un montón de chapas y cosas que podrás utilizar para ello.

—¿Y atarla con alambre, supongo? —repuso socarronamente Allnutt, quien no pudo contener una amplia sonrisa al ver que la ironía de su observación no había sido captada.

—Sí —dijo Rose—. Si crees que con eso bastaría, de acuerdo. Pero, ¿no podías pegarla de algún modo? «Soldarla». Es así como se dice, ¿no?

—¡Canastos! —exclamó Allnutt—. Eres de lo que no hay, Rosie. De veras que...

La imaginación de Allnutt se solazaba con la idea de forjar una pala de hélice con hierro de desecho para montar luego la remendada hélice en un árbol recalentado, y pretender que *La Reina de África* desafiara así los rápidos. No podía contenerse, y Rose tuvo que reír con él. Allnutt lo veía todo tan cómico que olvidó por unos momentos la seriedad de la situación. Un instante después estaban abrazados —ninguno de ellos sabía cómo había ocurrido—, besándose como puede besarse una pareja el segundo día de su luna de miel. Se amaban, y las sombras de sus cuitas se esfumaron durante un largo rato. De todos modos, Rose volvió a sacar a colación el tema estando Allnutt en sus brazos.

—¿Por qué te reías así cuando hablé de soldar la hélice? —preguntó, seria—. ¿No se dice así? De todas formas, cariño, ya sabes lo que quiero decir, ¿no?

—Sin duda —dijo Allnutt—. Escúchame un momento.

No había manera de neutralizar a Rose, y él hubiera sido la última persona en pretenderlo. Además, el ánimo jovial de Allnutt no podía menos que tomar vuelo bajo la influencia del obstinado optimismo de Rose. El desastre ocurrido lo hubiera

hundido en la más negra desesperación si no la hubiera tenido a su lado — desesperación que, tal vez, se habría traducido en no levantar un dedo para zafarse del aprieto—. Tal y como estaban las cosas, la discusión concluyó con la inevitable aceptación por Allnutt de los disparatados argumentos de Rose y la consabida frase de que «vería lo que se podía hacer»; igual que un marido calzonazos hubiera hecho en la vida civilizada al condescender con los deseos de la esposa de comprar un nuevo tresillo para el salón. Y de esa primera concesión nació la ardua tarea de semanas en que se embarcaron.

El primer rayo de esperanza se presentó ya al dar el primer paso, cuando Allnutt, después de mucho penar bajo el agua y con los pulmones a punto de estallarle, logró desarmar la hélice y subirla a bordo. La pala no se había roto muy a ras del árbol; había dejado un muñón de unos cinco centímetros o más. Le pareció, pues, menos inverosímil que antes añadirle una nueva pala; la hélice era de bronce, desde luego, y como la complementaria tendría que ser de hierro, no había forma de soldarla. Allnutt dejó la hélice y bajó nuevamente para tratar de desarmar el árbol; si éste no permitía una reparación, no valía la pena perder tiempo en aquélla.

Resultó tarea realmente extraordinaria y prolongada liberar el árbol de su emplazamiento, debido, en parte, a la necesidad de utilizar dos pares de manos, uno dentro y otro fuera del casco, y Rose tuvo que aprender previamente el manejo de las llaves y de un extenso código de señales para que Allnutt, sumergido en el agua, bajo la embarcación, pudiera comunicarle las operaciones que había que realizar.

La necesidad de estas señales fue surgiendo a medida que avanzaban las dificultades, y hubo momentos de desesperación antes de que aquello marchara.

El árbol estaba doblado en dos sitios, arriba y abajo de la abrazadera que lo mantenía en posición a unos sesenta centímetros de la salida del casquillo, cerca de la hélice. No había manera de hacerlo deslizar por los cojinetes, ya fuera en una dirección o en otra, según comprobó Allnutt tras un par de intentos. Por lo tanto, tuvo que trabajar con llave y destornillador bajo el agua, desarmando completamente la abrazadera, y, puesto que no la había visto en su vida y teniéndola que reconocer por el tacto, no era de sorprender que le llevara un tiempo agotador. Se paraba al lado de la embarcación, con el destornillador en la mano y la llave al cinto, respiraba profundamente y se sumergía con rapidez, para buscar sin pérdida de tiempo el soporte y trabajar en él durante unos pocos segundos antes de quemar el oxígeno en sus pulmones y tener que salir de nuevo.

La Reina de África estaba amarrada en aguas medianamente tranquilas en el remanso detrás de la saliente, pero un metro o dos más allá discurría una corriente de siete nudos; a veces, algún capricho de ésta se expresaba en un furibundo remolino bajo el agua, que propinaba bandazos a la lancha y volteaba al pobre Allnutt, quien tenía que asirse desesperadamente para no dejarse arrastrar por el recial, desde donde

no hubiera salido con vida. En una de estas remolinadas se le cayó un tornillo, que, como no había manera de suplirlo debía ser necesariamente recuperado. Le llevó buen rato el hurgar entre las piedras debajo del casco para encontrarlo.

Antes de concluir el trabajo, Allnutt había adquirido una sorprendente habilidad para contener el aliento, y como resultado de sumergirse y exponerse al sol repetidamente durante días, acabó pelándose el torso en grandes parches. Fue un momento importante para Rose cuando, doblada sobre el árbol en el fondo de la quilla, vio que éste, finalmente, se deslizaba por los casquillos, y que Allnutt, chorreando agua, salía a un costado con la pieza en las manos.

Allnutt meneaba la cabeza, observando las torceduras que ahora se mostraban claramente a la luz del día —el terminal casi afectaba un ángulo recto—, mas de todos modos no cejó la pareja en su intención de enderezarlo.

La visión de las torceduras trajo en cierto grado un alivio a los temores de Allnutt. El hecho de que el metal se torciera en lugar de romperse, revelaba que su temple era tal que no sufriría mucho con el trabajo de herrero improvisado que Allnutt se disponía a realizar en él... No ignoraba que sus conocimientos del arte de templar metales era sumamente rudimentario. Se resignaba filosóficamente, diciéndose a si mismo que, al fin y al cabo, no estaba tratando una pieza de acero, y que si no empleaba temperaturas absurdamente altas y lo calentaba con cuidado, no habría de perjudicarlo.

Lejos estaban del peligro de usar altas temperaturas, según echarían de ver luego. Sus intentos de hacer carbón se tradujeron en lamentables fracasos. Cuando intentaron repetir lo que habían visto en materia de carbones, se convencieron de que habían mirado sin ver. Todo lo que sacaron de diversas carboneras fueron montones de cenizas blancas y unos tizones de combustión incompleta, que sólo una persona compasiva hubiera llamado carbón. Desesperado, Allnutt resolvió intentar obtener la suficiente temperatura directamente de la leña, aventando la llama con fuelles. Aprestó uno sin mucho trabajo, utilizando un par de tablillas, unos centímetros de tubería y un par de guantes altos de cabritilla, que Rose había guardado en una caja de lata durante sus diez años en África, sin usarlos siquiera una vez. Cuando, al fin, hallaron una estructura adecuada para el hogar de piedras apiladas, Allnutt tuvo la satisfacción de comprobar que, soplando furiosamente con el fuelle, se podía caldear el rígido árbol hasta doblegar su rigidez, golpeándolo con su ligero martillo de mano. Se chamuscaron de lo lindo atizando y removiendo el muy inflamable e inconsistente combustible; el metal se ablandó lo suficiente como para dejarse moldear, mientras Allnutt hacía las paces con el arte de la chapucería.

No obstante, bajo el soplo de los fuelles, que Rose con la cara ardiente, de rodillas, accionaba frenéticamente, aquella fragua abierta consumía leña en un grado increíble. No habían avanzado mucho en su faena, y ya tenían recogido hasta el

último trozo de leña accesible en salientes, entrantes y recodos de las barrancas. Debieron, pues, escalar el despeñadero y entrar en la selva. Allá arriba, el calor abrasaba, fueron atacados por insectos de toda laya, se agotaron y rasgaron sus ropas al abrirse paso entre el matorral. Nadie hubiera podido descender la barranca con una carga de leña al hombro; debieron, pues, arrastrar los hatos hasta el borde y dejarlos caer al río; uno o dos se enredaron en salientes inaccesibles y debieron darlos por perdidos, aunque estuvieran a la vista. Con todo, lograron aprovechar más de la mitad de la leña recogida en la selva.

Detalle singular: vivieron con alegría de niños esos días de raras faenas. El trabajo pesado condecía con ambos, y tan pronto Allnutt se hubo contagiado de la pasión de Rose por completar el trabajo, los unió un interés común todas las horas del día. Y al cabo de la jornada los aguardaba la bendita satisfacción de dejar el trabajo a la caída de la tarde y gozarse en el sentimiento de amistad y camaradería que los acercaba hasta el deseo, y el encuentro ardiente de manos y labios. Rose jamás había experimentado tanta dicha en su vida, ni tal vez tampoco Allnutt. Reían y chanceaban juntos; Rose nunca había jugueteado y reído tanto en sus treinta y tres años de existencia. Su padre se había dedicado a la atención de su tienda, como él —su hermano—, a la religión. No había sospechado antes que la amistad y la broma pudieran ir de la mano con objetivos serios de la vida, como no había sospechado el placer de la carne. Existía el sabor de algo plenamente logrado en esa camaradería.

Poco a poco fue enderezándose el eje torcido. El paciente calentamiento y el incansable martillar rindieron lo esperado. Desaparecidas las torceduras mayores, Allnutt concentró su atención en las menores. Utilizó un cordel tirante para verificar la derecha del árbol, y tan preciso iba saliendo todo, que se preparó un calibre de alambre para medir el diámetro. Llegó finalmente la ansiada mañana en que su sentido de lo exacto estuvo satisfecho; dio la pieza por lo más perfecta que le permitía su artesanía. Pudo así dejarla a un lado y concentrar su atención en la faena infinitamente más penosa de la pala de la hélice.

Utilizó para ésta medio tubo de caldera que tenía de repuesto. El trabajo en el árbol habíale enseñado muchos secretos de práctica de fragua, y la experiencia que luego adquirió con la hélice completó virtualmente su adiestramiento. Bajo el apremio de la necesidad, y con el estímulo que le venía de la inquebrantable fe de Rose en su habilidad, Allnutt improvisó toda suerte de recursos para trabajar aquel tubo de caldera; cabría decir que reinventó una serie de procesos. Soldó un extremo del tubo a una robusta plancha, trabajó en ella, la batió y le dio forma hasta que, poco a poco, fue pareciéndose a las otras dos palas, que eran sus modelos.

La garganta del Ulanga retumbaba con los martillazos. Rose era la atenta y eficiente ayudante. Attendía el fuego, manejaba el fuelle y, con las manos envueltas en trapos, sostenía el extremo sólo nominalmente frío del tubo, siguiendo las

indicaciones de Allnutt. Se le llenaban las narices del olor a tela chamuscada, sus dedos estaban cubiertos de quemaduras y no le quedaban, ni a ella ni a Allnutt, prendas de vestir que no estuviesen chamuscadas y rasgadas; debieron abandonar el vano empeño de cubrir sus cuerpos, hecho del que ella gozó sin rebozo.

Era anhelante su interés por la conformación de la nueva pala; las discusiones entre ambos se sucedían acerca de la mejor manera de zanjar las dificultades que se iban presentando. Allnutt estaba henchido de orgullo y se regodeaba en el placer primitivo de hacer tantas cosas con sus propias manos.

—Si mi padre —dijo Allnutt una vez— me hubiese puesto a herrero cuando chico, estoy seguro que nunca habría venido a África. ¡Vaya! Quizá sí...

Allnutt dejó que su imaginación lo transportara a un barrio de tiendas para obreros de Londres, un sábado por la noche, fragante de olor a pescado frito, deslumbrante de luces y atestado de gentío. Experimentó una emoción de nostalgia antes de volver a la realidad del desfiladero, con sus rocas de color rojo pálido, el río vocinglero, la luz deslumbrante, *La Reina de África* meciéndose en el remanso y a Rose a su lado.

—Pero entonces no me habría encontrado contigo, querida Rose —prosiguió. Palpó el embrión de la pala de hélice—. Ni hubiera hecho todo esto. Vale la pena; claro que lo vale.

Allnutt no hubiera cambiado a Rose por todos los puestos de pescado frito del mundo.

Pronto la nueva pieza exigió mediciones y calibraciones precisas, tanto era lo que se asemejaba ya a sus compañeras. Allnutt debió inventar y construir nuevos calibres de singular conformación para tener la certeza de que reproducía con exactitud la curvatura y el contorno de las palas, y antes de dar acabada esta parte del trabajo, dirigió su atención al otro lado de la pieza, preparando un zócalo para ajustar sobre el muñón roto y practicando perforaciones para abulonar el complemento. Llegó al fin el instante de insertar la nueva pala en el zócalo, y Rose pudo presenciar una demostración práctica de remachado; Allnutt había hecho los remaches con trozos de clavos gruesos, y le correspondió a ella un arduo rato oficiando de «aguantadora».

Ya estaba la nueva pala en posición, exacta copia de la desaparecida y, aparentemente segura a los ojos de Allnutt, pero él no se dio por satisfecho. Conocía la torsión ejercida sobre una pala de hélice en rápida rotación, y el resultante esfuerzo de la base sobre la precaria junta. A riesgo de reducir la eficiencia de la hélice misma, unió las tres paletas mediante una serie de triángulos hechos con alambres retorcidos. Con ello lograría distribuir el esfuerzo a toda la hélice.

—Con esto debería andar —dijo Allnutt—. Esperemos que lo haga.

El montar la hélice en el árbol, colocar éste en los casquillos, y volver a su sitio la pieza entera, requirió un nuevo período de actividad subacuática.

—Pobre de mí —dijo Allnutt, saliendo chorreando agua por el costado de *La Reina de África*—; debí meterme a buzo, no a maldito herrero. Dame la otra llave, Rosie, le echaremos otra mano.

Allnutt estaba ya muy en el corazón de Rosie, y sus salidas le sabían llenas de humor.

Una vez que el árbol y la hélice estuvieran montados en su sitio, no habría manera de ensayar su funcionamiento, y al soltar las amarras, quedarían a la merced de la correntada lo quisiesen o no. Allnutt levantó vapor en la caldera e hizo girar la hélice unas cuantas revoluciones, hasta que los cabos de las amarras adquirieron la tensión necesaria; luego pasó a popa, para unas revoluciones más. Sabía ahora que árbol y hélice giraban, mas distaba de ser final y segura la prueba. No sabía por ejemplo, si la hélice soportaría el esfuerzo máximo, ni si el árbol no se pandearía bajo el ímpetu de un golpe de vapor. Eso tendrían que averiguarlo entre los rápidos y las cascadas, con una muerte segura si el trabajo de Allnutt fallaba en ese trance.

La noche anterior, ambos habían imaginado esa situación, pero ni uno ni otro la había mencionado. Abrazados, húmedos los ojos de Rose, sintiéndolo a él ávido y poseedor.

Cada uno se consumía en el temor de perder el otro. Por la mañana habían reconocido el peligro tácitamente, bien que sin comentarlo. Con la presión a punto, la carga de leña completa, estaban prontos para la partida. Allnutt miró en torno, por última vez, a la fragua hecha de piedras superpuestas, a su yunque, también pétreo, al montón de cenizas que marcaba el lugar de una de sus fracasadas carboneras. Volvióse hacia ella, erguida y con los ojos abiertos junto al timón; Rose no podía hablar, atinaba tan sólo a menear la cabeza.

Sin agregar palabra, Allnutt soltó los cabos y mantuvo *La Reina de África* dominada con el bichero, en tanto Rose escrutaba la ruta a seguir.

—¡Vamos! —exclamó Rose, y su voz restalló al proferir la orden. Mas el sonido apenas alcanzó el oído de Allnutt, ahogado por el rumor de las aguas y el silbido del vapor.

Allnutt empujó con el bichero para desatracar, y no bien la proa se halló sobre la correntada, abrió el regulador.

—Adiós, cariño —dijo Allnutt, doblado sobre la máquina.

—Adiós, amor —dijo Rose, atenta al timón.

No oyeron el saludo, ni desearon que se oyera; un sublime valor los animaba.

La Reina de África se introdujo cabeceando en el torrente arrollador. Por un instante, creyeron ambos que algo grave sucedía al no oírse el matraqueo del árbol: estaba más derecho que antes del desastre. Árbol y hélice recibieron firmes los embates de la correntada. La lancha viró al enfrentarse de proa con el recial, y Rose maniobró con destreza. Al instante ya estaban nuevamente como volando en alas de

la corriente, la mirada de Allnutt fija en la máquina y Rose al timón, avizorando serena, escogiendo el derrotero entre las montañas de espuma de la cascada que rugía delante.

CAPÍTULO IX

Ese día pasaron el punto donde el río Ulanga cambia de nombre para tomar el de Bora. El sitio exacto no está marcado en ningún mapa, por la sencilla razón de que no se ha levantado aún un mapa de la región, salvo los burdos croquis trazados por Spengler. Antes de que Spengler y sus remeros swahilis logaran bajar el río en canoa, nadie sabía, aunque lo sospechara, que el caudaloso y arrollador curso que recorría el altiplano y desaparecía en las gargantas de Shona, era el mismo que resurgía en la enmarañada jungla de valle de la Gran Falla, a unas cien millas de Shona, para perderse luego en el vasto delta que se había formado en la ribera del lago.

A la población nativa nunca le había preocupado el asunto, hasta que llegaron los alemanes. El delta del Bora era, a la sazón, un pantano infestado de malaria; los rápidos del Ulanga eran lo que Allnutt y Rose acababan de reconocer. Ninguna persona cuerda hubiera perdido un minuto de tiempo en cualquiera de ellos, y puesto que no había vínculo practicable entre el curso superior y el inferior, carecía de importancia el que llevaran diferentes nombres.

Al fin y al cabo, la diferencia toponímica se justificaba por la diferencia de carácter. Era fácil advertir la diferencia entre el lecho escarpado del valle de la Gran Falla y el lecho bajo cerca del lago. Disminuía la velocidad de la corriente, y las barrancas que la canalizaban cambiaban asimismo.

Ha de saberse que el Ulanga, con su corriente arrolladora, se carga de toda clase de detritos, y acarrea consigo el fondo del cauce. Al llegar al llano, toda esa materia en suspensión se deposita en forma de fango o grava; el río ensancha su lecho, se puebla de islas, halla para sí nuevas rutas cenagosas. Se supone que al formarse, el lago debería haberse acercado a las estribaciones del valle de la Gran Falla para descansar en ellas; mas durante una eternidad de siglos, el Ulanga —el Bora, según debemos llamarlo ahora— fue depositando sus masas de tierra en el límite de sus aguas, hasta formar un delta inmenso, de unas treinta millas de lado por cada una de sus tres aristas, que se vuelca en el lago, en un terreno sombrío, pantanoso, anfibio, mitad ciénaga negra y mitad agua, despidiendo miasmas en el vaho del calor tropical, cubierto de densa vegetación, virtualmente sin vida animal e infestado de insectos pestíferos.

Rose y Allnutt no tardaron en advertir que la transición era inminente. En un largo trecho, la correntada no amainaba, y el caudal era irregular, pero las barrancas que lo canalizaban bajaban rápidamente de elevación, haciéndose menos escarpadas, hasta desembocar en un valle plano, cubierto por una selva enredada de trepadoras.

Al salir de la sombra, el sol los golpeó con abrumadora violencia, como no lo habían sentido ciertamente en los desfiladeros del curso superior. El calor era insoportable. A pesar de estar en rápido movimiento de avance en aquella atmósfera sofocante, pronto se vieron bañados por un sudor renuente a evaporarse, que se escurría por el cuerpo, formando charcos en el suelo o corriendo en arroyuelos, que les entraba por los ojos, irritándolos.

Rose se enjugaba la cara mientras maniobraba *La Reina de África* por el último tramo de rápidos, no ya por las cascadas bramantes que conociera más arriba, sino por un canal ancho y poco profundo, donde el agua corría con reciedumbre engañadora, y donde los troncos de árboles y los bajíos tomaban el lugar de las rocas coronadas de espuma. Era siempre menester el cálculo rápido y la maniobra experta, porque los bajíos surgían de pronto en medio del cauce y los hondos canales se abrían en dos o tres cauces, la corriente ganaba en reciedumbre y perdía calado a cada paso, hasta que, una vez pasada la capa rocosa, el caudal, escurriéndose sobre un escarpado filo de roca, se convertía en agua relativamente profunda y de curso bastante lento.

El cambio de color del río y nuevas señales de peligro, en forma de rutilantes escarceos del agua, anunciaron a Rose tras un corto respiro una nueva serie de bajos inminentes; debió, pues, planear un curso para una media milla, ensartando lechos de suficiente calado, como a través de un laberinto, hasta la lejana línea del límite con el agua tranquila. Tenía aprendido lo suficiente ya para saber que si elegía un canal que muriera en algún bajo torrentoso se verían arrastrados hasta varar en el fondo, con la hélice y el árbol dañados de nuevo, y, probablemente, dada la fuerza de la corriente, la embarcación se vería virada en redondo, sepultada por las aguas caudalosas, tumbada y hecha pedazos, en tanto ella y Charlie... No permitía que su mente se detuviera en conjeturas, pero fijaba su atención, cejijunta, atendiendo a que los canales elegidos no terminaran en una trampa.

El tiempo cambió tan repentinamente como el valle de la Gran Falla. El cielo se cubrió de enormes nubarrones negros, intensificando la humedad del calor hasta tornarlos sofocante. Pronto comenzaron los relámpagos y truenos, y el fuerte aguacero que se desencadenó borró el paisaje, a modo de espesa bruma. Al primer amago de temporal, Rose había comenzado a acostar *La Reina de África* a la ribera, y ya caían los primeros goterones cuando Allnutt logró enganchar el bichero en el tronco de un grueso árbol que, casi sin vida, se mantenía precariamente en el filo del cauce con la mitad de sus raíces descubiertas. El río le había roído la tierra alrededor, dejándolo como una isla coronada de agua oscura y torrentosa; atraídos por las amarras a ese fondeadero, hicieron puerto allí hasta la terminación del temporal.

La luz era gris y amenazadora, el trueno rugía sin cesar, acompañado por el ininterrumpido guiño del relámpago. No obstante, el tamborileo de la lluvia sobre la embarcación y el mugido del río eran tan altos como el propio trueno. El agua

golpeaba a la pareja sin piedad, anonadándola. Carecían hasta del toldo, que les hubiera podido brindar su precario abrigo. Todo cuanto pudieron hacer fue sentarse a esperar, experimentando una sensación parecida a la de estar bajo una potente ducha tibia que ni siquiera les permitía abrir los ojos.

El viento cálido que azotaba a la lluvia zarandeaba a *La Reina de África* en torno a sus amarras a pesar de la fuerza de la corriente, y, antes de que el nublado hubiera concluido, soplaba desde dos tercios de la rosa de los vientos, sacudiendo peligrosamente la lancha, de tal modo que Allnutt, enceguecido y anonadado como estaba, debió utilizar el bichero para mantener la embarcación a distancia de la orilla ya que corría riesgo de ser golpeada, poniendo así en peligro el árbol y la hélice. El temporal pasó tan de súbito como había comenzado, el viento amainó, y el sol de primera tarde convirtió la superficie del río en una caldera de vapor; Allnutt y Rose tuvieron que armar la bomba de achique y sacar el agua, que inundaba el piso.

Tras el cese de la lluvia llegaron los mosquitos: en enjambres, sedientos de sangre, llenando el aire con sus zumbidos gemebundos. Ni siquiera el conocimiento que de estas plagas habían dado a Rose y a Allnutt tantos años de residencia en el curso superior del río, les sirvió para combatir el ataque de las especies del valle inferior. Eran diez, veinte veces más insidiosos y crueles que los del Ulanga; además, su relativa ausencia en las hondas gargantas les había hecho perder el hábito, tornándolos más susceptibles aún. Los atacó un nuevo género de mosca, negra y diminuta, que picaba como una aguja candente y dejaba una gota de sangre en cada picadura; tan numerosas eran como cualquiera de las decenas de especies de moscas y mosquitos que, formando enjambre, zumbaban en torno de la embarcación, dándoles en los ojos y entrándoles en las narices y la boca, clavándose en cualquier pedazo de piel descubierta. Era un verdadero tormento estar vivo.

Ni con la llegada del anochecer y la oscuridad que descendió de repente sobre el lugar se debilitaron sus ataques. Parecía imposible pretender pegar un ojo en aquel infierno de calor pegajoso, bajo la tortura constante de tantos demonios alados. El recuerdo de la agradable frescura de la noche anterior, de la cama libre de insectos, acostados lado a lado en dichosa intimidad, parecía la vaga reminiscencia de un sueño lejano. Esa noche rehuían el contacto, retorciéndose en la molesta yacija como sobre un asador. El sueño parecía inconciliable y, sin embargo, ambos estaban agotados por las peripecias y la agitación del día.

A cierta hora de la noche, Allnutt se levantó y comenzó a moverse en busca de algo.

—¡Eh! —dijo—, probemos esto. Rosie. No podrá ser peor que lo que tenemos.

Había encontrado la vieja lona de la toldilla, que tendió sobre ambos, aunque con la casi certeza de que se sofocarían allí debajo. Se envolvieron las cabezas, chorreando transpiración y respirando con dificultad. Mas el calor era más soportable

que los insectos. Lograron dormirse al fin, medio cocidos y medio sofocados; y al despertar con el clarear del día, sintieron las cabezas doloridas, entumecidas las articulaciones y las gargantas tan secas y constreñidas que no les permitían tragar la saliva. Los mosquitos seguían atacando. Tuvieron que empantanarse en la ciénaga miasmática para conseguir leña, a pesar de que sólo articular los miembros era penoso de por sí; les llevó una media docena de viajes hacer que *La Reina de África* estuviera provista de combustible como para otra jornada. El sol ardía tanto ya a esa hora que las tablas del piso de la embarcación escocían en las plantas de los pies, y sólo las callosas manos de Allnutt podían tocar los objetos metálicos. No comprendía Rose cómo aquel hombre podía soportar los rayos del sol además del calor que despedía la caldera; a ella le sobraba con las ráfagas que le llegaban de la caldera, como lenguas de fuego.

No obstante, el retomar la marcha trajo algún alivio. La velocidad de *La Reina de África* era suficiente como para dejar atrás los enjambres, y una vez en medio del cauce, de una anchura de media milla, estuvieron libres de las malditas plagas. Siquiera por esa ventaja valía la pena soportar el martilleo del sol.

Iba haciéndose notorio rápidamente un cambio en el carácter del río y de las riberas. El agua, que había recuperado el tinte pardo familiar del valle superior, iba tornándose más y más oscura, hasta lanzar reflejos casi negros. La corriente era harto más lenta, y a media mañana salvaron el último de los rápidos del tipo que habían encontrado con tanta frecuencia el día anterior. Eso indicaba el último costurón a lo ancho del lecho del río; era evidente que habían bajado al fondo del valle. No amenazaban ya los troncos y otros obstáculos semisumergidos; el río alcanzaba una hondura considerable. Con su media milla de anchura y veinte metros de profundidad, la corriente debía por fuerza amainar hasta tornarse casi imperceptible, aunque un ingeniero de hidráulica hubiera dicho que el volumen de agua que pasaba por un determinado punto en un tiempo dado, equivalía al que fluía antes allá arriba por entre los barrancos casi juntas.

Ambas riberas se presentaban ahora bordeadas de cañas de papiro y juncos; un poco más hacia tierra adentro, anchas fajas de otras cañas indicaban los cenagales, y más lejos aún, se levantaba la selva, negra e impenetrable. En el centro del curso del río reinaba absoluto silencio, fuera del ruido de la máquina y del chapaleo de las olas; *La Reina de África* abría un ancho surco en el agua negra, bajo un sol abrasador. En ese inmenso espejo de agua les parecía navegar a la velocidad de una babosa; el río hacía codos que llevaba horas enteras el salvarlos... vueltas sin motivo aparente, puesto que las riberas no cambiaban su chata monotonía.

Aunque no había ya necesidad de cuidarse de obstáculos ocultos ni de rápidos, era menester, de parte de Rose, mantener cierto grado de atención. La superficie del río presentaba, de trecho en trecho, manchas consistentes en objetos flotantes,

hojarasca, ramas, troncos y cañas y juncos, que podían dañar la hélice; la corriente era allí demasiado lenta como para arrojar esos estorbos a la orilla. Era, en cierto modo, un alivio, dentro de la monotonía del manejo, observar la aparición de troncos que flotaban casi sumergidos; pronto Rose comenzó a timonear para aproximarse a cada sucesiva masa flotante, permitiendo que Allnutt recogiese aquellos trozos de leña de tamaño adecuado para quemar en el hogar. Ello satisfacía de un modo inefable el sentido de economía innato en Rose, ya que así tornaba *La Reina de África* aún más independiente de tierra firme; en verdad, según se decía a sí misma, convenía mantener la carga de leña lo más completa posible, en vista de la naturaleza cenagosa y casi inaccesible de las márgenes. El combustible que de este modo recogían era suficiente para cubrir el consumo, aunque no tanto como para dejar intacta la pila inicial.

Ya la monótona jornada de sol y río iba tocando a su fin. Allnutt se corrió a popa con una idea luminosa:

—No necesitamos arrimarnos a la orilla esta noche, Rosie —dijo—. Éste es un fondo fangoso y podemos echar otra vez el ancla. Voto por fondear aquí. Los mosquitos no nos van a encontrar en medio del río. Creo que no queremos otra noche como la pasada, si podemos evitarla.

—¿Fondear aquí? —dijo Rose. No se le había ocurrido tal posibilidad. Cinco metros había sido la mayor distancia que los había separado de la orilla al pernoctar en algún brazo de río en el curso superior. Le parecía singular detenerse en medio de la corriente, a unos cuatrocientos metros de tierra, pero tampoco veía ninguna razón en contra.

—De acuerdo —repuso ella, luego de reflexionar unos instantes.

—Entonces echo más leña, y ¿dónde...?

«Anclamos» iba a decir Allnutt, pero no tuvo tiempo de pronunciar la palabra: una crisis de orden menor en la máquina reclamó su repentina atención. Una vez al lado de ella, volvióse para dirigir a Rose una sonrisa tranquilizadora.

El golpe del émbolo fue haciéndose poco a poco más lento, y la marcha de *La Reina de África* fue disminuyendo, hasta tornarse casi imperceptible. Allnutt se adelantó a proa y soltó el ancla, que arrastró tras de sí la cadena, cuyo estruendo infernal reverberó por el río, ahuyentando a bandadas de pájaros en sus márgenes.

—No estoy seguro si toca el fondo —dijo Allnutt resignadamente—. Pero no importa. Si derivamos, el ancla nos detendrá antes de que la corriente nos lleve contra algún obstáculo. Nada hay que nos pueda hacer daño en veinte metros de agua a la redonda. Ahora, por el amor de Cristo, busquemos algún medio de conseguir un poco de sombra. He visto tanto este sol, que me sobra para toda mi vida.

Aunque el día tocaba a su término, el sol seguía golpeando cruelmente con sus rayos abrasadores; Allnutt tendió los restos de la lona sobre sus cabezas, y una

alfombra entre los puntales de la toldilla. Tuvieron así un jirón de sombra a popa, donde poder recostarse con los ojos a salvo del del enceguedor reflejo solar. Según Allnutt habla vaticinado, el sitio estaba casi libre de mosquitos; los pocos que los molestaban pasaban casi desapercibidos para quienes habían luchado con millones de ellos la noche anterior.

Rose y Allnutt pudieron tolerar, una vez más, el contacto de sus cuerpos; pudieron besarse y dormir abrazados. Rose atrajo hacia su pecho la cabeza de Allnutt y lo estrechó en un nuevo arretrato de pasión. Más tarde, sosegados sus ímpetus, pudieron conversar pacíficamente, en tono íntimo, como convenía al silencio sobrecogedor del río.

—Bien —dijo Allnutt—. Lo hemos hecho, Rosie. Bajamos el Ulanga, al fin. No lo creía, sinceramente... Fuiste tú quien lo quiso. De no haber sido por ti, mi dulce corazón, no estaríamos aquí a estas horas. ¿No te sientes orgullosa de ti misma, querida?

—No —exclamó Rose con vehemencia—. Desde luego que no. Fuiste tú. Basta con mirar cómo arreglaste la máquina y la hélice. Eso no lo hice yo, ¡no!

Rose tenía plena conciencia de lo que decía. A decir verdad, comenzaba a olvidar el tiempo en que Allnutt había flaqueado, y ella había tenido que apelar al silencio para forzarlo a continuar el viaje. En cierto modo, podía excusarle su actitud, puesto que tantas cosas habían acaecido desde entonces; si Rose no hubiera llevado la cuenta de que habían transcurrido apenas tres semanas desde el comienzo de la aventura, habría calculado que llevaban al menos tres meses navegando. Mas su olvido se debía a otra causa; olvidaba porque así lo quería. Ahora que tenía un hombre, suyo, le parecía innatural el haber olvidado su femineidad hasta el punto de dirigir planes, doblegar a Allnutt y otras cosas. Era a Charlie a quien correspondía el mérito de todo.

—No creo —dijo Rose, plenamente persuadida de cuanto afirmaba— que otro hombre hubiera hecho lo que tú.

—No creo que otro lo hubiera intentado —corrigió Allnutt, lo cual pareció muy de buen tono para Rose, quien sonrió satisfecha.

—Tendremos una buena cena esta noche —dijo Rose, levantándose de su asiento—. No, no te muevas, querido. Quédate tranquilo y fúmate tu apetecido pitillo.

Fue sabrosa la cena: todos los exquisitos bocados en conserva que el gerente belga de la mina recibía quincenalmente con las provisiones: sopa de tomate, langostas, espárragos, una lata de damascos en leche condensada y una de bizcochos. Abrieron una latita de paté de *foie gras*, mas como no les gustase a ninguno de los dos, por mutuo consentimiento, la lata a medio consumir fue a parar al río. Y luego, sorbiendo té, se sintieron persuadidos de que habían cenado opíparamente. Perteneían a la generación y a la clase educadas en la idea de que toda comida realmente escogida debía salir de latas, y sus años en África no los habían hecho

cambiar de opinión.

Al envolverlos la noche, el río se extendió por ambas bandas de la embarcación, inmensurable y dilatado a la luz de las estrellas. El agua semejaba cristal negro, sin escarceo en la superficie, y hondo; las estrellas brillaban en su interior como objetos reales. Cayeron ambos en un estado de ensoñación, en el que se sintieron como suspendidos en el aire, con estrellas arriba y estrellas abajo; el suave balanceo de la embarcación, al compás del movimiento que ellos le impartían, acentuaba la ilusión.

—Amor mío —dijo Allnutt, la cabeza apoyada en el hueco del hombro de Rose—. ¿No es divino esto?

Rose convino en la apreciación con un gruñidito.

A pesar de esa paz hipnótica, a pesar del amor que el uno sentía por el otro, en los corazones de ambos se mantenía firme la idea de la guerra. La elevada resolución de limpiar el lago de los enemigos de Inglaterra, bien que callada, ardía en el pecho de Rose con una llama más viva que nunca. Von Hanneken no permanecería mucho tiempo más flameando la bandera con la cruz de hierro en el lago Wittelbash si estaba en su mano el impedirlo. De rato en rato, pensaba con calmosa confianza, en aquellos cilindros de gas y en las cajas de explosivos allí en la proa, así como en otras circunstancias hubiera pensado en un armario con un estante repleto de jabón reservado y listo para el lavado primaveral. No había prosopopeya en su pretensión, ni deseo de oscurecer la fama de Florence Nightingale, Grace Darling o Juana de Arco. Era un deber que se había impuesto, comparable con el femenino quehacer de lavar platos. Rose no le pedía a la vida más que algo que hacer.

En cuanto a los pormenores, correspondía a Charlie cuidar de ellos... Mechas y explosivos eran cosas de hombre. Charlie se encargaría de ellos, y lo haría todo bien. Era, pues, un gesto perfectamente natural que, al pensar en la capacidad de Charlie para armar un torpedo, lo estrechara más frenéticamente aún, obteniendo de él, por toda respuesta, un gruñido de pacífica satisfacción.

Nacido para obedecer, no le quedaba a Allnutt voluntad propia. La poca que había tenido habíase esfumado al segundo día de bajar por los rápidos del Ulanga, cuando Rose le había abierto milagrosamente sus brazos. Estaba contento con tener alguien a quien admirar y obedecer. Aun cuando Rose no estuviera picada por la vanidad de emular a Juana de Arco, se le parecía en el poder que ejercía sobre su compañero. Los últimos días transcurridos a su lado, Allnutt los había vivido como embrujado. El ánimo impávido con que ella desafiaba la violenta corriente ejercían en él una fascinación irresistible.

Persistía en su retina mental el cuadro, una composición de cientos de miradas ansiosas por encima de sus hombros, de Rose frente al timón, vigilante e impávida entre el rumor frenético de las cascadas; era el denuedo, no la atención, lo que le había impresionado más profundamente. Ni al romperse la hélice se había

desmoralizado: la fe de Rose no había sufrido un punto ni siquiera entonces. No había dudado un instante de la capacidad de él en repararla, y he ahí el resultado: tenía razón. Allnutt estaba seguro, a esas horas, de que Rose tenía razón una vez más en el propósito de torpedear la *Königin Luise*, y estaba asimismo pronto a seguirla en cualquier aventura, por descabellada que le pareciese.

La intimidad en la que ella lo admitía, su ternura para con él, contribuían a crearle ese estado de ánimo. Ninguna otra mujer había sido tan tierna en la vida de Charlie Allnutt: ni su alcoholizada madre, ni las mujerzuelas de East End, ni las esclavas prostitutas de Port Said, ni siquiera Carrie, la amante negra de la mina, por quien se creía traicionado con los sucios peones nativos. Rose era dulce, tierna y maternal, y en todas estas cualidades era distinta de las otras. Estando junto a ella podía dejar de pensar en sus cuitas. Qué le importaba ahora el ser un fracasado, si ella era indulgente con él y se abstenía de reprochárselo.

Cuando ella estrechaba el abrazo, le daba una seguridad aún más plena en sí mismo, y su beso le traía paz y confortación.

CAPÍTULO X

Al descanso de la noche sucedió la febril actividad del día. No bien el sol hubo escalado las copas más altas de la selva, comenzó a derramar fuego con loca violencia sobre la pequeña embarcación perdida en la inmensidad del río. Era menester atender sin pérdida de tiempo a este aspecto de la situación. La molestia de la inmovilidad bajo el sol hizo que la reacción inmediata de la pareja fuesen los preparativos para buscar un lugar menos bochornoso, aun conociendo por experiencia el escaso alivio que les traería el movimiento... El efecto podía ser contraproducente, debido a la necesidad de encender el hogar de la caldera.

Continuaron bajando el anchuroso río negro. Todo allí era silencio y quietud; al acercarse, la superficie se tornaba brillante, con reflejos azogados. Tras su paso, la estela dejaba una cuña de agua alborotada, que se abría casi hasta donde alcanzaba la mirada, para morir, al fin, en las márgenes pobladas de juncos. Continuaron avanzando en medio de una atmósfera sofocante, torciendo sin cesar el rumbo por los vanos recodos del curso. Había una calígene que tornaba la distancia irreal e indistinta.

Rose dirigió *La Reina de África* hacia una nueva curva. La vaharina era allí más espesa; no podía determinar si, al cabo de ese trecho, el río giraba a la izquierda o a la derecha. Mas poco importaba ya; el curso era ancho y profundo. Serena, se mantenía en medio de la corriente, a un cuarto de milla de ambas orillas. Estaba así segura de advertir a tiempo la dirección de la próxima vuelta.

Muy lentamente, fue advirtiendo que el lecho del río se había ensanchado. En esa caliginosa atmósfera las márgenes parecían estar lo mismo a media que a un cuarto de milla de distancia. No cabía duda, empero, de que ambas orillas se habían alejado. Sin preocuparse, Rose mantuvo *La Reina de África* en el rumbo elegido, con la proa apuntada hacia la selva indistinta de enfrente, segura de que pronto se abriría ante ella el siguiente trecho recto.

Mas iba ya para media hora de navegación y no divisaba el cambio de dirección. Estaban ya sobre el verde oscuro de la selva y la faja verde brillante de juncales. Rose alcanzaba a dominar con cierta precisión una vasta extensión que no ofrecía una solución de continuidad. Al llegar a la conclusión de que el curso habíase vuelto casi sobre sí mismo, giró el timón a estribor para acercarse de nuevo a la margen izquierda. El paisaje no ofrecía ningún goce estético; no había allí sino la ininterrumpida faja de cañas y juncos y la selva eterna; además, algo en la línea del horizonte parecía sugerirle que el río no tenía por ese lado camino de salida.

Hubo un instante en que acudió a su mente la idea de que el río moría en ese

paraje, mas la dejó en seguida de lado por inverosímil. Los ríos mueren así cuando se pierden en las arenas del desierto, y no en comarcas lluviosas como ésa. Estaban en el África Oriental alemana, no en el Sahara. Giró la cabeza para contemplar la ruta recorrida, pero el último trecho de cauce relativamente angosto había quedado unas tres millas atrás, bajo en el horizonte indistinto, envuelto en la bruma.

Un solo camino prometía una solución. Volvió a girar el timón para dirigir a *La Reina de África* directamente hacia el borde de la franja de juncos. Si navegaba pegada a la orilla, no tardaría en descubrir el río, dondequiera que éste desembocase.

—¿Crees que éste es el delta, cariño? —exclamó Allnutt. Estaba de pie en la borda, observando el inmenso espejo del agua.

—No sé —contestó Rose, y agregó, obstinada—: Pronto lo sabrás.

Su noción de un delta era la de un dédalo de canales e islas, no un ancho lago de nueve kilómetros y sin salida a la vista.

Navegaron largo rato sin apartarse de los juncales. De pronto los ojos de Rose, adiestrados en largas jornadas de observar la superficie, advirtieron un cambio en el carácter del curso. El color negro del agua era aquí diferente, más subido que antes. Era un líquido sin vida, estancado. Largas franjas caracoleantes en la superficie indicaban algún remolino infinitamente lento en profundidad. Los objetos flotantes, troncos y ramas, abundaban más que en otros sitios. Parecía, en realidad, que todas las señales anunciaran la muerte del río, desafiando todas las leyes conocidas de la naturaleza.

—No acierto a figurarme dónde diablos nos hemos metido —dijo Allnutt—. De todos modos, hay aquí un montón de leña seca. Paremos y carguemos lo que podamos.

No era tarea fácil recoger una carga completa de combustible de todas las clases que Allnutt buscaba, desde las ramas resacas capaces de dar una súbita llama viva, hasta los trozos sólidos productores de brasa duradera. Allnutt pescaba la leña en el agua, levantando mosquitos, que aun aquí, a una milla de tierra firme, abundaban; alborotaba a una inmensa fauna semiacuática, al levantar la leña a bordo. La hachó para dejarla en trozos adecuados, como mejor podía, en la embarcación, y la puso a secar sobre las tablas del piso. Un par de horas de aquel sol endiablado sobraron para orear y convertir en elementos de fácil combustión hasta aquellos trozos saturados de humedad.

—Creo que ya tenemos bastante, Rosie —dijo Allnutt al cabo.

Continuaron su itinerario rozando las cañas. Rose no ignoraba que estaba llevando el timón a babor. Había que describir una amplia curva por la orilla del lago; una mirada al sol le indicó que estaban llevando una orientación casi opuesta a la que les había servido de entrada. Por la margen izquierda la franja de cañas se ensanchaba tanto por momentos que la selva casi quedaba fuera del alcance de la vista. No

obstante, puesto que todo río con un cauce de media milla de ancho tiene que rematar en algo, Rose avanzaba confiada, aunque con la incertidumbre de recibir de un momento a otro alguna sorpresa. Detalle extraño: aquello continuaba sin cambios al correr de la tarde. Aparecía de tanto en tanto algún angosto canal a través de las cañas, mas eran apenas zanjones cubiertos de vegetación. No eran pasos limpios de juncos y cañas, sino que la vegetación era allí más rala, siendo tal vez puntos donde el cauce era más hondo y sólo los tallos más altos alcanzaban a asomar fuera del agua. La selva estaba demasiado distante y densa para que pudiera servir de indicación.

La única interrupción de la monotonía del viaje fue la aparición de una manada de hipopótamos, unos veinte en total, que huyeron aterrorizados a ocultarse entre las cañas, hasta que, para quedar a cubierto de toda contingencia, desaparecieron bajo la superficie, borrando toda señal de su existencia. Rose se dejó distraer apenas un instante por las bestias. El problema del extraordinario comportamiento del río la tenía absorta en conjeturas. Tenía el timón aún a babor para navegar a prudente distancia de la orilla. Por la orientación solar supo que se hallaban sobre la misma línea que cuando había notado por primera vez el ensanchamiento del río: habían navegado describiendo un círculo casi completo.

Para confirmar esta opinión, dirigió la mirada a estribor, a la margen opuesta, que hasta un cuarto de hora antes quedaba casi fuera del alcance de la vista, y que se acercaba ahora por momentos; al cabo de otros diez minutos, la triste sospecha quedaba confirmada. Estaban de regreso a la boca del río, en el punto de entrada al lago. No había sino que girar el timón a estribor para enfrenar la corriente y los rápidos de donde habían salido. Fue para Rose un momento de desagradable sorpresa. Un par de semanas antes hubiera llorado de humillación y desencanto, mas sus fibras se habían acorado entretanto; tras tantas peripecias, los ríos africanos ya no la amedrentaban.

Su error era perfectamente excusable, ya que el itinerario del Bora y de algunos otros cursos que desaguan en el lago Wittelsbach es extravagante, a consecuencia de la abundante vegetación acuática del África tropical. Los riachos del delta del Bora son angostos, embancados de sedimentos, dragados apenas por una leve corriente, condición ideal en ese clima para la proliferación de la vegetación acuática. Los cauces están, pues, casi obstruidos con cañas y carrizos y la corriente reducida a estancarse, haciendo que el río se halle represado en su desembocadura.

Como consecuencia de esta situación el curso queda aprisionado, formando una laguna detrás de su delta. El pequeño aumento de fuerza del caudal que finalmente se produce, constriñe al agua a salir de su lecho por zanjones que serpentean por el delta en vías de precaria formación; la laguna misma aumenta de extensión con el firme aporte del río, hasta que, finalmente, debe doblar el flanco del delta por uno u otro

lado, y forzar un paso de retorno al lago, formando una nueva desembocadura. Allí se hundió el nivel del lecho de la laguna, la corriente disminuye de velocidad a través de este nuevo curso, y todo el proceso vuelve a repetirse, de modo que, con el andar de los siglos, el delta se agranda por todos sus lados.

En el año 1914, cuando Rose y Allnutt bajaron el Ulanga, hacía quince años que el Bora había abierto una nueva desembocadura, la laguna cubría casi su máxima extensión y los pocos y tortuosos riachos que seguían aún abiertos estaban cubiertos de vegetación; no había, pues, nada de extraño en que Rose dejara de advertirlos. No era Rose tan tonta como en ese momento creía serlo.

En cierto modo, la estupidez de Allnutt le traía alivio. Él, absorto en la supervisión de la marcha de la máquina, había apenas prestado atención al derrotero seguido. Cuando Rose le gritó que parara la máquina se mostró sorprendido. Paseando la mirada por las dilatadas orillas, no atinaba a reconocerlas. Creyó que Rose había hallado una salida al lago, al cual hubiera entrado por una boca desconocida. Sólo cuando ella le pidió que echara el ancla para dar fondo, y le indicó que la leve corriente que apenas se percibía corría en dirección opuesta a la que debían seguir, admitió su error.

—Todas estas malditas orillas son iguales para mí —observó.

—Así me parece a mí también —dijo Rose, harto decepcionada, mas Allnutt no perdió su alegre optimismo.

—De todos modos —comentó Allnutt—, aquí hemos llegado. Tenemos un fondeadero para la noche, Rosie. Sin mosquitos. Pongámonos cómodos y olvidemos estas cosas hasta mañana.

—Muy bien —dijo Rose.

No obstante, seguía erguida en la proa, apoyando una mano en el puntal de la toldilla, en tanto tenía la otra a modo de visera, avizorando a través de la laguna la lejana orilla opuesta, envuelta en una calima grisácea.

—Allí debe de estar la salida —se dijo—. Una red de cauces. Noté varios a través de los cañaverales allá donde vimos los hipopótamos y no les hice caso. Mañana nos meteremos en el más promisorio, y de algún modo saldremos. El lago no ha de estar muy lejos.

Si tantos exploradores ingleses hubieran retrocedido a la vista de imposibilidades aparentes, el Imperio Británico no habría llegado ni a la mitad de lo que a la sazón era.

No caracterizaba a esa noche la calma que hiciera tan apacible la anterior. Rose no estaba conforme con lo logrado hasta el omento, y experimentaba la vaga inquietud del piloto desorientado. No estando habituada a los fracasos, sentíase como obligada a pedirse razón a sí misma. Ni siquiera tras dos horas de descanso, a la sombra del reparo que Allnutt había montado tan pacientemente, hicieron recuperar a

Rose su optimismo. Pero crecía en ella la firme determinación de abrirse paso a través del delta a toda costa, o morir en el intento; resolución ésta que endureció sus facciones y tornó su conversación con Allnutt un tanto abstraída. El sueño tardó esa noche en llegar.

No menos molesto era el croar de las ranas entre los cañaverales. Debía haber una colonia de millones de batracios, para quienes, presumiblemente, las aguas estancadas eran convenientes para el desove. Croaban al unísono; Rose alcanzaba a distinguir claramente dos tonos, uno muy bajo, cuyo volumen no sufría alteración, y otro alto, que subía y se esfumaba con monótona irregularidad. A pesar de la distancia de la embarcación, desde los juncales el ruido llegaba hasta allí a ras del agua, y tan fuerte como el de gruesas olas rompiendo contra un arrecife, con parecidas variaciones de tono y volumen. Era un ruido irritante que no cesó en toda la noche.

No molestaba sin embargo a Allnutt, para quien no existía ruido que pudiese turbar su descanso. Su beatífico sueño era, para la vigilia de Rose, tan exasperante como el croar de las ranas. Ella, acostada en un charco de sudor, en una atmósfera sofocante, se sentía molesta, incómoda, nerviosa. Si hubiera sido mujer regañona o tiránica, se habría portado como una arpía a la mañana siguiente, mas su educación austera le impedía entregarse a extravagancias tales como el abuso de poder. Ni siquiera sabía que era capaz de regañar; nunca había gozado del inefable placer de dar rienda suelta al mal humor.

Mostrábase, en cambio, ruda e impaciente, y luego de una mirada de soslayo en respuesta a una contestación brusca a su locuacidad, Allnutt creyó prudente guardar silencio. Meneando la cabeza, se sentía lleno de sabiduría al cavilar sobre la mente inescrutable de la mujer, y, para no prolongar el estado de tirantez, trató de apresurar el levantamiento del vapor en la caldera y preparar la embarcación para la partida.

Rose dirigió *La Reina de África*, a través de la laguna, hacia el sitio donde, según sus cálculos, debería hallar un paso por el delta. La baja franja de árboles frente a la línea del horizonte fue tornándose más y más distinta por momentos, y pronto pudieron divisar el fresco y lozano verde de las cañas.

—Reduce la marcha —gritó Rose, y la máquina disminuyó los golpes del émbolo al cerrar Allnutt el regulador.

Tomó un rumbo lo más cercano posible a los juncos y papiros, sabiendo que era arriesgado a pesar del aspecto atrayente de los cañaverales. Estos surgían del agua cenagosa en matas compactas, culminando cada tallo en un bonito penacho; aparte de algunas pocas, descarriadas, las matas se mantenían unidas hasta las cimas, y más cerca de la orilla se hacían tan tupidas, que tornaban imposible todo intento de paso a través de ellas. No sabía Rose que acaso estas mismas especies fueran las que proveyeron los juncos de la cesta en que Moisés se mantuvo a flote en el Nilo, ni que

la sabiduría del mundo tuviera una gran deuda con ellas por el papel que sus tallos habían dado a la antigüedad... Además, de haberlo sabido, no le hubiera importado. Rose tenía la mente puesta en una vía de salida...

Dos veces vaciló al acercarse a puntos donde las cañas no crecían tan espesas, pero siguió adelante en ambos casos; había que considerar el canal a través de la selva que cubría el delta. Esas indicaciones triviales de un camino de agua significaban que su continuación a través del delta podía resultar obstruida. Pronto habrían de llegar a un pasaje más ancho, de líneas más netas. Rose hurgó en su memoria hasta decidir que ese paso era tan bueno, al menos, como cualquiera de los notados el día anterior. Manióbró el gobernalle y puso proa en dirección a esa nueva vía.

Nerviosamente, Allnutt cerró la válvula hasta disminuir casi completamente la rotación de la hélice, y *La Reina de África* se deslizó por entre las cañas a paso de tortuga. Rose asintió con un movimiento de cabeza aprobando la precaución tomada por Allnutt, pues tampoco ella quería correr riesgos con una hélice remendada. El canal se mantenía medianamente libre de cañas en su tortuoso itinerario. A veces, una mata rozaba la borda con chasquidos infernales; Allnutt, doblado sobre ésta, sondeaba con el bichero la profundidad del lecho.

Parecía providencial que las cañas rehusaran crecer en aguas apenas más profundas que el calado de *La Reina de África*.

Llegaron al punto inevitable en que el canal se bifurcaba; hubo, pues, que decidirse por uno de los dos caminos. Rose oteó unos instantes por sobre el mar de cañas hasta el borde de la selva y dirigió la proa hacia el que le pareció más promisorio. Avanzaron. Por ambas bandas los juncos y los papiros se hacían más tupidos a cada paso. *La Reina de África* parecía insegura en su avance. Al notar algo extraño, Allnutt alargó apresuradamente la mano hasta la válvula y cerró el paso del vapor.

—Hemos varado, cariño —dijo él. Parecía insegura en su avance; notando algo extraño, Allnutt alargó apresuradamente la mano hasta el regulador y cerró el paso del vapor. —Hemos varado, querida —dijo él.

—Ya lo he notado —respondió Rose, rudamente—. Pero tenemos que seguir.

Allnutt, con el bichero, hurgó en el fondo, que era profundo y de barro semilíquido. No había posibilidad alguna de bajar al agua y remolcar la embarcación, que fue la primera idea que se le ocurrió. Para convencer a Rose de la situación, Allnutt le mostró el bichero, que chorreaba barro.

—Tendremos que tirar de ella, agarrándonos de las cañas —propuso resueltamente Rose—. El fondo de la lancha se deslizará por el barro, sin utilizar la hélice.

No tardaron en dar comienzo a la faena. Rose tiraba de las cañas y Allnutt

empleaba el bichero de la mejor manera posible. Su técnica mejoró rápidamente a fuerza de experiencia y pruebas. La caña de papiro parte de una raíz larga y sólida, que se hunde profundamente en el barro antes de doblarse hacia arriba y formar la cabeza. A horcajadas en la proa, Allnutt tiraba el bichero adelante y hurgaba hasta hallar un tenedero para el gancho, para luego arrastrar la lancha cosa de medio metro a través de la ciénaga. Acto seguido debía abandonar esa raíz, para ir en busca de una nueva y ganar así unos palmos más.

El calor entre las cañas era terrible; no eran lo suficientemente altas como para resguardarlos del sol del mediodía, aunque sí les cortaban la leve brisa que soplaba en esos momentos. Y pronto fueron descubiertos por los insectos: enjambres de moscas y mosquitos sedientos de sangre. El trabajo era pesado y agotador. Dos horas de él dejaron a Allnutt fatigado y sin aliento; al abrir la boca para respirar soltaba maldiciones, porque se le llenaba de insectos.

—Lo siento, señorita —dijo al fin, con tono de disculpa—. No puedo seguir en esto, de ninguna manera.

El rostro que miraba a Rose estaba empapado de transpiración, como si acabase de salir de debajo de una ducha; jirones de ropas que cubrían su cuerpo. Ni él ni ella notaron el empleo de la palabra «señorita»... Era muy propio de la bestia de carga en que se había convertido.

—Muy bien —dijo Rose—, dame el bichero.

—Es un trabajo pesado —dijo Allnutt, con un tono de protesta en su voz.

Rose, sin hacerle caso, pasó por su lado y trepó a la pequeña cubierta de proa, blandiendo el bichero. Allnutt ensayó un amago de protesta, pero se contuvo. Estaba demasiado agotado para ello. Sólo atinó a echarse sobre el piso de la embarcación, chorreando sudor. Por amor a Rose había trabajado hasta caer exhausto. Ella encontró la tarea decididamente agotadora. Hallar un agarradero para el bichero era de por sí un esfuerzo. Hacer que la embarcación se moviera sobre la ciénaga y las raíces de las cañas exigía el empleo de cada partícula de sus energías..., un esfuerzo convulsivo, seguido inmediatamente de otro, y otro, interminablemente.

Al rato, ella también estaba rendida de cansancio. Por fin, tiró ruidosamente el bichero y se dejó rodar hasta el combés de la embarcación, con las ropas empapadas colgándole en jirones por el cuerpo. Las moscas la seguían en miríadas.

—Continuaremos mañana —dijo, con la voz entrecortada por la falta de aliento. Allnutt abrió los ojos para mirarla al volver lentamente en sí.

Las cañas que los rodeaban eran más altas ahora, puesto que en su marcha con este nuevo medio de tracción habían dejado virtualmente atrás los papiros y entrado en el terreno de otro género; el sol había bajado en el horizonte. Estaban, al fin, amparados por la sombra; la embarcación, antes caliente como una parrilla al fuego, fue tornándose casi soportable; pero las moscas y los mosquitos picaban ahora más

que nunca. Tras un rato de descanso, Rose recuperó las suficientes fuerzas como para dedicarse a descubrir cuán lejos estaban aún de la orilla. Trepó al trancañil, pero las cañas, ahora gigantescas, formaban una barrera infranqueable a su mirada; no veía más que cañas y cielo. ¿Cuánto se habrían internado? ¿Qué distancia los separaba aún de la selva? De seguro que no habían imaginado que les llevaría todo un día trasponer una franja de juncos y papiros de un par de kilómetros de ancho, pero allí estaban aún, al cabo de la primera jornada, a mitad de camino, sin una señal que indicase la posibilidad de salir algún día del atolladero. ¡Qué importaba!... Mañana continuarían abriéndose camino...

Cualquier persona con menos ánimos que Rose hubiera empezado a preguntarse qué sería de ellos de no existir una vía de salida. La posibilidad de hacer retroceder la lancha por la vía recorrida no era factible. Se quedarían allí hasta morir de hambre, como animales encerrados en una trampa, o hasta ahogarse en la ciénaga entre las cañas al intentar abrirse paso hasta la orilla del lago. Pero Rose no se dejaba intimidar por aprensiones de esa naturaleza. Estaba tan resuelta, que las posibilidades, en tanto tales, no la alarmaban. Era como el general ideal de Napoleón: no se detenía a imaginar lo que pudiera ocurrir; así como también había actuado, a lo largo de todo el trayecto, según el aforismo de «no perder una hora» de Nelson. Si al seguir los consejos del más grande soldado y el más grande marino de la historia, aunque fuere inconscientemente, el éxito coronaba esa campaña anfibia, el mérito sería de ambos. Y si fracasaban, no sería por cobardía de su parte y por no agotar todos los recursos... Así pensaba Rose mientras luchaba con las moscas.

CAPÍTULO XI

No hubo necesidad de amarrar la lancha durante la noche. Ninguna manifestación normal de la naturaleza la hubiera movido de entre las altas cañas. El viento que acompañó la tronada apenas fue oído por Rose y Charlie. Inclina las cañas sobre la embarcación, mas, sentados bajo el arco que formaban éstas, no eran alcanzados por las ráfagas. Tuvieron que soportar todas las incomodidades de la lluvia, que cayó a cántaros sobre ambos en la oscuridad, pero aun en condiciones tan lastimosas la pasión dominante de la singular pareja no dejó de transportarlos una vez más.

—Esta lluvia me sugiere una cosa —dijo Allnutt durante una pausa—. Puede ahondar el lecho de este cauce... si es que se le puede llamar cauce. Esta tarde no calábamos nada. Un par de centímetros sería una diferencia enorme. Nunca será mucho lo que llueva.

Luego, bien entrada la noche, largo rato después de que hubiera cesado de llover, cuando Allnutt ya dormía a pesar de los mosquitos, Rose advirtió de pronto un leve ruido, apenas un murmullo, que sólo el oído de la fe pudo captar a través del zumbido de la nube de mosquitos. Era el agua, que corría en torno de la lancha. El murmullo llegaba de todas direcciones, más sumiso que el más leve soplo..., agua que se escurría por entre las cañas al levantarse el nivel de la laguna, impulsada por el agua recogida por el Bora, que ahora traía al lago. Rose estuvo a punto de despertar a Allnutt para que también él escuchase, pero se abstuvo de hacerlo, contentándose con formularse el propósito de partir a primera hora la mañana, antes de que el agua acumulada se perdiese en el delta... Siempre en guardia para salir cada mañana lo más temprano posible, era difícil comprender qué significaba para Rose el «a primera hora».

Hubo una variante esa mañana en la rutina diaria; no tuvieron que perder tiempo en encender la caldera y levantar vapor. El sol estaba aún detrás de las altas cañas cuando se dispusieron a partir, y antes de que Allnutt se trasladase a proa para reasumir su tarea del día anterior, Rose estaba ya al timón, escrutando a través de las cañas, ansiosa por descubrir un rumbo.

No se podía negar que estaban en una vía de agua cubierta por las cañas, camino indefinido del que sólo se percibía una línea tortuosa, sobre la cual las cañas crecían más ralas, pero exhibiendo señales inequívocas de conducir a una salida.

—Creo que nos hemos zafado de la varada —dijo Allnutt con aire satisfecho, al levantar el bichero.

Buscó un agarradero para el gancho y tiró; parecía más libre que ayer, el movimiento de la lancha.

—No hay duda —manifestó Allnutt—. Tenemos toda el agua que necesitamos. Si no fuera por estas malditas cañas...

El cauce era más angosto en ese punto que en la boca de entrada, y las cañas se enredaban en los costados al avanzar. Algunas eran aplastadas debajo de la lancha, con el resultado de que, a cada tirón, era mayor la resistencia que se debía vencer; a veces, retrocedía unos centímetros, lo cual tenía un efecto desalentador, mientras Allnutt buscaba un nuevo punto de enganche. La resistencia ofrecida por las cañas, empero, era menos obstinada que la del fango del día anterior, y Rose podía prestar alguna ayuda corriendo de un costado al otro, para librar la embarcación de las cañas que impedían su avance.

Fueron arrastrándose así, lentamente, pero sin perder la esperanza. De cuanto podían orientarse por el sol, no cabía duda de que, por el rumbo que seguían, irían a desembocar al delta. De pronto Allnutt dejó escapar un grito de alegría.

—¡Aquí hay otro canal! —Rose se enderezó a proa para mirar.

Estaba en lo cierto. El riacho por el que navegaban se unía en ángulo recto, a través de las cañas, a un paso de agua de características similares. El curso que formaba la confluencia de ambos era más amplio, de lineamientos más definidos, libre de cañas. Mirando sus aguas oscuras, vieron que los fragmentos flotantes estaban en movimiento...; con la lentitud con que se mueve una tortuga, pero movimiento, a pesar de todo.

—¡Caramba! —exclamó Allnutt—. No pierdas de vista esa correntada, Rosie, cariño. Pronto tendremos los rápidos.

Aún le quedaba a Rose suficiente humor para soltar la risa.

Allnutt arrastró *La Reina de África* al nuevo canal. Resultó una sensación deliciosa sentir la lancha nuevamente libre, aun cuando no pudiera moverse más de un par de centímetros hacia una u otra banda. Allnutt tomó una raíz con el gancho del bichero y pegó un tirón; la lancha avanzó un metro, y —lo que le procuró un alegrón— se mantuvo en movimiento, deslizándose suavemente mientras él buscaba febrilmente un nuevo punto donde afianzarse.

—¡Caramba! Ahora avanzamos a razón de nudos.

Un trecho más adelante, al doblar un recodo del curso, Rose divisó los árboles del delta, pero en seguida vio obstruida la vista por las altas cañas. La próxima curva los enfrentó de nuevo con el delta, no más de unos doscientos metros enfrente. Rose no apartó la mirada de ese punto al acercarse a él. El paso a través de las cañas se ensanchó sin que lo advirtiesen. Luego, de pronto, el curso quedó libre de juncos y otras cañas, y *La Reina de África* fue avanzando a la deriva un par de metros, para detenerse completamente al fin. Habían entrado en un amplio pantano, bordeado por árboles de copas de un verde oscuro; la superficie del agua estaba cubierta por nenúfares de flores rosadas y blancas, tan compactos que toda la extensión del espejo

de agua formaba una sólida masa de vegetación acuática.

Tras haber estado a la sombra verde de papiros y juncos, el sol los cegaba; les llevó un buen rato acostumbrar a los ojos a las nuevas condiciones.

—Éste es el delta, desde luego —dijo Allnutt, olfateando.

Llegaba hasta ellos, a través de las aguas, un olor húmedo a vegetación putrefacta; la orilla opuesta era una furiosa maraña de árboles, cuyos troncos retorcidos coronados de plantas trepadoras recordaban las peores pesadillas.

—No existe la menor esperanza de llevar esta vieja tinaja a través de esa maraña —comentó Allnutt.

—Hay un paso por aquel lado —prorrumpió Rose, señalando con el dedo—. ¡Mira!

Había realmente un angosto paso, a través de la tupida vegetación de la selva, en la orilla de enfrente; una alfombra de nenúfares cubría con sus flores blancas la boca de entrada.

—Quizás tengas razón —dijo Allnutt—. La cosa es llegar hasta allí...

Recordaba, al hablar de ese modo, el último estanque cubierto de nenúfares que hallaran aguas arriba del Ulanga, para salir del cual habían tenido no poco trabajo. Aquí tenían que atravesar unos cien metros de aguas cubiertas por la vegetación.

—Probemos —propuso Rose.

Desde luego que vamos a probar —respondió Allnutt, un tanto picado.

No fue fácil. Nada de lo hecho en ese viaje hasta el lago había sido fácil. Los nenúfares cedían al primer tirón del gancho del bichero, no ofreciendo una resistencia capaz de vencer el peso de la lancha. Se adherían, en cambio, tan tenazmente a la embarcación que impedían su avance tanto como las cañas.

Por el modo de avanzar de la lancha, Allnutt tuvo el oscuro presentimiento de que las plantas se enredaban en la hélice —la preciosa hélice con una paleta remendada— y el timón. El fondo era tan líquido, que tampoco ofrecía ninguna resistencia al empuje del bichero utilizado como palanca, y, al sacar el palo del agua, la lancha retrocedía a veces tanto como lo que acababa de avanzar. Cientos de burbujas de gas pestífero subían a la superficie siempre que el gancho tocaba el fondo; el hedor era atroz.

—¿No podríamos usar los remos? —propuso Rose.

El tiempo volaba con la rapidez con que solía hacerlo cuando el progreso era lento, y casi no se habían apartado de la entrada al pantano.

—Podríamos —repuso Allnutt.

Una de las piezas del equipo de *La Reina de África* era un remo de canoa. Allnutt fue a buscarlo y lo entregó a Rose. Para sí, buscó entre la leña una rama larga, con el mismo objeto.

Con los remos, la marcha se hizo un tanto menos lenta. Bogando en medio de

aquella vegetación no era cosa de meter la punta del remo y tirar. Había que buscar un claro y hundir el palo verticalmente, lo más adelante posible, tirando de él con cuidado, sin revirarlo, para no correr el riesgo, al sacarlo del agua, de tener que recurrir al cuchillo para librarlo de raíces y plantas.

No era un medio de tracción ideal, había que admitirlo. Rose empleó al menos un minuto, tirando arduamente, para acercar a su lado el racimo de flores que advirtió a proa. Por otra parte, *La Reina de África* no era embarcación hecha para el empleo de remos. Sentada en el banco de popa, Rose trabajaba incómoda y torcida de costado; a los pocos minutos de manejar el remo, comenzó a sentir un dolor agudísimo debajo del omóplato, como el causado por la peor de las indigestiones. Tenían que alternarse, ella y Allnutt, para no cansarse demasiado.

Tan lentamente avanzaban, que cuando la embarcación se detuvo totalmente ninguno de los dos lo advirtió, y continuaron remando hasta que, sospechando lo que ocurría, se miraron, empapados de sudor como estaban, y descubrieron que los dos habían estado pensando la misma cosa.

—Estamos enredados en algo —dijo Allnutt.

—Sí.

—Es la hélice, ¡pobre vieja! No me extraña, con esta maraña...

Juntos, miraron desde el costado, pero no había manera de juzgar la situación desde allí.

—Sólo hay una solución —exclamó Allnutt al fin. Extrajo el cuchillo, lo abrió y observó el filo—. Una zambullida es el siguiente número del programa, señoras y señores —dijo irónicamente, tratando de sonreír al anunciar su propósito.

Rose quiso oponerse; corría peligro entre la masa de plantas acuáticas, mas era claro que Allnutt tenía que afrontar el peligro, o se quedarían allí para siempre.

—Tendremos que andar con mucho cuidado —fue todo cuanto supo decir.

—Sí.

Allnutt tomó una cuerda.

—Me la ataré a la cintura —dijo él al quitarse las ropas—. Tú cuentas treinta desde el momento en que me sumerja, y si al cabo de la cuenta no ves señal de que vaya a salir, tira de la soga con toda tu fuerza, tira y vuelve a tirar.

—Muy bien —asintió Rose.

Allnutt, sentado desnudo en el filo de la borda, giró sobre sí para sacar las piernas afuera.

—Tierra de cocodrilos es ésta, ¿no? —comentó, y luego, viendo la expresión en el rostro de Rose, añadió rápidamente—: No, no lo es. No hay cocodrilo capaz de meterse entre este mar de plantas.

Con todo, no estaba muy seguro de su afirmación. En la tarea que estaba por intentar, Allnutt se elevaba a la cumbre del heroísmo; ni Rose hubiera sido capaz de

imaginar el miedo que lo embargaba, pero lo que ahora lo tornaba temerario era la reacción lógica de su anterior cobardía. Cuchillo en mano, se lanzó al agua. Aferrado a la borda, respiró profundamente una media docena de veces, para hundir en seguida la cabeza bajo la embarcación. Sus piernas desaparecieron bajo la alfombra de nenúfares, en tanto Rose contaba con labios temblorosos. Al llegar a treinta, comenzó a tirar de la sogá, y exhaló un suspiro de alivio al ver aparecer a Allnutt, quien, envuelto en raíces y plantas, debió sacar una mano enguantada de nenúfares para despojarse de la máscara de igual hechura antes de poder respirar o ver.

—Hay una maraña como un colmenar, alrededor de la hélice —dijo Allnutt al boquear para tomar aliento—. La mitad de las raíces del lago están prendidas de ella.

—¿No habrá manera de limpiarla?

—Ah, sí. Se puede cortar muy fácilmente. Ya había hecho buena parte del trabajo cuando tuve que salir... Bueno, vamos a volver.

Al emerger del agua por cuarta vez, Allnutt sonrió satisfecho.

—Todo limpio —dijo—. Toma el cuchillo, moza guapa. Voy a subir.

Trepó a bordo con la ayuda de Rose. El agua le chorreaba del cuerpo y del bosque de raíces y plantas que lo cubrían. Rose se apresuró solícita para ayudarlo a limpiarse. De pronto dejó escapar una exclamación de asombro, que fue inmediatamente repetida como un eco por Allnutt:

—¡Mira a estas miserables! —dijo Allnutt—. Cuidaba de emplear blasfemias que a Rose no le parecieran tales, puesto que le eran desconocidas.

El cuerpo de Allnutt estaba cubierto de sanguijuelas adheridas a la piel, más de veinte en total, que iban inflándose de sangre mientras Rose las miraba. Causaban asco, y Allnutt sintió más pánico que si hubieran sido cocodrilos.

—¿No puedes arrancarlas? —preguntó con voz quebrada—. ¡Ay, malditas sabandijas!

Rose recordó que si se arranca una sanguijuela antes de que se harte de sangre, se corre el riesgo de que deje la boca en la herida y pueda provocar una intoxicación sanguínea.

—Con la sal salen —dijo ella, y corrió hacia el sitio donde guardaban la lata de la sal.

Un poco de sal húmeda restregada en los anélidos dio un resultado mágico. Cada una, sucesivamente, se retorció un instante, se estiró y volvió a encogerse, para luego caer, hecha una bola, en el piso de la embarcación. Allnutt pisoteó la primera, frenético de miedo, y la sangre —la suya— y otro líquido salpicó en todas direcciones. Rose levantó el cuerpo aplastado de ésa y las otras sanguijuelas con una astilla y las arrojó al agua. La sangre continuó manando libremente de las mordeduras triangulares, secándose en manchas moradas en su cuerpo, bajo el sol abrasador; pasaron unos minutos antes de que las heridas se coagularan. Allnutt, mientras tanto,

se estremecía de asco. Odiaba a las sanguijuelas más que a cualquier otra cosa en el mundo.

—Salgamos cuanto antes de aquí —fue la única respuesta que pudo dar a las ansiosas preguntas de Rose.

Cruzaron remando el pantano de nenúfares. Con el caer de la tarde, algunas de las flores rosadas comenzaban a cerrar sus pétalos, mientras que otras flores, de un color verde hiedra con un leve matiz de azul en la punta de los pétalos, se empezaban a abrir. La alfombra de nenúfares era una bonita vista, mas ninguno de los dos tenía ojos para apreciar la belleza. Estaban sumidos en una condición de desanimada estupidez, con las mentes embotadas por el sol; no se dirigían la palabra ni al cambiarse de lugar para remar. El cruce del pantano fue tan lento como el paso de una babosa que atraviesa un jardín. Hundían los remos y tiraban de ellos como artefactos mecánicos, salvo los momentos en que las raíces que se adherían a las puntas de los remos rompían el ritmo.

El sol iba bajando sobre la línea del horizonte; junto a la orilla del pantano habíase formado una franja de sombra a la que iban acercándose lentamente. Con extremada lentitud, la proa de *La Reina de África* ganó la línea de la sombra. Allnutt continuó remando hasta agotar sus últimas fuerzas, y luego, al deslizarse la sombra hasta popa, donde ellos remaban, dejó caer al suelo el palo que le servía de remo.

—No puedo más —dijo, y se recostó sobre el banco. Casi llorando por el agotamiento, apartó el rostro de la mirada de Rose, avergonzado de que ella pudiese verlo en ese estado. Más tarde, sin embargo, después de que hubo comido y bebido, recobró sus ánimos de buen *cockney*, a pesar del tormento de los mosquitos.

—Lo que hace falta aquí, ¿sabes?, es una linda catarata —dijo Allnutt—, como la primera después de Shona. Hubiéramos llegado aquí desde el otro lado de las cañas en un par de minutos, o algo así, en vez de tardar dos días, y estar aún en veremos.

Al caer de la noche, volvió su vena jocosa.

—Hemos navegado a vapor, hemos remado y la hemos empujado y la hemos arrastrado con el bichero. La que nos falta hacer todavía es remolcarla tirando de ella... Me parece que ése ha de ser el próximo paso.

Rose recordó esas palabras al día siguiente, pensando que Allnutt había provocado a la Providencia al proferirlas.

CAPÍTULO XII

A la madrugada siguiente quedaba sólo por cruzar, al rayo abrasador del sol naciente, una estrecha franja de nenúfares. La atravesaron, luchando contra los obstáculos con renovadas esperanzas, sin perder de vista el punto en que los nenúfares cesaban y comenzaba un nuevo canal a través del delta, seguros de que no podía haber otra traba a la navegación tan enconada como las raíces de esas ninfáceas.

El delta del Bora es una ciénaga cubierta de manglares, ya que el agua del lago Wittelsbach, aunque potable, es ligeramente salobre, lo suficiente para crecer en ella algunas especies de mangle; donde crece esta planta muere toda otra vegetación. Además, al comenzar estos arbustos cesaron los nenúfares bruscamente, ya que no hubieran tenido vida posible a la tupida sombra de aquellos.

Alcanzaron la boca del canal y otearon a lo largo de su curso. Semejaba un largo túnel; sólo algunos escasos rayos de luz penetraban a través de su espeso follaje. Un hedor como de caléndulas en putrefacción hería el olfato. Las paredes y el techo del túnel estaban formados por raíces y ramas de mangles, enredados en un fantasmagórico conglomerado de formas, tan salvaje como sólo podría concebirlo una pesadilla.

No obstante, la repelente fealdad del lugar no difería para ellos de la belleza de los nenúfares. Tras los días de viaje, estaban obsesionados por el deseo de seguir adelante. Tan firme determinación habían tomado de dar cima a la aventura emprendida, que nada que presentase dificultades para la navegación podía ser atrayente, en tanto que no podía haber lugar feo si su paso era fácil. Cuando salieron del último abrazo de los nenúfares, ambos a una, cesaron de remar para mirar el agua.

—¡Caramba! —dijo Allnutt, con tono de fastidio en la voz—. Ahora tenemos hierbas.

La hierba que partía del fondo del lecho semejaba a la que crece lozana en un prado umbroso y fresco. El agua formaba cuerpo con la vegetación. La única característica alentadora a la mirada era que las largas hebras apuntaban en la dirección seguida por ellos, señal inequívoca de que había alguna ligera corriente en el cauce, y, precisamente, ellos querían dar con el sitio donde desembocaba aquella corriente.

—No hay manera de usar el vapor aquí —dijo Allnutt—. La hélice no gira en esta basura.

Rose miró a la maraña de mangles, a lo largo de la orilla del pantano de los nenúfares. Existía la posibilidad de buscar alguna otra salida a través del delta, pero temían que cualquier otro camino estuviera igualmente atascado por la vegetación, y

todo intento por encontrar otro paso hubiera significado largas horas de lento remar a través de los nenúfares. Tomó su decisión con ponderada lentitud:

—Vamos —fue todo cuanto dijo. Nunca había oído hablar del consejo de lord Fisher de «no dar nunca explicaciones», pero obró de conformidad con él por instinto.

Volvieron a su faena, y *La Reina de África* entró en la ciénaga de los mangarles con la lentitud que hay que esperar de una lancha de vapor movida por un remo y por una rama que cumplía la función de éste.

Era una región donde el agua luchaba tenazmente por defenderse contra la tierra que invadía lentamente su jurisdicción. Entre las raíces de los mangles que los rodeaban podían verse charcos de agua oscura internándose en el riacho; el barro donde crecían los árboles era casi líquido e igualmente oscuro. El aire rezumaba humedad. Todo estaba empapado y, sin embargo, al abrigo de los árboles tenían la impresión de estar en un horno. La respiración se hacía penosa.

—¿Qué te parece si volviéramos a usar el gancho, Rosie? —propuso Allnutt, quien se resistía a dejarse descorazonar por la lobreguez del lugar—. Así avanzaríamos un poquito mejor.

—Los dos podríamos usar aquí el gancho —propuso ella—. ¿No puedes hacer uno?

—Fácilmente —repuso él. Rose se sintió dichosa de tener un ayudante tan hábil.

Pronto salió de sus manos un bichero, formado con un hierro angular de un larguero de la toldilla y atado luego al mango por medio de un alambre.

Utilizando cada uno un bichero, el progreso se hizo menos lento. Hombro con hombro a proa, enganchando una raíz de mangle desde un costado u otro, o una rama arriba, avanzaban zigzagueando a paso de tortuga. Calculando que la extensión de la ciénaga de los mangles fuera de unos quince kilómetros, dejando un margen del cincuenta por ciento extra para las curvas y marchando a tres cuartos de kilómetro por hora (ésa era, aproximadamente, su velocidad), en algo más de treinta horas tendrían salvado el trecho. Les llevó mucho más, a pesar de todo.

Primero, los obstáculos del cenagoso y enmarañado riacho, al entrar, y luego, a cada doscientos metros. *La Reina de África* se detuvo con una sacudida y una vibración que pronto se les hizo familiar... Algún tronco hundido en el agua cruzaba el cauce. Tenían, pues, que ubicarlo y sondearlo a lo largo. A veces, cuando la suerte los acompañaba, el lecho estaba lo suficientemente profundo en algún punto como para permitir el paso de la embarcación sin rozarlo; de lo contrario, tenían que buscar algún otro medio para salvar el impedimento. La chimenea cayó al dar contra las primeras ramas bajas; a fin de no ver trabada la marcha de la embarcación por las ramas colgantes, Allnutt la desarmó, como asimismo los puntales de la toldilla.

Generalmente, al hallar el cauce bloqueado, lograban hallar alguna vía de salida a

través de los lagunajos que formaban una especie de canal lateral aquí y allí, mas llevar *La Reina de África* a través de ellos requería esfuerzos convulsivos, la necesidad de saltar al agua y forcejear en el barro para virar la lancha en los recodos. Era como si *La Reina de África* reptara sobre el barro y las raíces, haciendo volver a la memoria de Rose las palabras de mal augurio de Allnutt acerca de bajar al agua y arrastrarla.

Cuando no había manera de salvar el obstáculo cambiando de rumbo, tenían que quitar el tronco, o lo que fuera, del medio: cerciorarse primero de su peso y sus tentáculos; sondear con los bicheros, desplazándolo los pocos centímetros necesarios, con esfuerzos que, en esa atmósfera de baño turco, les hacían sentir como si los corazones les fueran a estallar. Pusieron su ingenio a prueba para encontrar medios de armar aparejos en las ramas de arriba y atar sogas en los obstáculos de abajo, para poder levantar y sacar del paso los objetos molestos. Y Allnutt debió por fuerza vencer su aborrecimiento de las sanguijuelas... En una ocasión, él y Rose tuvieron que estar un par de horas entre el barro y el agua, cortando con cuchillos una raíz sumergida que obstruía el único camino por donde podía pasar *La Reina de África*.

Fueron horas de pesadilla, transcurridas entre la suciedad, el barro y el hedor a vegetación putrefacta. Por mucho que extremaran el cuidado, el barro fue cubriendo poco a poco la embarcación y sus cuerpos, y, con el barro, venía el tufo nauseabundo. Era un sitio crepuscular, donde había que mirar cada cosa dos veces para reconocerla; como cada paso podía irritar a una serpiente, cuya mordedura hubiera traído una muerte segura, sus movimientos en el fango debían ser por fuerza cautelosos.

Lo peor de todo era la malaria. La sangre de ambos acaso ya estuviera infectada en el bajo Bora, antes de que entraran en el delta, pero fue en el delta donde se hicieron sentir sus efectos. El acceso de todas las mañanas los postraba casi simultáneamente. De pronto se sentían invadidos por un frío paralizador, y los dientes comenzaban a castañetearles violentamente, hasta que, en la culminación de la crisis, quedaban completamente extenuados, con los rostros alargados y surcados de arrugas y las uñas moradas de frío. Acostados lado a lado en el fondo de la embarcación, rodeados por la silenciosa selva de mangles, se apretaban contra sus cuerpos las escasas prendas, sucias de barro, a pesar del bochornoso calor húmedo, que la fiebre no les dejaba sentir. Luego, al cabo de un rato, pasaba el frío y la fiebre tomaba su lugar, una fiebre de pesadilla, con delirio, sed y un dolor atroz en las articulaciones, hasta que, cuando ya se creían llegados al agotamiento, comenzaba la bendita transpiración, desaparecía la fiebre, y podían dormir un par de horas, para luego despertar con algunas fuerzas para moverse y continuar la dura faena de arrastrar a *La Reina de África* por el delta del Bora.

Rose y también Alnutt, tomaba su dosis de quinina del botiquín que ella había traído en su baúl de lata; de no haber sido por ese recurso, hubieran muerto

seguramente, y *La Reina de África*, entre los mangles, hubiera sido su osario.

Nunca vieron el sol estando en esa crepuscular tierra de pesadilla; el curso doblaba y se retorció hasta hacerles perder todo sentido de la dirección; habían renunciado a saber hacia qué punto de la brújula se dirigían. Cuando finalmente la corriente que seguían se unió a otra, tuvieron que asegurarse de la dirección que tomaban las aguas de ésta para determinar su propio rumbo, y en los lugares donde la oscuridad no permitía siquiera el crecimiento de gramíneas acuáticas, según acaecía de vez en cuando, se valían de la dirección que en la escasa corriente adoptaba algún trocito de madera puesto sobre la superficie... movimiento apenas perceptible, de no más de unos metros la hora.

Lo peor lo pasaron en las dos ocasiones en que perdieron contacto con el hilo del curso, como resultado de los rodeos que debieron dar para eludir obstáculos que, de otra manera, hubieran resultado insalvables. Cosa muy fácil de ocurrir, por otra parte en un lugar donde cada maraña de raíces aéreas era igual a la otra, donde la luz era débil y nada había que ayudase a orientar el rumbo, y donde dar un traspie en los islotes de fango significaba hundirse en la ciénaga hasta la cintura y salir con la piel rasgada por las raíces. Desorientados de ese modo, sólo atinaban a luchar para ganar un charco tras otro y desbrozar penosamente con el hacha un camino. Era alcanzar el cielo el reencontrarse con un lóbrego túnel enmarañado de raíces que permitiera avanzar unos cincuenta metros de un tirón, sin verse detenidos por algún obstáculo.

Perdieron toda cuenta del tiempo en ese cenagal. Las jornadas iban sucediéndose cada una con su carga de escalofríos y fiebre; era de día cuando había suficiente luz como para distinguir los objetos, y de noche cuando la luz crepuscular disminuía tanto que ya no permitía avanzar otro paso, pero nunca llegaron a saber cuántos días pasaron en ese estado. Comían poco, y aquel poco se impregnaba del tufo a marisma antes de llevarlo a la boca. Era una vida peor que la de muchas bestias, pues a ningún animal se le hubiera obligado a pasear *La Reina de África* a través de los manglares... sin un momento de descuido, por el temor de averiar la preciosa hélice.

No importaba que Allnutt hiciese pie en el barro resbaladizo, que el ángulo de tracción de la soga fuese embarazoso ni la inminencia de un acceso de malaria. La lancha tenía que ser girada suavemente en los recodos, centímetro a centímetro, sin tirones, en previsión de que durante su avance lateral diese de costado contra algún raigón oculto. No había manera de permitirse la satisfacción de dar un tirón violento a la soga o pegar una remada animosa.

No se dieron cuenta de las primeras señales propicias de su progreso. El canal por el que navegaban no se diferenciaba de los otros, y al unirse a otro, supusieron como cientos de veces antes, que se bifurcaría más adelante. Mas cuando vieron que se abría ante ellos un cauce aún mayor, se llenaron de renovada esperanza. Las ramas que formaban espeso techo sobre sus cabezas comenzaron a ralearse; el cauce se

ahondó y ensanchó, y aun cuando la vegetación acuática continuaba invadiendo el curso, ello constituía un inconveniente fácilmente salvable después de los obstáculos que habían tenido que vencer antes; tenían adquirida, además, una extraordinaria destreza en la operación de hacer avanzar *La Reina de África* a fuerza de bichero. No se atrevieron a expresarse recíprocamente sus renacidas esperanzas al ver que el estrecho canal acababa de abrirse unos tres metros por cada banda.

Luego se despejó la maraña, hasta dar entrada a la luz directa, y Allnutt no pudo ya contenerse, aun a riesgo de romper el hechizo que los poseía en ese instante.

—Rosie —dijo—, ¿crees que al fin hemos salido?

Rose titubeó antes de responder. No creía aún lo que veían sus ojos. Antes de contestar, se asió de una raíz aérea y, de un fuerte tirón, hizo avanzar a *La Reina de África*, libremente un trecho.

—Sí —dijo al fin—. Creo que hemos salido.

Se dirigieron una amplia sonrisa desde los costados opuestas de la embarcación. Estaban con una traza que daba horror, a pesar de haberse acostumbrado a ello. Embadurnados de barro... El largo cabello castaño de Rose y el menos largo de Allnutt, y la barba de éste, que había crecido nuevamente desde que estaban en el delta, formaban burujos. Su permanencia en la semioscuridad había cambiado el color tostado de su tez en un amarillento enfermizo, acentuado por la malaria. Tenían las mejillas y los ojos hundidos, y los rasgones en sus sucias prendas dejaban ver la piel amarilla y los huesos como forzando una salida a través de ella. La lancha y todo lo que ella contenía estaba cubierta de barro, traído en los presurosos saltos a bordo, tras efectuar maniobras difíciles entre el fango. Semejaban salvajes enfermos de la Edad de Piedra, más bien que productos de nuestra civilización. Aun así, no dejaban de sonreírse el uno al otro.

Luego, el cauce torció, y ante ellos se presentó un cuadro en el que los mangles cedían a otra planta su dominio del lugar.

—¡Cañas! —susurró Allnutt, como si temiese equivocarse—. ¡Cañas!

Había conocido las cañas antes, y las prefería a los mangles. Rose, de puntillas sobre el banco, inspeccionaba las aguas por encima de los penachos.

—El lago está ahí, al otro lado —dijo ella.

Enseguida, la mente de Rose comenzó a fraguar ideas y proyectos, como si acabase de enterarse de la llegada de un huésped inesperado para el almuerzo.

—¿Cuánta leña tenemos?

—Mucha —repuso Allnutt, recorriendo a ojo de buen cubero las pilas en el combés—. Bastante para medio día.

—Nos hace falta aún más —dijo Rose, imperativamente.

Una vez en el lago no contarían con los medios de surtirse de leña que habían tenido hasta entonces. *La Reina de África* podría hallarse más tarde ante dificultades

de reabastecimiento de combustible muy superiores a las sufridas por Muller y Von Spee. Quedaba un solo esfuerzo por realizar, para el cual *La Reina de África* debería estar equipada lo más completamente posible.

—Paremos aquí y completemos la carga de leña.

Para Allnutt, decididamente, y para ella en cierto grado, la resolución era penosa. Ambos, ahora que habían visto el cielo azul y un horizonte amplio, sentíanse presas de un pánico salvaje. Estaban ansiosos por encontrar un camino de salida de aquellos odiosos manglares, sin un segundo de demora. La idea de quedarse una hora más en esa oscura maraña los horrorizaba; sin duda, si Allnutt hubiese estado solo, habría dado vapor a la máquina y dejado la cuestión del combustible para que se resolviese en su oportunidad. Pero así como estaban las cosas, se inclinó ante la autoridad de Rose y, si vaciló, lo hizo en bien de ambos.

—La leña verde no le hará mucha gracia a la caldera, ¿lo sabes? —dijo.

—Será mejor que nada —contestó Rose—. Cuento con que tendremos un par de días antes de usarla, y tiempo para que se seque un poco.

Al decir esto, intercambiaron una mirada. Hasta allí el viaje había tenido un solo objeto: el torpedeamiento de la *Königin Luise*. Ese objetivo que al principio pareciera tan locamente fantástico para Allnutt, estaba ahora a la vista; había dejado de pensar en él durante semanas enteras, pero se acercaba el momento en que tendría que considerar el proyecto seriamente. No obstante, aún no podía pensar en ello independientemente; sólo atinaba a decirse que muy pronto tendría que tomar una resolución sobre el asunto. Por el momento no se le ocurría una idea clara. Amarró *La Reina de África* a los mangles, tomó el hacha y dio contra los troncos tiernos y pulposos, hasta tener una buena pila en el combés. Al fin, podrían abandonar los manglares y refugiarse en el promisorio santuario de las cañas.

CAPÍTULO XIII

Acababan de desembocar en lo que, inequívocamente, era el curso del Bora. Atravesaba la franja de cañas un cauce amplio, y tan pronto entraron en él y doblaron un recodo, se abrió ante sus ojos la ilimitada perspectiva del lago... Agua dorada en una extensión que los ojos no alcanzaban a abarcar, quebrada únicamente por un par de islotes coronados de árboles. A ambos lados del cauce había bajíos, marcados por juncos, que se adentraban en el lago. Se abrió ante ellos un inmenso espejo de agua clara, de sesenta y cinco kilómetros de ancho por ciento treinta de largo, sin rocas, ni bancos, ni nenúfares, ni cañas, ni manglares que obstaculizaran el paso... La sensación de libertad y desahogo era sencillamente deliciosa. Sentíanse como animales escapados de una jaula. Amarrados entre las cañas, con *La Reina de África* meciéndose al compás de un hilo de corriente procedente del lago, esa noche durmieron más tranquilos, aunque atormentados por ranas y mosquitos como no lo habían sido durante días.

Tampoco a la mañana siguiente se discutió el torpedeamiento de la *Königin Luise*. Para la manera metódica de pensar de Rose, era necesario completar un paso antes de dar el siguiente.

—Limpiaremos la lancha —dijo—. No puedo soportar esta suciedad.

En verdad, a la luz brillante del sol, el barro y el desorden en el interior de la embarcación daban horror. Rose no podía pensar ni hacer planes rodeada de tanto alboroto, le irritaba insoportablemente los nervios. No importaba que *La Reina de África* fuera a volar pronto en pedazos, inmolada contra un costado de la *Königin Luise*. Rose no podía tolerar innecesariamente dos o tres días más entre esa inmundicia.

El agua del lago era clara y limpia. Poco a poco lavaron toda la embarcación, aun cuando ello significó ir moviendo las cosas al progresar la faena. Allnutt levantó las tablas del piso y enjuagó la maloliente sentina, en tanto Rose, arrodillada a popa, lavaba las alfombras, las prendas de vestir y los cacharros. Era un día espléndido, y bajo su sol, hasta la más gruesa de las alfombras se secaba en pocos momentos. Fue un interludio doméstico y un descanso muy beneficioso para Rose; tal vez no fuera mera coincidencia el que ninguno de los dos tuviera esa mañana el cotidiano acceso de malaria.

Al atender Rose a su aseo personal por primera vez desde que entraran en el oscuro túnel de manglares, volvió a sentir el placer del roce de una bata limpia y fresca sobre su cuerpo recién bañado. Así era, en efecto, ya que Rose había dado al fin el paso postergado continuamente en los días de la misión... Ya no llevaba ropa interior.

Las más de esas prendas las había inutilizado en el servicio de la lancha — empleándolas para resguardarse las manos al enderezar el árbol de la hélice, etcétera...— y el resto lo había dedicado al uso de Allnutt, cuyas prendas propias, reducidas a jirones, ya no podían ponerse, tanto que ahora debía andar castamente cubierto con una camisa y unos calzones de Rose; el modesto festón del escote y las alforzas y volados en torno de sus muslos formaban cómico contraste con sus formas desmirriadas y nada femeninas.

Quizá fuera como resultado de estas preocupaciones de gente civilizada, que Rose pensara esa noche en algo que se le había ido de la mente desde el abandono de la misión. Más tarde llegó a creer que el propio Dios había ido a despertarla de su letargo, y el solo pensarlo hacía trepidar sus senos y pulsar con violencia la sangre en sus venas; luego, cuando ya no se creía tan inspirada, lo atribuía todo a su otro yo, o a su conciencia.

No había rezado una plegaria desde el instante que subiera a bordo de *La Reina de África*, ni se había acordado desde entonces de la existencia de Dios. Se incorporó sobresaltada, sorprendida por la realidad de su impiedad, sintiéndose barrida por olas tras olas de remordimiento y de temor divino a la vez. No alcanzaba a comprender cómo el Dios al que ella adoraba no le había mandado un rayo, de los tantos que habían rasgado el cielo en esos últimos meses, para aniquilarla. La embargaba una angustia atroz, y temía que Él la castigase sin darle tiempo de aplacar Su ira. Se arrodilló y juntó las manos y dobló la cabeza sobre el pecho, rezando en su arrepentimiento.

Allnutt, al despertar en la oscuridad, vio a la penitente Rose a la luz lunar, y la vio alzar el rostro al cielo, con las mejillas bañadas en lágrimas y los labios en frenético movimiento. El cuadro le inspiró reverente temor. Él no acostumbraba rezar, ni lo había hecho jamás. El hecho de que Rose fuese capaz de rezar y llorar su congoja le demostraba la superioridad de la arcilla de que ella estaba hecha, aunque era una superioridad que le constaba desde hacía mucho tiempo. Estaba contento con dejar a Rose implorar el amparo divino, así como le había dejado pilotar la nave en los rápidos del Ulanga. No era fácil interrumpir el sueño de Allnutt. Sus ojos volvieron a cerrarse y, dejando a Rose sola con su angustia, volvió a dormirse.

En ese momento sublime, Rose no habría sabido qué hacer de las palabras de confortación de Allnutt; era asunto entre ella y Dios. No quedaba traza de la mujer de nervios de acero, que bajó *La Reina de África* por el Ulanga, en la figura sollozante que imploraba el perdón de Dios. No podía ofrecer una componenda con Dios, prometer un comportamiento piadoso a cambio de la remisión de sus pecados: su preparación espiritual no se lo permitía. Sólo le quedaba formularse el propósito de someterse a dura penitencia, e implorar el perdón como favor discrecional del austero Dios, el Dios de su hermano. En su angustia, no sabía si llegaría a merecer el perdón;

ni cuántos años de fuego del infierno tendría que soportar por tantos días de olvido.

Peor aún, ignoraba si Dios, ofendido, la castigaría, haciendo fracasar la expedición en que estaba empeñada, lo que hubiera sido un castigo condigno, ya que la expedición era la causante de su negligencia. Sentía todo un sabor bíblico que la atormentaba con esta aprensión. Redoblada así su angustia, pidió e imploró para que Dios propiciara el viaje de *La Reina de África*, y concediera a Allnutt y a ella el hallar la *Königin Luise* y hundirla, para que la odiada bandera de la cruz de hierro desapareciera de las aguas del lago Wittelsbach y los aliados vieran abierto el camino para la conquista del África Oriental alemana. Alcanzó un estado de extraña exaltación en sus dudas y su temor divino; las articulaciones de los dedos le crujían bajo la violencia con que los trataba. Fue en ese instante que recordó otro pecado más... aún peor, el mayor de todos los pecados para las mentes frías de quienes habíanle enseñado religión, un pecado cuyo nombre sólo había pronunciado leyendo la Biblia en alta voz. Se había acostado con un hombre, contraviniendo el precepto religioso. Recordó con horror las torpezas cometidas con ese hombre, su libertino desenfreno. Sentíase aún más abochornada por haber gozado en ello, cosa que ninguna mujer debiera hacer jamás...

Dirigió la mirada a la figura pálida, de vagos contornos, de Allnutt, dormido en el fondo de la embarcación, y a su vista reaccionó. No podía, no podía absolutamente, sentirse rea de pecado respecto de ese hombre. Era tan marido suyo como el marido de cualquier mujer casada, a pesar de los formalismos que tanto ella como Charlie habían dejado de observar. Este pensamiento le infundió ánimo, aunque no la elevó —o hundió— al punto de ver en el sacramento un mero formalismo. Dejóse transportar insensiblemente a la herejía de creer que la voz de la naturaleza pudiera ser demasiado poderosa para ella, y, de ser así, no debía sentirse culpable. Buena parte del remordimiento y el terror desaparecieron entonces de su mente, y fue recobrando la calma. Pronunció la última plegaria con la razón y el sentimiento, y pidió gracias y favores como lo hubiera hecho un amigo a otro amigo. La sinceridad de su convicción de que cuanto planeaba hacer en bien de Inglaterra era justo, vino a rescatarla de su estado de postración espiritual, de manera que la esperanza y la confianza retornaron en gratas oleadas, a pesar de la debilidad que la angustia del primer momento había traído a su cuerpo enfermo. Descendió así en ella, finalmente, una certidumbre de rectitud tan firme e irracional como su primitiva convicción de haber pecado. Luego se acostó de nuevo a dormir, recobrada la serenidad, completamente convencida, una vez más, acerca de la justicia de la hazaña que haría para su patria y de la certidumbre del éxito. La sola diferencia perceptible que la atormentadora experiencia produjo en su conducta fue que, a la mañana siguiente, al levantarse, rezó por unos instantes, hincada de rodillas y con la cabeza doblada sobre el pecho, en tanto Allnutt se movía tímidamente en la cubierta de proa. Recobrada su

personalidad, tenía el ceño abierto y los lineamientos del rostro normales al levantarse después de la plegaria y pasear la mirada por el ahora dilatado horizonte.

Divisó, allá lejos, algo que no era agua ni cañas ni cielo ni islas. Ni era una nube, sino un penacho de humo negro y, debajo, un punto blanco. El corazón le dio un brinco en el pecho, mas no por ello perdió Rose su serenidad.

—Charlie —llamó, sin delatar emoción alguna—. Ven aquí. ¿Qué es aquello?

Una mirada fue suficiente para Allnutt, como lo había sido para Rose.

—Es la *Luisa*.

La exaltación patriótica afectaba a Allnutt tanto como ocurre con las muchedumbres aficionadas al fútbol, constituidas usualmente por miles de personas como él. No podía haber palabras demasiado hirientes para el otro bando, sólo porque era el otro bando. Aun cuando Allnutt no había tenido ocasión de contagiarse de la propaganda que arreciaba en esos momentos en la prensa británica, a la vista de la *Königin Luise* tornóse tan furiosamente germanófobo como cualquier empleado jubilado y rechoncho, seguro de no ser llamado a las armas.

—Sí —dijo, erguido en la regala—. Desde luego, es la *Luisa*. ¡Los muy bestias! ¡Los muy cerdos!

Sacudió el puño en la dirección al punto blanco.

—¿Qué rumbo llevan? —preguntó Rose, interrumpiendo la retahíla de insultos.

Allnutt miró a la distancia, mas Rose se le adelantó.

—¡Vienen para acá! —exclamó ella, y una vez más hizo un esfuerzo para ocultar su súbita emoción—. No deben vernos aquí —prosiguió, sin alterar el tono de su voz—. ¿No nos podemos ocultar entre las cañas?

Allnutt ya estaba dando saltos y tumbos por la embarcación, levantando objetos y volviendo a dejarlos caer de sus manos. La situación no era como para que un hombre como él pudiese conservar la calma.

—Pueden ver la chimenea y la toldilla —dijo Allnutt en un intervalo de lucidez. El montaje de la chimenea y de los puntales de la toldilla había formado parte de la limpieza de la tarde anterior.

Por toda respuesta, Rose arrancó nuevamente de sus soportes los jirones que formaban la toldilla.

—Te sobra tiempo para bajar la chimenea —dijo ella—. No alcanzan a verla todavía, y tenemos el juncal de por medio. Yo me encargo de los puntales. Dame el destornillador.

Rose tenía bastante presencia de ánimo como para darse cuenta de que si un barco del tamaño de la *Königin Luise* era apenas un punto para ellos, ellos debían resultar aún más pequeños para los alemanes.

Con el aparejo desarmado, *La Reina de África* tenía una obra muerta de apenas un metro; estarían, pues, a buen recaudo en el juncal, a menos que se los buscara

especialmente... y Rose sabía que los alemanes no tenían la menor idea de que *La Reina de África* estaba en el lago. De pie en la regala, estudió detenidamente la *Königin Luise*. Estaba acercándose bordeando por el sur la margen del lago. De un punto que era, habíase convertido en dos, al aparecer la quilla debajo del alto puente. Pasaría una hora antes de que alcanzara la boca del río y pudiera ver a *La Reina de África* junto a las cañas.

—Entremos ahora la lancha —dijo ella.

Hicieron girar la embarcación hasta enderezar la proa en dirección del cañaveral. Tirando con los bicheros de las raíces de los juncos, la internaron hasta la mitad, pero la popa continuaba descubierta sobre el cauce.

—Tendrás que cortar unas cañas. ¿Estará muy hondo el barro? —preguntó Rose.

Allnutt sondeó el lecho en torno de la proa, para luego contemplar, con mirada dudosa, el resultado.

—Apresúrate —prorrumpió Rose, y Allnutt, cuchillo en mano, saltó por la proa a cortar cañas. Se hundió en el barro, con el agua a la altura de los hombros dificultando sus movimientos, pero cortó todas las cañas que quedaban al alcance de sus manos lo más bajo posible. Luego, asido de la amarra de proa, y con la ayuda de Rose, pudo zafarse de la presa del barro y subir a bordo, quedando echado de través en la cubierta de proa, en tanto Rose entraba *La Reina de África* en el claro abierto en las cañas.

—Queda todavía una parte a la vista —dijo Rose—. Unos golpes más, y ya está.

Allnutt volvió a saltar abajo y a cortar cañas. Cuando hubo terminado y vuelto a subir a bordo, entre ambos arrastraron la lancha hasta lo permitido por el claro abierto, y las cañas empujadas a los costados volvieron a cerrarse detrás de la popa, ocultando toda la embarcación.

—Estaríamos más seguros metiéndonos un poco más adentro —dijo Rose, y Allnutt, sin pronunciar palabra, bajó una vez más al río.

El espacio ganado esta vez fue suficiente. *La Reina de África* estaba ahora rodeada de cañas. Cubría la popa un espesor de varias cañas, que la ponían al abrigo de sorpresas, salvo la observación de cerca, aun si —lo cual era claramente improbable— la *Königin Luise* creyera conveniente acercarse al canal bordeado de cañas para entrar en el delta.

Desde la regala, Rose y Allnutt alcanzaban a ver por encima de las cañas. La *Königin Luise* navegaba firmemente en su curso, a un par de kilómetros de los traicioneros bajíos de la orilla. Estaba ahora en un punto casi opuesto a la boca del riachuelo y no denotaba intención de cambiar de derrota. Estuvieron observándola unos cinco minutos: era una hermosa embarcación, su brillante pintura blanca reflejándose en el pálido azul de las aguas. Una insignia flameaba desde un palo al costado de la chimenea; a popa flotaba el pabellón de la Armada imperial alemana,

con su cruz negra. Sobre el puente de proa se distinguía el cañón de seis libras, que daba a los alemanes el control del lago Wittelsbach. Ningún *dhow* árabe, ni ninguna canoa podía asomar la nariz fuera de los arroyos y canales del lago sin permiso de la *Königin Luise*.

Acababa de trasponer el canal, siempre manteniendo el rumbo al sur. No corrían, pues, peligro de ser descubiertos; la cañonera estaba en un crucero de inspección por el lago, para asegurarse de que nadie burlaba furtivamente su autoridad. Rose la siguió con la mirada y cuando la hubo perdido de vista se dejó caer pesadamente sobre la cubierta.

—Ha vuelto mi malaria —dijo, agotada.

Tenía el rostro alargado y aprensivo, como resultado del dolor que había estado soportando en las articulaciones; los dientes le castañeteaban. Allnutt la envolvió en las alfombras e hizo los preparativos a la espera de la fiebre, que no tardaría en arreciar.

—También empieza la mía —dijo al rato él.

Pronto estaban ambos postrados y sacudidos por escalofríos, gimiendo sumisamente bajo el sol abrasador.

CAPÍTULO XIV

Luego, bien entrada la tarde, cuando hubo pasado el acceso de malaria, Rose pudo volver a andar, aunque con paso inseguro. Sólo entonces comenzó a salir Allnutt del hondo sueño reparador que sigue a la fiebre malárica en los casos benignos. La primera cosa que hizo Rose fue lo de todo aquel que despierta a bordo de una embarcación luego de un intervalo sin guardia. Subió al punto más alto y miró en torno, escudriñando el horizonte por sobre las cañas.

Allá lejos, al sur, volvió a ver el penacho de humo y el punto blanco. Se hizo la idea, que descartó en seguida, de que la *Königin Luise* seguía en su derrota de la mañana. Pero no; la cañonera regresaba; debía de haber navegado hasta perderse de vista al sur y ahora volvía sobre sus pasos. Allnutt fue a colocarse al lado de Rose y, sin decirse palabra, quedáronse ambos observando a la *Königin Luise*, cuyo casco fue agrandándose y tornándose más visible a medida que se acercaba a lo largo de la orilla. Fue Allnutt quien rompió el silencio:

—¿Crees que estará buscándonos? —preguntó, con voz cascada.

—No —dijo Rose sin titubear—. De ningún modo. Está patrullando la costa; eso es todo.

En Rose privaba la fe sobre el raciocinio. Su misión se tornaría de difícil realización si los alemanes estuviesen acechándolos... Eso no podía ser.

—¡Ojalá tengas razón! —repuso Allnutt—. En realidad, yo también soy de la misma opinión.

—¡Ahora cambia de ruta! —exclamó de pronto Rose.

La *Königin Luise* había torcido apenas el rumbo, para seguir un tanto alejada de la costa.

—Se ve bien que no está buscándonos —dijo Allnutt.

No la perdieron de vista un momento mientras cruzaba el lago, dirigiéndose hacia las islas que quedaban enfrente.

—¿Qué irá a hacer? —se preguntó Allnutt, pero esta vez fue él quien primero acertó en la intención de los tripulantes de la nave enemiga—. Van a fondear y pernoctar allí —exclamó—. ¡Mira!

Fue arriado el pabellón, lo cual estaba de acuerdo con el reglamento de la Armada alemana.

—¿Has oído algo? —preguntó Allnutt.

—No.

—Creí oír clarines.

Allnutt no hubiera podido oír un toque de trompeta a una distancia de más de seis

kilómetros, ni siquiera a favor de la quietud reinante, mas no cabían dudas de que a esa hora, poco más o menos, sonaban los bronces en la *Königin Luise*.

Aun cuando la tripulación de la cañonera constaba de seis oficiales blancos y veintidós marineros de color, todo se haría a su bordo según cuadraba a los exigentes reglamentos de la armada a la cual pertenecía.

—Ahí los tienes. Y ahí se quedan —dijo Allnutt—. Buen fondeadero entre las islas. Ya los veremos zarpar por la mañana.

Bajó de la regala, mientras Rose se detenía mirando unos instantes más. El sol acababa de ponerse en una improvisada llamarada de colores; el cielo se fue oscureciendo hasta borrar el punto blanco que formaba la cañonera. No podía Rose aceptar con la tranquilidad de Allnutt la inevitabilidad de la inacción. Pisaban el umbral de los acontecimientos finales: era llegado el momento de prepararse, y madurar los planes y rendir el tributo prometido a la patria, aun cuando la aventura pareciera más fantástica ahora que vista desde la brumosa distancia del Ulanga superior.

—Deberíamos haber estado preparados para actuar hoy —dijo Rose, volviéndose agriamente hacia Allnutt, de quien sólo alcanzaba a ver el brillo del pitillo encendido.

Allnutt, tras otra chupada a su cigarrillo, reveló una idea luminosa.

—¡Mira! —dijo—, no te preocupes. He estado pensando. Van a volver pronto por aquí. Verás, si no. Estos alemanes son así. Organizan sistemas y no se apartan de ellos en toda la vida. Los lunes en un sitio, los martes en otro y los miércoles quizás les toque aquí... no sé qué día es hoy. Los domingos por la tarde creo que pasan por Port Livingstone, donde pernoctan y pasan el día siguiente. Luego recomienzan la vuelta, ¿me entiendes?

Allnutt era sin duda el psicólogo de la pareja. Lo que decía estaba tan de acuerdo con lo experimentado por Rose en los sistemas oficiales germanos, que ella no pudo sino convenir con la opinión de su compañero. Allnutt prosiguió, dispuesto a afianzar su teoría con ejemplos.

—Allá en la mina —dijo—, el viejo Kaufman, el inspector cuya ocupación era ver que la mina fuera explotada correctamente —y no creas que esas reglas no tienen nada de bueno—, se presentaba allí una vez a la semana, como si fuera un reloj. Siempre sabían cuándo llegaba, los belgas digo, y tenían todo preparadito para él. Llegaba, echaba un vistazo alrededor, bebía una copa, y se volvía a ir lo más contento, con sus áscaris y sus peones. Me daba una risa...

—Ah, sí, recuerdo —dijo Rose, con el pensamiento ausente. Ahora recordaba que Samuel solía mofarse de la rigidez de los reglamentos y la rutina alemanes. No cabían dudas de que si la *Königin Luise* había fondeado una vez en las islas, volvería a hacerlo. Así pues, su plan iba tomando forma.

—Charlie —dijo, con voz melosa.

—¿Qué, nena?

—Tienes que ir preparando esos torpedos. Mañana, temprano, al amanecer. ¿Cuánto tiempo te llevarán?

—Puedo meter eso en los tubos en menos que canta un gallo, por así decirlo. En cuanto a los detonadores, no sé. Tengo que hacerlos, ¿comprendes? Pueden llevarme dos días, fácilmente. La verdad, no me he hecho una idea aún... Luego tenemos que hacer esos agujeros en la proa..., eso se hace rápido. Tendría que estar listo en un par de días. Todo. Si la malaria no ataca demasiado fuerte. El asunto está en los detonadores.

—Muy bien —había algo que no era natural en el tono de voz de Rose.

—Rosie, querida —dijo Allnutt—, Rosie.

—¿Qué, amor?

—Yo sé lo que piensas. No tienes por qué ocultármelo —de no haber sido por su discordante acento *cockney*, la voz de Allnutt, tan suave, hubiera podido tomarse por la de algún actor representando en escena un papel sentimental. Asió la mano de Rose y la estrechó fuertemente, sin ser correspondido—. No, ahora no tienes por qué ocultármelo, querida mía —repitió. Aun en ese instante, el saberse *cockney* turbó su pensamiento, y no pudo borrar de su voz la emoción que lo embargaba. Entre ellos dos no existía ni la licencia desenfadada de gente primitiva ni ese imperio sobre la propia persona que se adquiere frecuentando las altas capas sociales—. Tú quieres salir con *La Reina de África* la próxima noche que vuelva la *Luisa* por aquí, ¿no es verdad, nena?

—Sí.

—Creo que allí tenemos la mejor oportunidad —afirmó él—. No nos puede fallar. Allnutt se mantuvo callado un par de segundos, preparándose para reforzar su argumento.

—No es necesario que tú vengas. No hay necesidad de que los dos... vayamos. Lo puedo hacer yo solo, fácilmente.

—De ninguna manera —insistió Rose—. No sería justo. A ti te toca quedarte aquí. Yo puedo llevar la lancha hasta las islas. Es lo que tenía pensado hacer.

—Comprendo —confesó Allnutt, sorprendido—, pero tendría que ser yo... Además, con esos malditos...

Por el singular argumento que desarrolló en seguida era evidente que Allnutt estaba dispuesto a sacrificar su vida, que tan preciosa le pareciera días antes. Ese plan de Rose, tan sorprendentemente materializado hasta ese punto, habíase tornado palpitante de vida en él, como pieza de una máquina; ése sería tal vez el símil más en concordancia con la idiosincrasia de Allnutt. Dejarlo incompleto, sería un absurdo ya inconcebible.

Por otra parte, la vista de la *Königin Luise* navegando ufana por el lago había

herido su amor propio. Estaba inflamado de patriotismo, pronto para cualquier sacrificio, con tal de tumbar aquel «carrito de patatas»... Tal vez las relaciones de Allnutt con la gente de ese pueblo habían sido poco afortunadas; los alemanes son una raza capaz de hacerse odiar, cuando, como en esos días, odiar era fácil. Su conducta, en extraño contraste con su cobardía de meses atrás, denotaba una fiera temeridad.

Acaso nadie sea capaz de comprender el estado de ánimo del hombre que se ofrece voluntariamente para un acto de guerra en el que le puede ir la vida, pero no puede negarse que tales voluntarios existen, según lo han probado y siguen probándolo muchos penosos hechos históricos.

Allnutt trató de razonar fríamente con Rose. Aun cuando ambos hubieran dejado de lado el primitivo plan de enviar a *La Reina de África*, en su último viaje, sin piloto a bordo —Rose le conocía algunas mañas que la hacían desconfiar—, Allnutt trató de argumentar que él no correría ningún riesgo en la empresa. Podría lanzarse al agua desde la popa unos segundos antes del choque, tan pronto como estuviese seguro del impacto. Incluso si se quedaba al timón —según pensaba hacer, para mayor seguridad—, la explosión a proa no lo afectaría... Hasta tuvo el atrevimiento de afirmar que sabía muy bien el poder de los explosivos, y que podía calcular fácilmente el efecto que tendrían unos cien kilos del que llevaban a bordo al estallar de una vez. En verdad, estuvo a punto de insinuar que la voladura de la *Königin Luise* sería una operación sin riesgo alguno, mas se contuvo al advertir que con ello favorecía el argumento de Rose.

Todo terminó, como no podía ser de otro modo, conviniendo en ir ambos a poner cima a la empresa. No cabía duda de que la mayor esperanza de éxito radicaba en hallarse el uno al gobierno de la lancha y el otro atendiendo la máquina. Otro punto en el que convinieron ambos fue que, al llegar a unos cincuenta metros de la *Königin Luise*, uno de los dos se lanzaría al agua con el salvavidas; pero Allnutt lo hizo en el entendimiento de que sería Rose quien lo haría, en tanto ella pensaba que sería Allnutt.

—No falta más de una semana —dijo Allnutt, meditabundo.

Experimentaban un anticipo del hecho final que, si no del todo agradable, no les disgustaba. Habiendo trabajado como negros durante semanas enteras, arriesgado sus vidas, siempre con el objetivo fijo en sus mentes, estaban poseídos por la idea de que nada podía ya hacer peligrar la consumación de la empresa. Y en Rose ardía la llama de un patriotismo fanático. Tan convencida estaba de la justicia de la acción emprendida, y de su necesidad, que todo otro factor —aun la seguridad personal de Charlie— carecía de peso. Conciliaba su conciencia con el peligro de Charlie como si se tratase de una enfermedad grave, o de algo completamente necesario e inevitable. La conquista del África Oriental alemana era inconmensurablemente más importante

que sus vidas... tan inconmensurablemente que nunca se le ocurrió poner en la balanza los dos factores. Se le iluminaba el rostro y sentía que la sangre le ardía en las mejillas al pensar en el triunfo de Inglaterra.

Se puso de pie en la oscuridad, con Allnutt a su lado, y, mirando por sobre las cañas, inspeccionó el lago. Las estrellas del cielo se reflejaban pálidas en el agua. La luna no había salido aún. Pero allá enfrente se veía un haz de débiles luces que ni eran estrellas ni sus reflejos. Rose asió fuertemente el brazo de Allnutt.

—Son ellos, no hay duda —dijo Allnutt.

Sólo entonces se dio cuenta Rose de lo que un marino experimentado hubiera advertido desde el primer momento; si los alemanes hubieran tomado la precaución de apagar todas las luces al fondear, hubiera sido casi imposible dar con ellos de noche. Mas estando como estaban en el único barco del lago, y a cuarenta millas por tierra del punto enemigo más próximo, no tenían, naturalmente, necesidad de preocuparse.

La vista de las luces tornaba el éxito absolutamente seguro, justamente en el momento en que Rose se daba cuenta de la posibilidad de que, de no haber sido por esa circunstancia, acaso la empresa hubiera fracasado. Experimentó un cálido sentimiento de gratitud hacia el destino, que se les mostraba tan propicio. Frente al futuro, todavía lleno de peligros, pero con la seguridad del triunfo, Rose se asía de su amado con ardor. El amor por él y el apasionamiento por la causa de su patria se mezclaban inextricablemente, extrañamente. Lo besó a la luz de las estrellas, como Juana de Arco pudiera haber besado una reliquia sagrada.

CAPÍTULO XV

A la mañana siguiente vieron a la *Königin Luise* zarpar de su fondeadero y dirigirse hacia el norte, en su interminable ronda del lago.

—Estaremos listos para la vuelta —dijo Rose, con voz tensa.

—Desde luego —aseguró Allnutt.

Ayudado por Rose, desembarazó Allnutt los dos pesados cilindros de gas, que estaban cubiertos de trastos en el fondo de la embarcación, y los hizo correr hasta el combés. Estaban cubiertos de herrumbre, mas tan espesa era la pared de acero que hubieran resistido, aún durante meses, expuestos a la intemperie como estaban. Allnutt abrió los grifos; el aire se llenó de un silbido explosivo al liberarse el gas comprimido en los tubos y las agujas de los manómetros retrocedieron a cero. Al bajar el silbido, Allnutt se puso a trabajar con sus herramientas para desmontar el capuchón de cada tubo. Quedó en cada uno un orificio redondo en comunicación directa con la cámara vacía.

Luego abrieron cuidadosamente las cajas de explosivos. Estaban empaquetados a la manera de gruesas velas de cera de un color amarillo pálido, envueltas éstas en papel aceitado. Allnutt, metódica y cautelosamente, comenzó a llenar los tubos, introduciendo el brazo en su interior hasta donde alcanzaba.

—¡Hum! —exclamó—. Hubiera preferido que no estuvieran sueltos así.

Miró en torno en busca de material de relleno, y, por un momento, pareció dudar, mas su ingeniosidad había sido estimulada por las recientes necesidades de hallar sustitutivos.

—¡Barro! ¡Excelente relleno! —profirió, satisfecho.

Se acercó a la proa y, desde la borda, fue sacando puñados de barro negro, que depositaba en la cubierta para utilizarlo luego, una vez oreado y casi seco.

—Yo puedo hacer eso —dijo Rose, tan pronto advirtió el propósito de su compañero.

Formaba bolas con el hediondo fango negro, que luego, en la cubierta caliente por el sol, amasaba hasta endurecerlas. Llevó a Allnutt la primera tanda de los pegajosos amasijos así formados, y volvió a proa para continuar la operación. Poco a poco, los cilindros fueron llenándose. Allnutt cementaba firmemente con barro cada capa de explosivos. Cuando los cilindros estuvieron llenos hasta el cuello, se enderezó para aliviar el agudo dolor que sentía en las espaldas.

—Es un trabajo bien hecho —declaró con orgullo, contemplando su labor de toda una mañana, y Rose no pudo menos de asentir, al contemplar a su vez aquellos instrumentos de la muerte sobre las tablas del piso. Ninguno de los dos veía en la

situación nada de fantástico.

—Tendremos que preparar esos detonadores ahora —propuso Allnutt—. Tengo una idea. Se me ocurrió anoche.

Del armario donde guardaba sus artículos de tocador sacó un revólver, que tenía cubierto de grasa para preservarlo de la humedad. Rose miró, asombrada, el arma; no estaba enterada de que hubiera un arma a bordo.

—Tenía que tener esto —explicó Allnutt—. Llevaba mucho oro a bordo en algunos de los viajes que hacía a Limbasi. Cien onzas y a veces más. Pero nunca tuve que usarlo contra nadie.

—Me alegra que no hayas tenido que hacerlo —observó Rose. Para ella, matar a un hombre en tiempo de paz era un crimen más horrendo que volar un barco en la guerra. Allnutt sacó el cargador del revólver y en seguida volvió a guardar el arma en el armario.

—Veamos ahora —dijo, meditabundo.

Rose siguió con mirada atenta cómo la idea iba tomando forma material bajo las manos de su compañero. Llevó tiempo construir lo que Allnutt se proponía... Había otras cosas que atender, las comidas, el sueño, la malaria, y transcurrieron así los dos días del cálculo de Allnutt.

Primero tuvo que dar forma con el cuchillo muy laboriosamente por cierto, a dos discos de madera dura, para poderlos atornillar ajustadamente a las bocas de los cilindros. Luego, en cada disco practicó tres orificios, de una sección capaz de recibir, bajo presión, los cartuchos de las balas de revólver. Estando los discos en posición en los cuellos de los cilindros, el extremo de cada cápsula estaría en contacto con la pólvora.

El resto del trabajo fue infinitamente más minucioso y delicado, y Allnutt debió descartar varias piezas antes de darse por satisfecho. Preparó otros discos de madera, iguales a los anteriores, pero de otro tipo de madera. No quería que fuese ni dura ni podrida; buscaba una fibra que pudiese ser atravesada fácilmente por un clavo, pero cuya consistencia permitiese al clavo torcerse. Practicó diversos experimentos, introduciendo clavos en maderas de diferente dureza antes de decidirse por utilizar una de las tablas del piso de la embarcación.

Rose no atinaba a darse cuenta del motivo de experimentos tan prolijos, conformándose con observar, sentada al lado de Allnutt, y alcanzarle herramientas y objetos que le pedía, mientras él trabajaba bajo los rayos del sol, rodeado por enjambres de mosquitos.

Una vez cortados los nuevos discos, Allnutt los comparó cuidadosamente con los anteriores, y tomó nota con exactitud de la posición en que los fulminantes descansarían contra ellos. En estos puntos debían entrar los clavos, a través de los nuevos discos, y Allnutt, como precaución final, les limó las puntas, afilándolas al

máximo de agudeza. Introdujo los clavos en los discos con sumo cuidado, en los puntos ya marcados, y por el lado opuesto cortó pequeños redondeles de madera donde habrían de encajar las bases de los cartuchos, de modo que, una vez completado el trabajo, las puntas de los clavos aparecerían cual brillantes limaduras de metal en medio de cada depresión de la madera, en tanto, por el otro lado, sus cabezas sobresalían unos tres centímetros.

Finalmente, unió entre sí, mediante tornillos, los dos pares de discos.

—Ya está —dijo Allnutt.

Cada par de redondeles formaba ahora un solo disco. Por un lado asomaban las puntas de los clavos, descansando contra las cápsulas la base de los cartuchos, cuyas balas eran visibles por el lado opuesto. Era fácil apreciar que, estando el disco en posición en el cuello del cilindro, y el cilindro proyectado delante de la proa de *La Reina de África*, la lancha se convertiría en un torpedo autopropulsado. Dirigiéndola a su máxima velocidad contra el costado de un buque, los clavos percutirían fuertemente contra los fulminantes, que estallarían en medio del alto explosivo cargado en los cilindros de gas.

—No creo que pudiera haberlo hecho mejor —expresó Allnutt, como disculpándose—. No tienen por qué fallar.

Había tres cartuchos en la cabeza de cada cilindro, de los cuales, uno al menos, debía estallar; y eran dos cilindros, con unos cincuenta kilos de explosivo en cada uno... Un solo cilindro, fallando el otro, debiera dar cuenta de un barco como la *Königin Luise*.

—Sí —dijo Rose, con la gravedad de semblante que la situación requería—. No deberían fallar. Hablaban ambos con la seriedad de dos niños discutiendo la construcción de un castillo de arena.

—No puedo montarlos en los cilindros todavía —explicó Allnutt—. No hay que fiarse. Pondremos primero en posición los cilindros y dejaremos los detonadores para lo último. Estos pueden colocarse una vez que estemos listos para salir, después de sacar la lancha de entre las cañas.

—Sí —asintió Rose—. Será de noche, no olvides. ¿Te las ingeniarás lo mismo en la oscuridad?

—Eso es lo grave; tendré que ingeniármelas —repuso Allnutt—. Sí, podré hacerlo.

Rose se formó un cuadro mental de la partida: sería, sin duda, harto arriesgado tratar de empujar *La Reina de África* en la oscuridad, con dos torpedos capaces de explotar al más leve contacto haciendo punta en la proa.

Allnutt guardó los detonadores en el armario con sumo cuidado, y luego se dedicó a pensar en el resto de los preparativos necesarios para la difícil empresa.

—Es imprescindible que la explosión se produzca lo más cerca de la línea de

flotación —dijo él—. No podrá ser demasiada baja. Creo que lo mejor será empezar a hacer esos agujeros.

Fue una tarea pesada, agotadora, tosca, el abrir dos troneras en la proa de *La Reina de África*, una a cada lado, justamente encima de la línea de flotación. Una vez terminada la operación, Rose y Allnutt arrastraron hasta allí los cilindros, cuyas cabezas introdujeron en los oficios, hasta hacerlos sobresalir unos cuarenta centímetros de la parte más avanzada de la embarcación. Luego, Allnutt relleno con trozos de madera y trapos los intersticios que habían quedado entre los cilindros y los respectivos orificios.

—No importa que haga agua —dijo él—. Entrará alguna salpicadura solamente, porque la proa se levanta al avanzar. Ahora nos resta apuntalar sólidamente la base de cada cilindro.

Utilizando listones de madera del embalaje de las provisiones, fue formando un sólido punto de apoyo en la culata de los cilindros, que reforzó clavando listón sobre listón y apilándoles encima todo cuanto le vino a mano. Cuanto más firme estuviese la base de los cilindros, tanto más efectiva habría de ser la explosión contra el costado de la *Königin Luise*. Una vez que ya no tuvo más objetos para agregar, Allnutt se sentó a descansar.

—Bueno, nena —dijo—, ya está todo hecho. Todo. Estamos prontos.

Fue un momento solemne. La culminación de todos sus esfuerzos, tras el descenso por los rápidos del Ulanga, el guante arrojado a los alemanes en Shona, la reparación de la hélice, las fatigas indecibles en la laguna de los nenúfares y los momentos de angustia transcurridos en el delta, estaba a la vista.

—¡Caramba! —dijo Allnutt con aire nostálgico—. No nos han dejado un minuto para nosotros. ¡Qué vacaciones!...

Rose le perdonó la frescura de la exclamación.

Habiendo completado el trabajo tan rápidamente, debían ahora soportar el tormento de la espera. Ninguna tarea especial reclamaba ya su atención inmediata, por primera vez desde aquella triste ocasión —que ambos deseaban olvidar ansiosamente— en que Rose rehusara hablar a Allnutt. No habían tenido desde entonces un minuto de holganza; experimentaban una sensación de vacío al contemplar los días de espera, aun cuando vivían en la aprensión de que pudieran ser los últimos.

Esos días finales ejercieron un efecto aterrador en el ánimo de Allnutt. Hubo un momento en que sintió que su resolución flaqueaba. Experimentaba la sensación de un hombre condenado a vivir en una celda, esperando el cumplimiento de la pena capital. Había leído acerca de ajusticiamientos cuando muchacho, en Inglaterra, en las ediciones dominicales de los diarios sensacionalistas, que eran toda su lectura. En cierto modo, lo que le amedrentaba era el recuerdo de lo leído, no la idea de la

explosión inminente... Lo privaba de su recién adquirida virilidad, retrotrayéndolo a los días de su primera juventud, y ello lo acercaba aún más a Rose, con una necesidad no experimentada hasta entonces, que ella comprendía maravillosamente y por ello lo mimaba y consolaba.

El sol los hería sin piedad; carecían hasta del precario reparo de la toldilla, la cual hubiera podido denunciarlos, al quedar visible por encima de los juncos. Cada hora estaba preñada de monotonía y hastío; ni faltaba el espectro de la posibilidad de llegar al fastidio y a aborrecerse recíprocamente, agazapados como estaban allí en el juncal, cual fosa sepulcral. Sentían el peligro, y luchaban para ahuyentarlo. Hasta las tormentas llegaron a constituir un alivio; venían precedidas de nubarrones negros y de un viento huracanado que sacudía las aguas del lago, llevando hasta sus oídos el fragor de las olas rompiendo contra la orilla. El lago se cubría de crestas espumosas, y al refugio entre las cañas llegaba la violencia de las aguas, que sacudía *La Reina de África*. Para dominar el hastío se dedicaron a revisar detenidamente la máquina, asegurándose de tal modo que funcionaría debidamente en su último viaje. Allnutt se introdujo en el barro debajo de la embarcación, para ratificar, por el tacto, que la hélice y el árbol estaban en buenas condiciones. A lo largo de la jornada, todos los días, uno u otro subía de rato en rato a la regala, mirando por encima de las cañas, escrutando el horizonte en busca de la *Königin Luise*. Vieron un par de canoas — pudo haber sido la misma dos veces— navegando por lo que debía de ser el paso principal a través de las islas, pero durante algunos días no advirtieron ningún otro signo de vida en el lago. Hasta llegaron a dudar de que la *Königin Luise* volviese a anclar en las islas. Perdida la costumbre de llevar cuenta del transcurso del tiempo, ya no estaban seguros de los días pasados desde aquel en que vieron a la cañonera por última vez. Después de los cálculos más escrupulosos, no pudiendo ponerse de acuerdo sobre el punto, comenzaron a mirarse el uno al otro, pensando si no sería mejor salir del escondite y costear el lago en busca de su víctima. En los momentos de mayor pesimismo, llegaron a dudar de que llegaría alguna vez el momento de llevar a cabo la empresa.

Hasta que una mañana, al mirar como de costumbre por encima de las cañas, la vieron como la primera vez, un penacho de humo y un punto blanco, bajando por el norte. Igual que la vez anterior, pasó cerca de ellos hacia el sur y desapareció debajo de la línea del horizonte. Las horas fueron pasando lenta y angustiosamente, hasta que por la tarde reapareció en su viaje de retorno, y tuvieron entonces la seguridad de que iría a fondear entre las islas. Allnutt había acertado en su suposición acerca de los hábitos metódicos de los alemanes. En su meticulosa ronda del lago, jamás omitían un viaje periódico a ese sitio, el rincón más desolado del Wittelsbach, para cerciorarse de que todo marchaba bien por ese lado, aun sabiendo que los intransitables cenagales del delta del Bora y la selva primitiva que los rodeaba

tornaban imposible toda amenaza al dominio alemán del lago.

Allnutt y Rose observaron el regreso de la *Königin Luise* de su crucero al sur, y la vieron enderezar hacia las islas; luego, al caer del día, la cañonera se detuvo en el punto en que había fondeado la vez anterior. El corazón de ambos latía violentamente. Fue en ese momento que la cuestión debatida de manera académica durante la semana anterior, y pendiente aún de una conclusión satisfactoria, se resolvió por sí misma. Acababan de apartar la mirada de la *Königin Luise*, y se disponían a iniciar los preparativos para el ataque, cuando se encontraron asidos de la mano y mirándose en los ojos. ¡El uno sabía lo que ocurría en ese instante en el pensamiento del otro!

—Rosie, chiquilla —dijo Allnutt, con la voz cascada por la emoción—. Iremos juntos, ¿verdad?

Rose asintió con la cabeza.

—Sí, querido —repuso ella—. Lo prefiero así.

Enfrentada con la necesidad de una decisión perentoria, Rose se había resuelto sin dificultad. Compartirían, pues, todos los peligros, correrían los mismos riesgos, hombro con hombro, en el momento en que *La Reina de África* fuera a estrellar sus torpedos contra el costado de la *Königin Luise*. Ninguno de los dos quería soportar la tortura de la separación en el instante supremo. Lograron sonreír ante la perspectiva de pasar a la eternidad juntos.

Iba oscureciendo. La luna nueva bajaba en el horizonte; pronto quedarían sólo las estrellas para alumbrar su ruta.

—Conviene prepararnos ahora —dijo Rose—. Adiós, querido.

—Adiós, amada mía.

Los preparativos les llevaron largo rato, como lo habían anticipado. Tenían toda la noche por delante, pero sabiendo que debían obrar por sorpresa, pensaron que la mejor hora sería antes del alba. Allnutt debió bajar una vez más al barro líquido y cortar las cañas que cubrían la popa de *La Reina de África* antes de disponerse a sacar la embarcación al riacho... las cañas que se habían quebrado bajo la proa se resistían obstinadamente a dar paso a la popa y a la hélice.

Una vez fuera del juncal, amarraron la embarcación a una tupida mata de plantas acuáticas. Allnutt extrajo tranquilamente los detonadores de su armario y bajó una vez más por la proa. Se demoró largo rato en el cauce, hundido en el barro, mientras ajustaba los detonadores en los cuellos de los cilindros. Las precarias roscas que había tallado con el cuchillo en torno de los discos se resistían a encajar en las de los cilindros. Allnutt debió forcejear no poco: en la oscuridad, su tarea era peligrosa y lenta, pues se trataba de forzar un detonador en contacto con cincuenta kilos de poderoso explosivo. Rose estaba junto a él, asomada por la borda, ayudándolo en todo cuanto era necesario. Si la mano de Allnutt hubiese llegado a oprimir la cabeza

de uno de los clavos, ambos hubieran volado en pedazos, y la *Königin Luise* hubiera continuado reinando soberana en las aguas del lago.

El hecho de que *La Reina de África* cabeceara levemente a causa de una ligera crecida del lago, perjudicó la tarea de Allnutt, llevándole más tiempo del necesario. Finalmente, en la más densa oscuridad, Rose lo vio retroceder, por temor a tocar las puntas de los torpedos, y volverse luego para subir por una banda. Asiando las manos en la borda, y formando palanca con los brazos, subió a bordo, chorreando agua y barro.

—Listo —susurró... No podían menos de hablar con voz sumisa, dominados como estaban por la obsesión del cometido que tenían por delante.

Allnutt, tanteando, fue armando de nuevo la chimenea, haciendo algunos leves ruidos con la llave al apretar las tuercas de los estays. Todo llevó su tiempo.

El hogar de la caldera tenía completa su carga de combustible —la cantidad que habían acumulado días antes— y los fósforos estaban en su sitio; Allnutt encendió la leña seca menuda y volvió a cerrar la portezuela para acentuar el tiro. Se sabía de memoria los lugares donde poner las manos a fin de elegir los diferentes tipos de leña necesaria para su viaje hasta la *Königin Luise*.

Se había levantado viento, y *La Reina de África* cabeceaba pronunciadamente, abatida por la corriente. El ruido de la chimenea parecía estrepitoso para sus oídos anhelantes, y cuando, al volver Allnutt a cargar el hogar, salió por la chimenea una andanada de chispas que fueron llevadas por el viento, Rose, que nunca lo había advertido antes —sólo había navegado de día —, temió que pudieran ser vistos. Refirió a su compañero, siempre con voz sumisa, sus temores.

—No se puede evitar, señorita, en ciertos casos —fue su respuesta, también susurrada—. Trataré de que no ocurra al acercarnos a la Luisa.

La máquina comenzaba a quejarse y sisear; de haber sido de día, hubieran visto cómo salía vapor por las juntas imperfectas.

—¡Chiss! —chistó Allnutt, entre dientes.

—Muy bien —contestó Rose.

Allnutt desató la amarra de banda y asió el bichero. Un buen empujón contra una mata de cañas envió la lancha en medio de la corriente; dejó Allnutt caer el bichero y tanteó hasta encontrar el alimentador, cuya válvula abrió. La hélice inició su pulsar rítmico y la máquina sus apagadas emboladas. Rose, al timón, hizo virar la embarcación, enderezándola hacia el lago. Estaban en marcha, listos a dar el golpe para la «tierra de esperanza y la gloria», como rezaba el canto que Rose había entonado cuando niña en el coro de la capilla de su pueblo. Se habían propuesto extender los confines de esa patria, haciéndola aún más poderosa.

La Reina de África avanzaba ahora dueña del lago, meta alcanzada tras tantos peligros y tan duro trabajo. Proyectándose por la proa, dos torpedos apuntaban hacia

adelante, cargados con cien kilos de alto explosivo, capaz de estallar al más leve contacto. Acurrucado junto a la máquina estaba Allnutt, todo oídos, tratando de juzgar de ese modo lo que estuviera acostumbrado a hacer con los ojos... presión, nivel de agua y lubricación. Rose, de pie en la popa, aguzaba la mirada para no perder de vista la débil luz que señalaba la presencia de la *Königin Luise*; no se veían ya estrellas en el cielo.

A la luz del día, hubieran advertido que en el cielo se acumulaban grandes nubarrones, mientras la atmósfera iba cargándose de electricidad. De haber tenido alguna experiencia en navegación lacustre, hubieran adivinado las consecuencias del viento ominoso que soplaba; en su ignorancia, no advirtieron la velocidad increíble con que el huracán —desencadenado en las montañas del Norte— agitaba las poco profundas aguas del lago, tornándolas en furia endiablada.

Como Rose había hecho su aprendizaje en cursos fluviales, no se le ocurrió sospechar peligros donde no había ni rocas ni vegetación ni rápidos. Cuando *La Reina de África* comenzó a cabecear y a dar bandazos en las aguas revueltas del lago, no se preocupó siquiera. No sabía que el escaso calado impedía a la lancha navegar en aguas agitadas, ni que su poca obra muerta y su fondo chato la tornaban en un barco totalmente incapaz de navegar en las condiciones en que debía hacerlo en ese momento. Hallaban por momentos más difícil mantener el equilibrio en los violentos bandazos y cabeceos.

En la oscuridad no habla manera de anticiparse a su extravagante zigzaguar. Las olas se estrellaban contra sus chatos costados; las crestas rebasaban la borda, pero tales cosas eran, en la opinión de Rose, propias de aguas abiertas. No sentía, pues, ningún temor.

El viento pareció amainar durante unos momentos, pero las olas seguían arreciando furibundas. De pronto, un relámpago enceguecedor rasgó la oscuridad durante un segundo, revelando a los ojos de ambos la furia de la tempestad; el trueno que siguió fue un golpe seco, como el de mil cañones disparados a una. Y comenzó la lluvia, el viento, desde ángulos insospechados clavando sus garras en la superficie ya agitada del lago, levantando montañas de agua, en tanto el rayo seguía lanzando sus dardos luminosos y el trueno rugiendo endiabladamente. Con el cambio de dirección del viento, *La Reina de África* comenzó a dar pantocazos, embicando la proa y bajándola con estrépito devastador. Afortunadamente, Allnutt había elegido un tipo de fulminante seguro; cualquier otro hubiera podido ser actuado por las olas, que, si bien podían zarandear una embarcación de dos toneladas como si fuera una cáscara de nuez, no podían hundir un clavo en la madera.

La oscuridad era total; Rose no lograba determinar si el agua que la golpeaba desde todos lados era lluvia, roción o crestas de olas. Todo cuanto podía hacer era mantener la mano firme sobre la caña del timón y no perder ella misma el equilibrio.

No había manera de ver las luces de la *Königin Luise*.

Allnutt se había acercado a Rose y le introdujo el brazo por el grueso salvavidas, que siempre había parecido un bulto innecesario del equipo de la lancha. De pronto, en ese zozobrar endiablado, un cachón gigantesco arrancó a Allnutt de su Rose, quien lo llamó en vano. Luego ella sintió un torrente de agua fría invadirla hasta la cintura, y olas que la golpeaban en la cara y agua que le llenaba las narices y la ahogaba...

La Reina de África se había hundido; con ello concluía el valiente intento de torpedear a la *Königin Luise*. Cual si hubiera sido desencadenada por los dioses propicios a Alemania, la tempestad se apaciguó con el hundimiento de *La Reina de África*, y las aguas turbulentas se volvieron mansas, así como sucedió muchos siglos antes en otro mar interior, el de Galilea.

CAPÍTULO XVI

El presidente del Tribunal observaba al prisionero con curiosidad. Trataba de representárselo no como ahora lo veía, sino como pudiera ser con vestimenta de gente civilizada. Trataba de descartar la mata de cabello enredado y la barba larga, diciéndose a sí mismo que presentaba un rostro común, capaz de pasar inadvertido en cualquier momento por la Kurfurstendamm. El prisionero tenía traza de estar enfermo. Se notaba inconfundiblemente, aparte de su aspecto de hombre físicamente agotado y desanimado, que su endebles era debida tanto a la enfermedad como al cansancio. El presidente del Tribunal se dijo para sí que si nunca hubiera visto las características de la malaria reflejadas en un rostro humano, allí las tendría en sus formas más acentuadas.

Los trapos que cubrían al prisionero añadían dramatismo a su aspecto... Aquí el presidente se inclinó hacia adelante — la espalda de su toga, empapada de sudor, se había pegado en el respaldo de la silla— y observó con redoblada atención que la andrajosa camisa que llevaba el hombre tenía el escote festoneado. Los cortos pantalones tenían a su vez alforzas y frunces. El presidente volvió a echarse sobre el respaldo; no cabía duda de que lo que el hombre llevaba era ropa interior de mujer. Eso tornaba el caso más interesante; el prisionero podía estar loco o... como quiera que fuese, no podía tratarse de un simple caso de espionaje, según él se había anticipado. Acaso hubiera alguna circunstancia en descargo del prisionero.

El oficial que actuaba de fiscal hizo su requisitoria: había que guardar las formalidades, aun cuando ello implicara decir al Tribunal cosas conocidas. El prisionero había sido descubierto en la isla Prinz Eitel al amanecer y, perseguido y arrestado inmediatamente, no había sabido dar la razón de su presencia allí. El Tribunal tenía ya conocimiento de esa circunstancia, puesto que el mismo presidente lo había avistado desde la cubierta de la *Königin Luise*, y el otro miembro lo había interrogado.

El fiscal señaló que en la isla estaban almacenadas las reservas de combustible para la *Königin Luise*, que cualquier persona mal intencionada hubiera podido destruir fácilmente; esta circunstancia se sumaba al hecho de que la isla ofrecía oportunidades ideales para vigilar los movimientos de la *Königin Luise*. Pero era apenas necesario hacer hincapié en esto, por cuanto el prisionero, evidentemente extranjero, había sido arrestado en una zona que estaba prohibida a toda persona ajena a las fuerzas de Su Majestad Imperial el Kaiser, según la proclama de Su Excelencia el General Barón Von Hanneken, y por ello habíase hecho pasible de la pena de muerte. El oficial hizo el ocioso agregado de que un tribunal de dos oficiales,

tal como al que él se dirigía en ese momento, constituido en Corte marcial, era competente para dictar sentencia de muerte por espionaje.

La requisitoria irritó al presidente, quien consideró como impertinencia de parte de un mero subteniente recordar a su comandante cuáles eran los límites de sus atribuciones. Las conocía desde hacía tiempo, y el Tribunal marcial estaba constituido por orden suya. El oficialito terminaría, sin duda, por recordarle el hecho de ser capitán de la *Königin Luise* y otras nimiedades por el estilo. El presidente se volvió hacia el oficial encargado de la defensa del acusado.

Pero el subteniente Schumann se encontraba desorientado. Era un oficial de escasas luces, aunque el único disponible. De los seis oficiales de la *Königin Luise*, uno estaba de guardia en cubierta y uno en la sala de máquinas, dos formaban la Corte marcial y uno actuaba de fiscal, quedando sólo el viejo Schumann para encargarse de la defensa. Tras balbucir unas pocas palabras, se detuvo, como con la lengua paralizada. No era capaz de vencer su timidez al hablar en público. El presidente del Tribunal miró al prisionero con aire inquisitivo.

Allnutt estaba demasiado aturdido, agotado y enfermo para advertir lo que acaecía a su alrededor. Se daba cuenta, hasta cierto grado, de que estaba ante una especie de tribunal — la actitud de los dos oficiales de uniforme blanco y galones y botones dorados se lo indicaba —, mas no se percataba específicamente de los cargos que pesaban sobre su cabeza, ni de la pena que pudiera infligírsele. Poco le importaba, de todos modos. ¿Qué cosa peor podía acaecerle ahora que había perdido a su Rosie y a *La Reina de África*, y había fracasado la gran empresa? Estaba enfermo, y hubiera preferido estar muerto.

Levantó la cabeza para mirar al presidente de la Corte, y luego paseó la mirada en torno, fijándola en el fiscal y el oficial de la defensa. Era evidente que esperaban alguna palabra suya. Le pareció demasiado trabajo; por otra parte, no lo hubieran comprendido. Volvió a clavar la mirada en el suelo y, falto de equilibrio, se bamboleó sobre sus pies.

El presidente, consciente de su obligación, pensó que, a falta de otra persona, le correspondía averiguar las circunstancias que pudieran abonar a favor del acusado. Se inclinó hacia adelante y golpeó la mesa secamente con el lápiz. —¿De qué nacionalidad es usted? —preguntó en alemán. Allnutt lo miró con expresión boba. —¿Belga? — insistió el presidente—. ¿Inglés?

—Inglés —dijo—. Británico.

—¿Su nombre? —preguntó el presidente en alemán, y luego, haciendo un esfuerzo por recordar el poco inglés que sabía, repitió la pregunta.

—Charles Allnutt —respondió el prisionero. Llevó largo rato anotar el nombre correctamente deletreado por Allnutt en inglés y, traducirlo al alemán.

—¿Qué... hacía... usted... en la... isla? —preguntó el presidente. No le

sorprendía que el prisionero no le comprendiera. De pronto se le ocurrió la idea de que el hombre supiera swahili, la lengua franca del África Oriental y Central, mezcla de bantú y de árabe, que él empleaba para hacerse entender por sus marineros africanos. Al dirigirle la misma pregunta en swahili, las facciones del prisionero se iluminaron con un rayo de comprensión, pero inmediatamente se ocultaron bajo un disfraz de estupidez. El presidente de la Corte insistió en su pregunta, en swahili, acerca de lo que hacía el prisionero en la isla.

—Nada — dijo Allnutt secamente. No tenía la menor intención de mencionar la aventura de *La Reina de África*. —Nada —repitió, en respuesta a una nueva pregunta.

El presidente de la Corte exhaló un breve suspiro. Tendría que acceder a la petición de pena de muerte... Ya lo había hecho una vez desde el estallido de las hostilidades, y el desdichado mestizo árabe había estado colgado de la horca durante varios días sobre la margen del lago, para escarmiento de otros espías..., pero los cuerpos se descomponen rápidamente en climas tropicales.

Estaba ocupado en esos pensamientos cuando oyó un movimiento de gente fuera de la pequeña cabina. Se abrió la puerta y entró un suboficial de color, arrastrando de la mano a una nueva presa. A la vista de la prisionera, el presidente se puso de pie, inclinando la cabeza para no dar contra el techo; se trataba de una dama, blanca. Caíanle sobre el rostro largos mechones de cabello castaño, y por toda indumentaria llevaba una simple bata, cuyo escote, rasgado, revelaba dos senos que turbaron al presidente.

El suboficial explicó que la mujer había sido aprehendida en otra de las islas, y, con ella, otro objeto. Mostró un salvavidas, sobre el cual se leía el nombre de *Reina de África*.

—¡*Reina de África!* —dijo el presidente para sí mismo, hurgando en su memoria en busca de algo casi olvidado.

Abrió el cajón de su escritorio y revolvió los papeles hasta dar con lo que buscaba. Era un duplicado de una notificación enviada por Von Hanneken al capitán de la reserva. Hasta ese momento, la noticia de la desaparición de la lancha en el Ulanga superior había carecido de interés para el capitán de la *Königin Luise*, mas ahora el asunto cambiaba de aspecto. Volvió a mirar a la prisionera, y sintió por segunda vez esa turbación de los sentidos a la vista de aquel cuerpo semidesnudo. Ella, a su vez, recogía los harapos en torno suyo. El capitán impartió una orden al oficial que actuaba de fiscal, quien se levantó y se dirigió hacia un armario — la cabina donde estaban reunidos servía de guardarropa y a la vez de cabina para tres oficiales—, de donde sacó una chaqueta blanca de uniforme, que alcanzó a Rose, y le ayudó a ponérsela. La actitud produjo un reflejo de cortesía y deferencia en los hombres; con gesto idéntico habían ayudado a damas a ponerse sus capas en la Opera.

—¡Una silla! —ordenó el capitán, y el oficial defensor se apresuró a ofrecer la suya.

—¡Salgan! —dijo el capitán a los marineros de color, quienes se retiraron, dejando mayor lugar en el ámbito sofocante de la cabina.

—Y ahora, distinguida señora... —comenzó el capitán, quien acababa de adivinarlo casi todo: los dos prisioneros no podían ser sino el mecánico de la mina y la hermana del misionero. Quizás habiendo abandonado su lancha en el Ulanga superior, habían bajado al lago en canoa y naufragado en la tormenta de la noche anterior, al intentar cruzar el lago para pasar al Congo Belga. Comenzó, pues, a interrogar a Rose en swahili; fue para ella un inmenso alivio hallar que, a través de las variantes alemanas de ese dialecto, comprendería algo de alemán... Aquellas tediosas horas transcurridas entre gramática y diccionario bajo la sarcástica tutoría de Samuel daban al fin su fruto.

La mayor de las sorpresas fue el enterarse que Allnutt y Rose habían bajado *La Reina de África* por los rápidos del Ulanga y la habían llevado luego a través del delta del Bora.

—Pero, mi distinguida señora... —protestó el capitán. Lo que decía la mujer era, bien que increíble, innegable. El capitán miró a Rose maravillado. Había oído de labios del mismo Spengler un relato de los rápidos y el delta...

—Debió de ser muy peligroso —dijo el capitán.

Rose se encogió de hombros. Qué importaba. Nada importaba ya. Le había alegrado ver a Allnutt en la cabina, pero, ahora que *La Reina de África* estaba perdida y la *Königin Luise* continuaba dueña del lago, hasta su amor por él parecía muerto.

El capitán había oído hablar del estoicismo y la capacidad de la mujer inglesa; ahí tenía una prueba palmaria.

De todos modos, no se trataba ya de un caso de espionaje ni de la consiguiente pena de muerte. No podía ahorcar al uno sin el otro, y en su vida hubiera pensado ahorcar a Rose. No lo hubiera hecho aún sabiéndola culpable; eran tan raras las mujeres blancas en el África Central, que le hubiera parecido un delito monstruoso. Pero ante todo, la mujer había traído una lancha de vapor desde el Ulanga superior hasta el lago, y él sentía por esa hazaña una profunda admiración. Quedóse un rato contemplándola, admirado.

—Pero, ¿por qué —preguntó— su amigo no nos lo dijo antes?

Al volverse Rose hacia Allnutt, advirtió el estado de postración en que éste se hallaba, bamboleándose como si fuera a caerse. Todos sus instintos de mujer despertaron al verlo así. Se levantó de su silla y acudió a su lado con gesto protector.

—Está enfermo y cansado —exclamó. Y agregó, indignada—: Debiera estar en cama.

Allnutt se apoyó en Rose, en tanto ella se afanaba por decir en alemán y swahili

lo que pensaba de hombres capaces de tratar a una persona en aquel estado tan desconsideradamente. Rose le acarició la cara hirsuta y le murmuró palabras de cariño. En su chaqueta blanca de uniforme masculino y su falda hecha jirones, Rose ofrecía un aspecto interesante, a pesar de los efectos de la malaria.

—Pero usted, señora —dijo el capitán—, también usted está enferma. Rose no se molestó en responderle.

El capitán, mirando a los demás circunstantes, dijo con tono brusco:

—El Tribunal queda disuelto.

Su colega y los dos oficiales que actuaban respectivamente de fiscal y de defensor se pusieron de pie y saludaron. Salieron de la cabina, mientras el capitán, golpeaba meditabundo con su lápiz, tratando de tomar una decisión. Había que internar a los dos prisioneros; eso era lo menos que hubiera hecho Von Hanneken si los hubiera tenido en tierra firme. Pero estaban ambos enfermos y podían sucumbir en el encierro. No era correcto que dos personas que habían cumplido tan grande hazaña debieran morir en manos enemigas. Todas las leyes de la caballeridad le dictaban que le correspondía hacer algo más para ellos. En el África Oriental alemana no debía de haber muchas comodidades para prisioneros civiles. ¿Y qué diferencia podía traer la falta de un hombre y una mujer enfermos al equilibrio de una guerra entre dos naciones?

Von Hanneken se pondría furioso al saberlo, pero, al fin y al cabo, el capitán de la *Königin Luise* era dueño de sus actos en el lago y a nadie debía rendir cuenta de lo que hiciera a bordo de su barco. Antes de que el último en salir de la cabina, el tímido Schumann, cerrara la puerta tras sí, ya tenía tomada su resolución.

CAPÍTULO XVII

El puesto de oficial naval superior de Port Albert, en el Congo Belga, era de creación reciente. En verdad, el cargo existía desde la noche anterior. Debido a circunstancias propias de la guerra, el oficial naval al mando de ese puerto belga era un teniente de navío inglés, quien se paseaba por el muelle, inspeccionando la preparación de una flotilla a su mando. Ésta sólo constaba de dos lanchas de motor, y lo de «flotilla» le quedaba un tanto holgado; pero las lanchas habían costado en sangre, sudor y dinero más que si fueran cazatorpederos normales, pues habían sido traídas desde Inglaterra y transportadas por tierra a través de la jungla, por ferrocarril, y luego por agua hasta el puerto donde ahora estaban atracadas.

Eran lanchas de treinta nudos de velocidad, armadas —una vez completado el montaje— con un cañón automático de tres libras. Con sus treinta nudos y sus cañones no tardarían en dar cuenta de la *Königin Luise*, cuya velocidad máxima era de nueve nudos, y su cañón lento y anticuado, de seis libras.

El teniente de navío recorría impaciente el muelle, ansioso por poner manos a la obra, ahora que había concluido el penoso trabajo del transporte. Le fastidiaba el que aún hubiera aguas donde el pabellón de S. M. Británica no reinase supremo. Ansiaba el momento de salir a dar caza a la *Königin Luise*. Recorrió con la mirada las aguas del lago y se detuvo de pronto. Era humo lo que veía en el horizonte y, debajo, un punto blanco. Mientras estaba observando, un alférez llegó corriendo hasta él con un par de prismáticos en la mano.

—Tenemos a la *Königin Luise* a la vista, señor —dijo jadeante, al tiempo que le ofrecía las lentes.

El teniente de navío observó a través de ellas la embarcación que se acercaba.

—Parece dispuesta a combatir, por el número de banderas que lleva desplegadas —dijo—. Un momento. No es el pabellón alemán el que lleva en el palo de trinquete.

El alférez miró a su vez con los prismáticos.

—Creo... —dijo, y volvió a mirar.

—Es una bandera blanca —dijo, al fin.

—También me lo parece a mí —dijo el teniente de navío, y los dos oficiales se miraron confusos.

Ambos habían oído relatos —que años más tarde se arrepentirían de haber creído— acerca del uso indebido de la bandera blanca por parte de los alemanes.

—Quisiera saber qué se proponen —murmuró el teniente—; quizá...

No había necesidad de una explicación, aun habiendo tiempo. Si los alemanes se habían enterado de la llegada de las lanchas de motor a la orilla del lago, les quedaba

una última oportunidad para retener el dominio de éste. Un ataque sorpresivo —para el cual la bandera blanca podía servir de admirable disfraz—, un par de cañonazos bien colocados, y la *Königin Luise* podría reasumir imbatible su ronda del lago. El teniente echó a correr precipitadamente por el muelle y subió la rampa que llevaba al puesto de observación de la batería de defensa. El capitán de artillería belga estaba en su puesto, mirando a su vez con unos gemelos; debajo estaban emplazadas las dos piezas de artillería de montaña que guardaban el puerto.

—Si vienen con ideas raras —dijo el teniente—, van a arrepentirse. Les puedo enderezar una de esas piezas de montaña, si estos belgas no son capaces de hacerlo.

Pero los alemanes no tenían, al parecer, ideas raras. El teniente de navío inglés acababa de hablar cuando la *Königin Luise* viró poniendo el costado hacia el puerto, aguas afuera del alcance de su propio cañón. Los oficiales del puesto de observación vieron el humo blanco de una explosión en la proa de la cañonera, y oyeron el ruido apagado de un disparo de cañón. Luego la bandera blanca bajó a media asta, y subió nuevamente al tope.

—Eso significa que piden parlamento —dijo el teniente de navío, quien nunca había utilizado la palabra «parlamento» antes, pero no halló en ese momento otra adecuada a la circunstancia.

—Iré yo —decidió. No era de los que enviaban a otros a cumplir cometidos peligrosos, y el peligro existía allí realmente, con o sin bandera de parlamento.

—Usted se queda aquí —prosiguió el teniente, dirigiéndose al alférez—. Queda usted al mando durante mi ausencia. Si ve la necesidad de hacer fuego, hágalo sin misericordia... no se preocupe por mí. ¿Me comprende?

El alférez asintió con la cabeza.

—Tendré que ir en una de esas canoas —ordenó señalando un grupo de botes indígenas amarrados en el lado opuesto del muelle, donde habían estado en los últimos meses, por temor a la *Königin Luise*, y que ahora servían para disfrazar la actividad que tenía lugar en torno de las lanchas motorizadas. Se detuvo para escoger mejor las frases hechas de su precario francés.

—*Mon capitaine* —comenzó dirigiéndose al capitán belga—, *voulez-vous...*

No continuaremos describiendo las proezas lingüísticas del inglés.

El alférez quedóse observando con los prismáticos la canoa que partía, impulsada por indígenas en dirección de la cañonera alemana. El teniente de navío, sentado en la popa, había tenido la precaución de cambiar su chaqueta de uniforme por una blusa de dril blanco.

El alférez lo vio virar hacia la embarcación enemiga, que no era más grande, en apariencia, que un remolcador pintado de blanco de las aguas del Támesis. Pronto no quedó visible de la canoa más que su vela amarilla; vio que se acercaba a la cañonera y que la vela desaparecía como si la hubiesen plegado al arrimarse al costado del

navío enemigo. Hubo una espera ansiosa. Luego, al fin, volvió a aparecer la vela de la canoa. Regresaban. Hubo una nueva bocanada de humo al disparar la *Königin Luise* el saludo de partida; luego dobló la proa, enderezándola hacia la invisible orilla alemana del lago. La escena había tenido un toque de la caballerosidad formalista propio de las guerras napoleónicas.

Cuando la *Königin Luise* se hubo alejado y su casco quedado debajo de la línea del horizonte, y en tanto la canoa se aproximaba a la orilla, el alférez dejó su lugar de observación y bajó al muelle para recibir a su superior. El bote llegó a marchas forzadas, y la tripulación nativa recogió la vela al deslizarse la embarcación suavemente al costado del muelle. El teniente de navío estaba de pie en la popa. En el fondo descansaban dos nuevos ocupantes, a quienes el alférez miró sorprendido. La mujer vestía una bata hecha de tela de colores vivos —que un tiempo había formado parte de la toldilla de la *Königin Luise*— y una chaqueta blanca de lino, cuyos botones y entorchados dorados delataban su procedencia. El otro, a quien el alférez apenas dirigió la mirada, tan asombrado había quedado con la vista de la mujer, vestía una camiseta y un par de «shorts» de los que llevaban los marineros nativos de la marina de guerra.

—Haga traer unas angarillas —pidió el teniente de navío, sin ofrecer otra explicación—. Están en un estado lastimoso.

Ambos sufrían un acceso de malaria y estaban casi inconscientes. El alférez los hizo desembarcar, envueltos en mantas, y luego se quedó mirando en torno suyo, sin saber qué hacer con ellos. Finalmente, pensó ubicarlos en una de las tiendas de campaña destinadas a los marineros ingleses, ya que Port Albert no es sino un racimo de sucias chozas indígenas.

—Estarán bien dentro de un par de horas —dijo el teniente médico, después de examinarlos.

—¡Cristo sabe lo que habré de hacer con ellos! —dijo el teniente de navío agriamente—. No es éste lugar para mujeres enfermas.

—¿Quién diablos es ella? —preguntó el alférez.

—La mujer de una misión, o qué sé yo... La *Königin Luise* la encontró perdida en una isla del lago; habían naufragado tratando de escaparse hacia este lado.

—Muy decentes han sido los hunos al traerla acá.

—Sí —dijo el comandante de la plaza, secamente. Era muy propio de un suboficial expresarse de esa manera, como que no tenía que resolver él los problemas de alojamiento, alimentación, sanidad... en fin, todo lo que atañe al mando de una base, por pequeña que ella sea, cuyas líneas de comunicaciones tienen miles de kilómetros de longitud.

—Quizá puedan darnos informaciones útiles acerca de los hunos —dijo el alférez.

—¿Podemos preguntarles? —prorrumpió el médico—. Bandera de parlamento y

todo, yo ignoro las formas en estos casos.

—¡Oh!, puede preguntarles cuanto quiera —repuso el teniente—. Nada se opone a ello. Pero no va a conseguir nada de interés. Todavía me queda por conocer una mujer espantademonios que sirva para otra cosa que para dar dolores de cabeza.

Cuando los oficiales pudieron interrogar a Rose y a Allnutt acerca de las instalaciones militares alemanas, hallaron que era muy poco lo que sabían decirles. Von Hanneken estaba rodeado de desierto y tenía movilizado todo hombre y mujer de la zona, con el propósito de responder a cualquier fuerza atacante, circunstancia que los ingleses ya conocían.

El médico preguntó con curiosidad profesional acerca de la difusión de la encefalitis letárgica entre las fuerzas alemanas, pero tampoco pudieron darle datos sobre ese punto. El alférez quiso conocer detalles de la tripulación de la cañonera alemana y de su equipo a bordo; ni Allnutt ni Rose fueron capaces de aportar más de lo que ya se sabía por conducto del Almirantazgo y del gobierno belga.

El teniente comandante de la base proyectó su mirada hacia el futuro, más allá de la batalla que habría de decidir el dominio del lago, cuando una flotilla de canoas, escoltadas por las lanchas motorizadas, habría de transportar un ejército invasor que daría cuenta para siempre de las fuerzas de Von Hanneken. Preguntó si los alemanes habían hecho preparativos activos para resistir un desembarco en la ribera del lago bajo su dominio.

—No he visto nada —dijo Allnutt.

Rose comprendió el objeto de la pregunta mejor que su compañero.

—Sería imposible desembarcar en cualquiera de los puntos por donde hemos pasado nosotros —dijo ella—. Es un delta cenagoso y cubierto de plantas acuáticas, infestado de malaria, sin vías de salida posibles.

—No —convino el teniente, quien, como oficial inteligente que era, había estudiado la técnica de las operaciones combinadas—. No creo que sea posible si es como usted dice. ¿Cómo pudieron bajar hasta el lago, entonces?

La pregunta era de mera cortesía.

—Bajamos por el río Ulanga —contestó Rose.

—¿Seguro? —la noticia no era de extraordinario interés para el teniente—. No sabía que fuera navegable —agregó.

—Claro que no lo es —interpuso Allnutt.

No logró ser más explícito acerca del asunto; las fuentes de su locuacidad se habían secado en presencia de aquellos oficiales en brillantes uniformes blancos, que hablaban con voces cultivadas y usaban maneras remilgadas. Rose sentíase también como aturdida e incómoda ante esos caballeros de verdad, estando por otra parte furiosa consigo misma a causa del absurdo fracaso en que habían terminado todas sus esperanzas. Desde luego que ignoraba quiénes eran los oficiales que la interrogaban y

qué armas estaban preparando para luchar con el enemigo. Los oficiales navales no se sienten como para explicar a todo el mundo las empresas que están en víspera de llevar a cabo.

—Eso es interesante —dijo el teniente de navío, con un tono de voz que discordaba con sus palabras—. Más tarde me hablarán más detalladamente acerca del asunto.

Había que disculpar al oficial su falta de interés por las insignificantes aventuras de las dos personas, gente vulgar por otra parte, que habían cometido la tontería de perder hasta la embarcación. Al día siguiente debía conducir su flotilla al combate, logrando a edad tan temprana la ambición de todo oficial naval, y el asunto requería toda su atención.

—Será como dicen —manifestó al que lo acompañaba, al salir de la tienda—. No inspiran confianza. Podría ser una maña del viejo Von Hanneken para poner a salvo a dos amigos suyos. No saldrán de esa tienda hasta que la *Königin Luise* esté en el fondo del lago. No parecen casados, y aun cuando han estado viviendo juntos unas cuantas semanas, es poco decente que la marina real los aloje juntos en una misma tienda. Pero no tengo otra, ni quiero amontonar a mi gente más de lo que está. Tendré que sacar un hombre del trabajo y ponerlo de guardia fuera de la tienda. No me fío de los indígenas. No valen un comino. Entiéndete tú del asunto, ¿quieres, Bones? Tengo que dar un vistazo al emplazamiento del cañón en la *Matilda*.

CAPÍTULO XVIII

Al día siguiente, estando la *Königin Luise* navegando con solemne dignidad en las aguas del lago, cuya dueña era desde hacía años, vio su capitán que se acercaban dos formas grises, medio ocultas detrás del agua que levantaban las proas. El comandante, el mismo que había presidido la Corte marcial dos días antes, observó con los anteojos las dos embarcaciones que navegaban velozmente. Detrás de las dos olas que levantaban las proas flameaban dos pabellones, con una cruz roja y un destello de vivos colores en el ángulo superior. Era el pabellón británico, que flameaba por primera vez en el lago.

—¡A sus puestos! —gritó—. ¡Disparen el cañón!

El oficial que en la Corte marcial había actuado de fiscal corrió hacia la única pieza de artillería; el que había hecho de defensor corrió hacia la rueda del timón para asegurarse de que el cabo de brigada africano hiciera obedecer las órdenes prontamente. La *Königin Luise* puso proa al enemigo. Su débil cañón habló una vez, dos, con penosa lentitud. Las lanchas cañoneras *Matilda* y *Amelia* viraron hacia un costado. Navegando a treinta nudos se abrieron, fuera del máximo alcance del viejo cañón de seis libras. La *Königin Luise* era lenta de timón y debió describir un amplio círculo para virar. No podía hacerlo con la rapidez necesaria para mantener la proa enfilada hacia aquellas formas grises, que giraban como volando en torno suyo, en espiral decreciente. Sus motores, con el regulador abierto, lanzaban verdaderos rugidos en las vueltas. Poseían una velocidad cuatro veces mayor y diez veces la agilidad de la vieja cañonera. El fiscal alcanzaba a ver ahora tan sólo el oleaje. El cañón no giraba más que hasta cierto punto, y el viraje de la cañonera era lento.

El teniente inglés estaba de pie en medio de la *Matilda*. Un huracán de treinta nudos rugía en sus oídos. El ruido del motor lo ensordecía, pero tomaba nota con mirada fría de la distancia que iba acortándose entre él y la *Königin Luise*, a la cual se acercaba describiendo un amplio arco por la popa, donde la nave alemana no tenía cañón. Su deber era no sólo triunfar fácilmente, sino ver que la victoria se lograra con un mínimo de pérdidas. Miró hacia atrás para asegurarse de que la *Amelia* navegaba en el punto predeterminado, calculó nuevamente las distancias, dio una orden al hombre que gobernaba el timón, y luego hizo una señal con la mano al alférez apostado en la proa junto al cañón, que comenzó a disparar en una sucesión tan rápida que el oído apenas distinguía un tiro de otro. Era un crepitar frenético, rabioso, anunciador de amenaza y peligro.

Los proyectiles comenzaron a estallar contra la popa de la *Königin Luise*. Al comienzo, sólo abrieron boquetes en la delgada coraza, pero luego, cuando no

quedaba revestimiento que provocara su explosión, se internaron en las entrañas del barco, sembrando la destrucción y el fuego en todas partes, con las dos libras de metal volando en fragmentos al estallar la libra de alto explosivo que contenían. El mecanismo del timón quedó destrozado, y la *Königin Luise* abandonó de pronto su navegación circular y comenzó a avanzar en una línea tortuosa sin gobierno. El teniente al mando de la *Matilda* impartió una nueva orden al timonel, y mantuvo ambas lanchas directamente a la zaga de la cañonera enemiga, acosándola desde allí con sus ráfagas mortales.

La *Königin Luise* no estaba diseñada para servir como buque de combate; sus máquinas y sus calderas quedaban sobre la línea de flotación, expuestas a las balas. De pronto, uno de los proyectiles perforó el mamparo, seguido de otro y otro más. Se oyó un ruido sordo al estallar la caldera, que envolvió a la *Königin Luise* en una nube de vapor. El personal de la sala de máquinas murió al instante, quemado por la explosión.

El comandante de la *Matilda* había estado aguardando ese instante; su cerebro calculador tenía todo pensado. Al ver la nube de vapor dio una nueva orden y, cerrado el regulador y desembragado el motor, cesó el rugido de éste. Al despejarse el vapor, la *Königin Luise* estaba convertida en un casco inútil, que flotaba lentamente a la deriva; las lanchas motorizadas la seguían silenciosas. El teniente de navío esperaba una señal de rendición, que tardaba en aparecer; la cruz negra flameaba todavía, desafiando a la roja. Algo cayó al agua del lado de la *Matilda*; desde la cañonera enemiga partían ruidos crepitantes, apagados. Algunos seres heroicos hacían fuego con fusiles: las balas de máuser pueden matar hasta a dos kilómetros de distancia, y en los grandes lagos del África, donde los hombres blancos escasean, y uno de ellos puede conducir a cien negros al combate, sus vidas son preciosas. El teniente de navío no podía, pues, exponer a sus marinos al peligro innecesariamente.

—¡Diablos! —dijo el teniente; no quería matar a los alemanes, quienes nada obtendrían con prolongar su defensa—. ¡Allá ellos!...

Dio una orden a los servidores de los cañones, y el fuego recommenzó, algo más elevado, para barrer la cubierta. Una granada mató a tres marineros de color, apostados en aquélla con sus máusers; un oficial se salvó por milagro. Otra granada estalló en el puente, matando al subteniente Schumann; el comandante, que acababa de bajar a la sala de máquinas para cumplir con su último deber, se salvó.

—Tal vez con esto tengan bastante —dijo el teniente, al dar la orden de cesar el fuego. Hasta los proyectiles de tres libras son difíciles de reemplazar cuando las fuentes de abastecimiento quedan a mil quinientos kilómetros de distancia. La *Königin Luise* estaba ahora inmóvil, coronada por un halo de humo y vapor. El fuego había cesado, pero el pabellón con la cruz negra seguía enarbolado, recogido sobre el palo, en la atmósfera en calma.

El teniente de navío vio que la cañonera enemiga se achataba en el agua, y que de pronto se inclinaba rápidamente sobre un costado. Su comandante había cumplido con su deber; abriéndose camino a tientas, con la cara protegida por su chaqueta, entre los restos de las máquinas, hasta los grifos de comunicación con el agua exterior, los había abierto y había inundado las bodegas.

—Veamos si llegamos a tiempo para salvar a los pobres diablos —dijo el teniente de navío inglés, ordenando poner los motores a toda marcha. La *Matilda* y la *Amelia* llegaron al costado de la embarcación justo en el momento en que el pabellón alemán desaparecía bajo la superficie. Llegaron a tiempo de salvar a todos los sobrevivientes, excepto a los mortalmente heridos.

CAPÍTULO XIX

El triunfo trae júbilo, aun cuando se haya de cumplir con la piadosa tarea de transportar cuidadosamente a los heridos hasta la tienda en que está instalado el hospital; aun cuando se haya de redactar un informe telegráfico al Almirantazgo; aun cuando alguien sin habilidad lingüística haya de preparar otro informe en francés para el gobernador belga. El teniente de navío se felicitaba a sí mismo por haber ganado una victoria naval tan decisiva como la de las Islas Malvinas o de Tsushima, y aguardaba ahora la Orden al Mérito de S. M. Británica y la Orden de la Corona Belga, amén de una promoción que lo acercaría al aún lejano grado de almirante. Su mente trabajaba febrilmente en nuevos planes, anticipándose al momento ya cercano en que habría de escoltar al ejército invasor a través del lago. Cuanto más pronto llegaran los invasores, tanto menos tiempo tendría Von Hanneken para recobrase del golpe totalmente inesperado que acababa de sufrir y hacer los preparativos para resistir el desembarco. El teniente de navío lo expresaba así en sus partes al oficial superior belga de la base, al cuartel general belga y al cuartel general británico en el África Oriental.

No obstante, no se sentía libre de las preocupaciones de todo comandante en jefe. Aquella larga línea de comunicaciones era un inconveniente serio, y a los cincuenta marineros de la base se agregaban ahora unos heridos alemanes— de color en su mayoría, es verdad, pero que no dejaban de ser un drenaje en sus suministros—, además de algunos prisioneros no heridos. Debía pues actuar rápidamente. Mandó llamar a Rose y Allnutt...

—Hay una escolta belga que baja a la costa con prisioneros —dijo, secamente—. Pienso mandarlos a ustedes con ellos. No creo que tengan inconveniente.

—Creo que no —respondió Allnutt. Hasta ese instante, su futuro había permanecido incierto. La propia destrucción de la *Königin Luise* había aumentado su sensación de vacío respecto de lo por venir.

—Usted irá a enrolarse, supongo —dijo el teniente—. Yo aquí no podría enrolarlo, desde luego. Nada puedo hacer aquí. Pero en la costa encontrará a un cónsul británico, en Matadi, creo... Los belgas le dirán dónde, de todos modos. Cualquiera cónsul británico se hará cargo de usted, tan pronto se reponga de la malaria, claro. Lo enviará a alguna de las unidades de Sudáfrica; así que no tiene por qué preocuparse.

—Sí, señor —respondió Allnutt.

—Y usted, señora... eh... señorita Sayer, ¿no? —prosiguió el teniente de navío—. Creo que la costa será la mejor solución también para usted, ¿no le parece? De ahí

puede zarpar para Inglaterra. El cónsul británico...

—Sí — contestó Rose.

—Estamos de acuerdo, entonces —dijo el teniente con una sensación de alivio—. La salida es para dentro de dos o tres horas.

No podía esperarse que un joven oficial, en medio de sus planes para la conquista de una comarca tan extensa como la mitad del continente europeo, dedicara más tiempo a dos náufragos civiles. Fue aquel «señora... eh... señorita» del teniente de navío el que resolvió el futuro de Rose. Al retirarse de la presencia del comandante, Rose estaba roja de vergüenza. Hasta entonces, había vivido sin un futuro, y por lo tanto sin preocupaciones. Su porvenir iba a sufrir un cambio. El teniente de navío inglés había mencionado la posibilidad de su regreso a Inglaterra, lo cual presentaba a Rose un cuadro de calles escuálidas, de murmuraciones y de tías fisgonas. Le era terriblemente penoso pensar en separarse de Allnutt, con todo lo que él había significado para ella; apenas si se habían apartado un momento durante los últimos meses; perderlo ahora sería como perder un brazo o una pierna; aun cuando sus sentimientos hacia él habían cambiado, no podía absolutamente encarar su incierto futuro sin Allnutt.

—¡Charlie! —dijo con tono imperioso—. Tenemos que casarnos.

—¡Caramba! —exclamó Allnutt. Ese aspecto de la situación no lo había sospechado.

—Tenemos que hacerlo lo más pronto posible —insistió Rose—. Un cónsul tiene autoridad para casar. Aquel oficial habló de un cónsul, ¿verdad?... Tan pronto lleguemos a la costa...

Allnutt estaba desconcertado. Esa ya resuelta cuanto inesperada transferencia a la costa occidental africana, ese descontado enrolamiento en las fuerzas sudafricanas, y ahora esta nueva propuesta lo dejaban enmudecido y confuso. Pensó en la leve superioridad social de Rose. Pensó en el dinero: tal vez recibiría alguna paga en el Ejército del África del Sur. Pensó en la muchacha con quien se había casado doce años antes, cuando sólo tenía dieciocho. Tal vez ella había pasado por las manos de media docena de hombres desde entonces, pero como no había habido divorcio, debía suponer que aún era su esposa. Pero, en fin, África del Sur e Inglaterra están tan distantes entre sí, que aquella mujer ya no podría molestarlo.

—Está bien, Rosie —contestó—. Nos casaremos.

Y así salieron de la región de los Lagos para iniciar el largo viaje a Matadi y al matrimonio. Pero ignoramos si su unión fue feliz.

FIN



C. S. FORESTER (El Cairo, 1899-Fullerton, California, 1966). Escritor inglés cuyo nombre completo era Cecil Scott Forester. Pese a esto, su verdadero nombre era otro, Cecil Louis Troughton Smith, y lo de Forester era sólo un alias. Nació en El Cairo, Egipto donde su padre se encontraba destinado como funcionario del Gobierno británico y cursó estudios de Medicina que dejó inacabados.

Su primera novela *Payment Deferred* (1926), fue llevada al cine, al igual que varios de sus principales títulos posteriores, tales como *Orgullo y pasión* (1933) y *La Reina de África* (1935), clásico de la novela de aventuras contemporánea de estupendo temple narrativo, que narra la peripecia de una vieja lancha a través de los rápidos de un río africano, cuando en Europa ha estallado una contienda remota cuya resonancia hermanará, extraña y conmovedoramente, los destinos de dos seres dispares en apariencia y secretamente fraternos y complementarios en lo esencial. Pero C. S. Forester es principalmente conocido por su saga protagonizada por el capitán Horatio Hornblower (1937-1957), un ciclo narrativo escrito a partir del epistolario que se conserva en el National Maritime Museum.

C. S. Forester, cuyas novelas emanaban brío, emotividad y tierna ironía, formó junto a Patrick O'Brian y Alexander Kent, el grupo de autores más reconocido de novela histórica marinera.

Notas

[1] *Cockney*: londinense de clase baja. <<